

BELLAS ARTES

UNA VISITA AL REAL MUSEO

II.

ESCUELAS ALEMANA, HOLANDESA Y FLAMENCA

Martin Schoen.—Alberto Durero.—Lúcas Cranach.—Holbein.—Rafael Mengs.—Jerónimo Bosch.—Mdad?—Rembrandt.—Felipe Wouwermann.—Ruysdael.—Van Eyck.—Rogerio de Brujas.—Hemling.—Joaquin de Patenier.—Reigmesvode Maring.—Rubens.—Van-Dyck.



ESCUELA ALEMANA.—Poco tiempo hace que, merced á los trabajos de los inteligentes, de los tecnógrafos y críticos, se ha establecido una clasificacion distinta para la escuela alemana. Hasta entónces, las obras de esta escuela se confundían con las de los primitivos flamencos y holandeses. Fácil es comprender por qué. Todas las pinturas alemanas nos dejan ver el carácter gótico, y el sentido general de este bello arte, múltiple y vario, no se comprende, ni ha podido apreciarse hasta ahora. Antes sus orígenes y afluencias se confundían. Debemos confesar que hay semejanza de conjunto, entre los pintores primitivos de las tres escuelas.

En el siglo xv cruza las orillas del Rhin un hálito poético y legendario que penetra y lo reanima todo: á un lado está la borgoñona escuela de los Van Eyck y al otro los inmuebles

símbolos de la fantástica escuela de Bohemia. Todos los pueblos se acercan á la orilla y comparten de este hálito regenerador. El hermoso *tryptico* de la catedral de Colonia, que se atribuye á Stéfano Lothener, puede servir de modelo de esta escuela. Sea lo que de ello fuere, la separacion de las escuelas es ya un hecho consumado. Únicamente, salvas algunas excepciones, y tomando la palabra *arte* en su elevada acepcion, deben verse en la escuela alemana documentos arqueológicos más que obras artísticas. No tienen precio para el estudio de los orígenes; pero no aconsejaremos nunca que en ellos se busque lo que se encuentra en los maestros de Flándes, Italia y España.

Hay en nuestro Museo escasas obras de la escuela alemana. Para apreciarla bien fuera necesario ir á Colonia y á Lóndres, en donde en el palacio del príncipe Alberto, se conservan gran cantidad de ellas. Mas, por escasas que estén, puede verse el carácter general. Martin Schoen (1.420? 1.492? Colmar) es el que inaugura la serie. Su cuadro *El Salvador, la Virgen y San Juan* es un retablo dividido en tres compartimientos que domina un roseton en que figura una cabeza de ángel. Las figuras, destacándose sobre un fondo de oro estampado, están pintadas con tono cálido, toque suave y aterciopelado, contornos seguidos, aunque un poco gruesos; pero están llenas de fe, y expresion religiosa. Es un gótico hermoso que se ve con mirada respetuosa y tierna, y ocupa con justicia un sitio entre las obras maestras del salon de Isabel II. Debía servir de coronacion á un políptico, cuyo medallon central ha desaparecido.

Dudo que haya coleccion capaz de competir en riqueza de Albertos Dureros con nuestro Museo. El catálogo menciona nueve. El Louvre no tiene ninguno; en Anvers hay uno; en Dresde, cuatro; en Lyon, uno; dos se vieron en la Exposicion de Manchester. Otro existe entre nosotros muy curioso, en la numerosa coleccion del Sr. Salamanca. En Madrid, pues, es donde puede juzgarse el talento de Alberto Durero como pintor: como grabador ya es otra cosa; la obra más completa que existe figura en el Museo de estampas de Paris. No tratamos en nuestros artículos de enseñar, sino únicamente de relatar nuestras impresiones personales, y, por tanto, fuerza

nos es confesar que el efecto que nos produjeron esas pinturas no les fué favorable. El color y todos sus brillantes accesorios eran para este pintor un mito; su toque limpio y literal no tiene transparencia ni efecto; á su dibujo fáltale estilo y elevación. Cierto es que escoge, pero las formas elegidas no son elegantes; no sabe interpretar; piernas finas, *barrigas*, hombros estrechos, pechos voluminosos, tales son sus figuras. No obstante, tales defectos desaparecen ante una cualidad que en suma es el sello de su genio: el carácter. Las pinturas de Durero tienen un carácter, una originalidad que destaca; que reconocen entre todas las demas los inteligentes, y con las incorrecciones que dejamos apuntadas están dotadas de sentimiento superior; viven, tienen la chispa sagrada. Así, pues, confesando nuestro gusto personal, consideramos perfectamente legítimo el éxito y la influencia del pintor de Nuremberg durante su vida, y merecido el interes de la posteridad hacía él despues de su muerte.

Con razon, pues, se colocó en el salon de Isabel II el *retrato del pintor*, hecho por él mismo. Es ese rostro largo, enjuto, serio y extraño, que se conoce por los grabados. Vuélvese á la derecha, viste una hopalanda rayada de blanco y negro, cúbrese con un gorro de parecida tela del que salen algunos mechones de cabello rubio paja, crespos. Este retrato tambien lo grabó, si mal no recordamos. Debajo hay dos líneas en idioma aleman que no se entienden, y la firma 1498, *Albrechs Dürer*, acompañada del monograma. Nació en 1471, y de aquí resulta que tenía el autor veintisiete años cuando pintó su retrato. El pecho nos parece que está retocado. Otro *retrato de hombre*, de unos cincuenta años de edad, es ménos curioso; pero la cabeza es muy bella y no se ve en él esa dureza que reprochamos á Durero. Cierto que tampoco tiene un sello tan acabado; dos grandes *pañoles* en tabla que forman un tryptico, representan á *Adam y Eva*. Nuestros primeros padres están de tamaño natural, completamente desnudos, sobre fondo negro. Creemos tambien haberlos visto grabados en su obra. Adam es la mejor de ambas figuras; está firmado con monograma. Eva no es bella, ó por lo ménos si en tiempos del Paraíso era así el tipo de la belleza femenina, fuera nece-

sario suponer á Satanás muy aburrido y de mal gusto para aceptar que pensara en seducirla. Su brazo derecho se apoya sobre una rama del árbol fatal, del que pende un carton con el monograma y la fecha, 1504. Otras dos parejas representan, la primera las *Tres gracias*, la segunda, las *Tres edades de la vida*. Son muy importantes y curiosas; pero su autenticidad nos parece discutible. No recuerdan ni el dibujo, ni el color, ni el carácter de los Albertos Dureros legítimos. El catálogo dice que una inscripcion colocada en el reverso de uno de ellos declara que este cuadro lo regaló Federico conde de Solms á Juan de Lieja, duque de Brabante, en Francfort sobre el Mein, en 1548. Por último, hay dos cuadros religiosos: *El Cristo crucificado y la Virgen*, firmados ambos, el primero con el monograma y el segundo con el nombre y fechados en 1511. La Virgen que amamanta al Niño Jesus es de precioso sentimiento, muy aleman, pero muy distante de la sencillez de la escuela de Colonia ó de la de los Van Eyck. Dudamos de la autenticidad de la *Virgen*, cuadro curiosísimo sin disputa, pero retocado.

Los dos Lúcas Cranach, *Cazas de ciervo*, no tienen el valor artístico de los del Louvre, pero son curiosos como estudio de trajes y costumbres. Representan, como indica el título, cazas á la carrera realizadas por el elector de Sajonia Juan Federico III, rodeado de su corte. En el fondo, sobre una colina, se eleva el castillo ducal de Wittemberg, cuyas fachadas están una en cada uno de ambos cuadros. El duque de Sajonia se reconoce y distingue fácilmente en medio de los caballeros que le rodean. Sábese que Cranach fué su íntimo amigo y compartió voluntariamente la prision de aquél durante cinco años.

Rectificaremos, pues es oportuno, con motivo de Cranach, uno de los numerosos errores del Catálogo. Segun éste, el verdadero nombre de Cranach era Müller. No es cierto. Lúcas Sunder nació en Cranach, poblacion de la diócesis de Bamberg, y tomó por mote el nombre de su ciudad natal. Los contemporáneos le llamaban Lúcas *el pintor*, en aleman *Maler*, de lo cual no tardó en hacerse un nombre propio transformándolo en *Müller*. Un catálogo oficial no debería perpetuar tales errores.

El *Retrato de hombre*, de Holbein, recuerda otra hermosa cabeza, la de Erasmo del Museo del Louvre. El personaje representado tiene ó tenía una monstruosa nariz, y á lo que parece, el artista no trató de atenuar este defecto, resultando un aspecto caricatural algo extraño.

Recorriendo los corredores ó galerías inferiores del Museo, se ve en un muro expuesto á la humedad un lienzo inmenso cuyo mérito artístico es nulo, pero que establece un doble problema que fuera curioso estudiar. ¿Quiénes son los autores? ¿A qué hecho se refiere? Se registra en el Catálogo con esta descripción: *La degollacion de San Juan Bautista*. «El banquete de Heródes Antipas ocupa la parte principal de este inmenso cuadro. Salomé trae la cabeza del Santo. Todos los personajes presentan el carácter de la época del pintor.» La composición está ejecutada por dos artistas diferentes. El grupo de la derecha no es de la misma mano que el resto. Se han dado muchas explicaciones de esta obra. Algunos suponen que representa el arresto y muerte del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II., con sátiras de este hecho histórico. Lo que hay de cierto es que en él se encuentran retratos de muchos príncipes contemporáneos de Felipe III. Añadiré que las figuras tienen todo el carácter de las cabezas de la casa de Lorena, y están revestidas de trajes alemanes de principios del siglo xvii. A la izquierda un personaje sentado lleva colgado al cuello un medallon, sobre el cual se lee: «Ferdinandus II, Rom. imp. S. A.VG. Pudiera no estar desprovisto de interes para la historia política y pictórica el conocimiento de los nombres de los personajes representados y el de los dos autores de esta vasta composición. Si son caricaturas, son ciertamente las de mayor tamaño que existen. El cuadro no tiene ménos de treinta y cinco piés de largo.

Hay en el Museo doce cuadros de Rafael Mengs: en Dresde sólo hay tres, y en Paris uno. No debe maravillar esta cifra, si se atiende á que Mengs fué llamado á España por Carlos III en 1761, y recibido como el gran reformador de la pintura; se le escuchó como al Mesías de un arte nuevo, siendo cerca de aquel monarca lo que Lebrun cerca de Luis XIV. Colmado de honores y riquezas, no se retiró hasta 1777, despues de dirigir

como maestro soberano á todos los artistas españoles de su tiempo que se sometieron á su disciplina. Nada resultó de esta direccion ficticia y de real órden. Goya, que trabajaba sin sujetarse á ella, no la necesitó para abrirse camino. Mengs era un espíritu más sutil que ingenioso, una imaginacion más crítica que fecunda, que hizo pueriles esfuerzos para amalgamar las más opuestas cualidades: el dibujo de Rafael y la composicion de Veroneso, el color de Ticiano y la gracia de Correggio, no logrando hacer más que cuadros frios, sin vida, sin efecto y sin carácter, verdaderos lienzos de crítico, como es fácil comprobar, sobre todo en la *Adoracion de los pastores*. Es una obra concienzuda, en que lo rebuscado y el efecto del estilo están escritos de modo visible, pero en las que cada trozo se ve con el gusto de lo que volvemos á hallar y se saluda como á antiguos conocimientos. En literatura se llaman plagios á esas obras hechas con remiendos de otras. Mengs es tan artista como son poetas los plagiarios. Los preceptos publicados bajo el título de *Pensamientos y reflexiones*, valen tanto como sus pinturas. Son, como éstas, sutiles, ingeniosos y frios.

ESCUELA HOLANDESA. El Museo no es más rico en maestros de esta escuela, y hay para ello excelentes razones. Excepto Jerónimo Bosch y algunos primitivos de la rama de Colonia ó de la vieja escuela borgoñona, los grandes artistas holandeses datan del siglo xvii, es decir, de una época en que los españoles abandonaban poco á poco las Provincias-Unidas, proclamadas independientes desde 1566. Entregados á sus antiguos súbditos los fecundos pantanos de la Holanda, no pudieron llevarse obra alguna de mérito. Más tarde, en el siglo xvii, en la hermosa época del renacimiento holandés, sábese con qué celoso cuidado los habitantes de aquel país conservaban las obras de sus maestros y cuán difícil era sacar de allí hasta las de mediano valor. Hasta tal punto, que no sólo muchos cuadros pertenecen todavía á las familias para quienes fueron hechos hace doscientos años, sino que todavía están colgados en el sitio y á la misma luz que los puso la piadosa mano del artista. Con más razon debieron ocultarlos á los enemigos de ayer, á los indiferentes de hoy. Los pintores holandeses son, pues, escasos en Madrid.

Jerónimo Bosch que es el primer pintor holandés que encontramos, lejos de desmentir nuestro aserto, lo confirma por el contrario. Recuérdese bien que, nacido en 1450 Jerónimo Agnen, motejado *Bosch* (Bosque), nombre de su ciudad natal, Bois-le Duc, murió en 1518, y se comprenderá que cincuenta años después, en lo más reñido y crudo de la guerra de la independencia, los españoles pudieron traer á Toledo y de allí á Madrid, las obras de este sombrío y espantoso caricaturista. Preciso es venir aquí para ver ocho cuadros de Bosch dignos de estudio, y tal es la opinion que sustenta el sabio autor del catálogo del Museo de Anvers. «La mayor parte de sus cuadros—dice—están en España, lo que indujo á muchos biógrafos á creer que residió allí.»

Extraña imaginacion fué la de este artista, siempre preocupado con la muerte, el diablo, el infierno, las llamas eternas, los espantosos suplicios. Dijérase que todas las tristes y monstruosas ideas que la Edad Media se formó de la Gehenna, aumentadas, amplificadas, llevadas á extremo límite, se encarnaron en él. ¿Obraba de buena fe al pintar estos horribles asuntos? Lo ignoramos. Pero si, por el contrario, eran caricaturas, son demasiado lúgubres; si son sueños de la imaginacion, el monje más sacrílego, asesino, incestuoso, no se vió nunca atormentado por visiones más vengativas. Junto á los horrores de Jerónimo Bosch, Breughel es alegre, Teniers frío, Callot grave, Goya razonable. Las tres *Tentaciones de San Antonio*, la *Adoracion de los Magos*, son curiosas muestras del género, y prueban lo que antecede acerca de esa imaginacion desordenada. Pertenecen á un tryptico en que falta el pañol central.

El último está firmado en caracteres góticos: *Ieronimus Bosch*. Pero la obra típica por excelencia es el *Triunfo de la Muerte*. Es la danza de los muertos más horrible é impresionable que conocemos. El lienzo tiene cuatro piés de alto y seis de largo. Las figuras podrán tener seis pulgadas de altura, las hay á centenares, multitud confusa y compacta de esqueletos, larvas, fantasmas, demonios, verdugos, ajusticiados; en medio de los males la muerte á caballo, armada con su guadaña, galopa sobre aquel pavés humano haciendo ancho surco á su

alrededor. Es siniestro, es asqueroso, inquieta; aún vemos este cuadro aterrador. Está colocado en una de las salas bajas del Museo, cortada en tres bovedillas, cuyas ventanas siempre entornadas, lo llenan de una oscuridad casi completa, como las basílicas de Peter Neeff. El conserje que nos llevó á esta catacumba entreabrió una ventana, desde la cual caía la luz de lleno sobre el Jerónimo Bosch, y se retiró. Estábamos solos ante aquel espanto: la sombra se espesaba en el fondo de la galería, donde reinaba un silencio profundo que no nos atrevíamos á turbar ni aún con un leve movimiento; un miedo fantástico nos dominó lentamente, uno de esos miedos pueriles, absurdos, irreflexivos, tales como los que se experimentan leyendo las novelas de Ana Radcliffe: confesamos que sentimos un gran bienestar al oír de nuevo los pasos del conserje que venía á libertarnos de nuestra extraña contemplación. Necesitamos cierto valor para seguir examinando los lienzos restantes de la galería. Hicimoslo primero distraídos, echando de vez en cuando una ojeada al de Bosch, para asegurarnos de que sus asquerosos personajes no se animaban y de que no oíamos las pisadas del fantástico corcel. Felizmente esta parte del Museo nada importante contiene. Así, pues, por impresión propia sabemos lo que se siente ante las composiciones de Bosch y no se lo deseamos á nadie. Pero se comprende que su sombrío genio estuviera acorde con el fanatismo religioso de nuestros antepasados del siglo xvi.

Hay un enigma que proponemos á los más inteligentes, y que se presta á investigaciones que por hoy no tenemos espacio ni tiempo de hacer. Es un *San Jerónimo meditando ante un cadáver*. Las figuras son de medio tamaño, y no vacilamos en colocarlo entre la escuela holandesa, sin tener para ello más razones que el carácter de las cabezas que no parece distante de las escuelas de Colonia y de Van Eyck. El trabajo es gótico, y el cuadro está firmado á la izquierda MDAD, 1521. Está en perfecto estado de conservación. ¿Qué es ó significa *Mdad*? Si es un pintor, los catálogos de Paris, de Anvers, de Amsterdam, de Dresde, el de Manchester, tan rico en primitivos, guardan silencio acerca de él. Silencio que es también absoluto entre los historiógrafos que son nuestra autoridad en tales materias.

Si, como creemos, es una palabra, ¿qué significa? Si es un monograma, ¿qué designa? Brulliot no indica nada que se le asemeje y no obstante la firma es legible y el catálogo del Museo con buen acuerdo la reproduce en *facsimil* MDAD. En cuanto á la obra, su dibujo es seco, pero el color todavía está vigoroso y el toque es de los más esmerados.

Plaza al maestro del claro-oscuro, al rey de los pintores holandeses, al artista más original de todas las épocas, á Rembrandt, que no tuvo como Vinci un Verocchio, como Miguel Angel un Ghirlandajo, como Rafael un Perugino, para enseñarle y corregirle! El Museo de Madrid no expone más que un retrato suyo, pero todo él es belleza, y firmado en 1634, época en que Rembrandt tenía de veintiseis á veintiocho años (nació en 1606 segun unos, en 1608 segun otros) y estaba en todo el florecimiento de su genio. Representa, segun el Catálogo, la *reina Artemisa*. Es una jóven suntuosamente vestida con ese traje pseudo-oriental de que gustaba el pintor, y una de sus servidoras la ofrece para beber una copa ricamente cincelada. En el fondo apenas se indica una vieja. Las figuras están cortadas de medio cuerpo; la jóven Artemisa ocupa la derecha del cuadro y está sentada. Esta maravilla se ve expuesta en el salon de Isabel II y podemos asegurar que ocupa justamente tal sitio.

No trataremos de dar cuenta del efecto mágico de la luz destacándose sobre un fondo sombrío y transparente, el deslumbrador traje de la jóven, el poder y el calor de aquel colorido que hizo creer á algunos que Rembrandt preparaba sus lienzos con una hoja de oro. Caeríamos en lo trivial. Diremos solamente que en este cuadro el toque está más ajustado, ménos libre, acaso ménos seguro de sí mismo que en las obras posteriores.

Tal es, al ménos, la impresion que nos produjo, y esto se explica por las fechas. En 1634 sólo hacía cuatro años que pintaba Rembrandt, puesto que ninguna obra se conoce de él anterior á 1631: su mano, por consiguiente, no podía obedecer tan ciegamente á su pensamiento como obedeció despues. El cuadro está firmado de este modo: 1634 *Rembrandt f.* ¿Quién es esa jóven tan radiante de salud y de vida, cuyas carnes, henchi-

das y duras parece que han de hacer estallar el traje que la ciñe? Lo ignoramos; pero sabemos que el pintor casó el 22 de Junio de 1634 con Gaskia van Hylemburgo. Ahora bien; ese retrato está con tal solicitud hecho, con tal precaucion, que se parece mucho al amor. ¿Sería acaso el retrato de su mujer, pintado durante los primeros meses de matrimonio? Sólo Burger puede resolver esta cuestion.

En el Museo hay diez Felipe Wouwermann, *El descanso de los cazadores* y los *Cazadores*. *El Paso del vado* y *Cacería de liebres* son dos obras finas, luminosas, espirituales, comparables sólo al *Mercado de caballos* que en la venta de Mecklemburgo, se adjudicó al marqués de Hertford en 320.000 reales, si mal no recordamos. Ambos cuadritos son dignos de figurar en el salon de Isabel II.

Por último, si se juzgara á Ruysdaël por su cuadro del *Bosque* se arriesgaría un juicio temerario acerca de este paisajista. Es un buen lienzo, pero el toque es pesado y no tiene efecto. Ruysdaël, en nuestra opinion, no es posible juzgarlo en ningun museo de Europa mejor que en el del Louvre y en los magníficos paisajes de algunas colecciones particulares de Bélgica.

De manera que en total deben estudiarse cinco artistas holandeses en nuestro Museo, y entre ellos se cuenta uno desconocido. Escaso es el número. Dijérase que la antipatía, ó mejor el odio de raza, sobrevivió al tratado de Munster, odio deplorable por las consecuencias que para todos cuantos sentimos aficion al estudio y admiracion de las bellas artes viene produciendo en nuestra patria.

ESCUELA FLAMENCA. Las causas que hacen escasear las obras de los artistas holandeses influyen en la abundancia de pintores flamencos en nuestro Museo. Durante todo el siglo xvii, hermosa época del arte flamenco, las provincias que hoy dia constituyen la Bélgica estaban con respecto á nosotros en la misma posicion que tuvo el reino Lombardo Veneto con respecto al Austria. Gobernada por príncipes españoles, cuya autoridad fué siempre paternal y templada, y cuya respetada memoria vive aún en la de los belgas, es fácil comprender que Bélgica envió á España gran número de producciones de

sus artistas. Por otra parte, excepto Rubens, que hizo dos viajes á la corte, dejando en ella algunos lienzos suyos, muchos de estos artistas, Breughel, Van Dyck, Teniers, Snayers, recibieron encargos directos de los gobernadores españoles, encargos que acababan siempre por regresar á la madre patria con sus poseedores afortunados. En cuanto á los primitivos de la escuela de Colonia ó á la borgoñona, Van Eyck, Rogerio de Brujas, Memling, Patenier, en Madrid están tan en su patria como en Brujas, pues los sucesores de Cárlos el Temerario reunieron bajo un mismo cetro á estos países tan distintos y distantes uno de otro.

Atribúyense obras á estos últimos artistas que no son suyas y esto se aventura con frecuencia en el terreno del arte. De la carencia de documentos resulta falta de pruebas, y vese el observador reducido, para comprobar la identidad, á comparar el toque de un cuadro con el de otros. Ahora bien; nadie podrá vanagloriarse aquí donde la inteligencia artística es natural y lógica, ni aún nuestro ilustre amigo el señor marqués de Valmar, ni el mismo Sr. Madrazo, de conservar intacto el recuerdo del toque de los Van Eyck ó de los Memling, de Brujas. Además, aquellos maestros formaron á su rededor un vivero de copistas, tan religiosos y sencillos como ellos mismos, cuyas producciones se han de confundir aún por largo tiempo [con los originales. Preciso es estar profundamente experimentado para asegurar que un lienzo es indisputablemente del maestro á quien se atribuye, y aconsejamos grandemente del maestro á quien se atribuye, y aconsejamos grandemente prudencia con respecto á lo que el Catálogo atribuye á los primitivos que en este punto nos toca examinar.

Bajo la denominacion de escuela de Van Eyck se registra la *Anunciacion de la Virgen*, díptico cuyas divisiones están separadas por un edificio gótico. A la derecha, la Virgen arrodillada recibe el mensaje divino que la trae un ángel colocado á la izquierda y cubierto de un traje ricamente adornado. El segundo díptico, que se atribuye á Van Eyck, representa el *Casamiento de la Virgen*. La parte izquierda está ocupada por el gran sacerdote oficiando en el templo, y la de la derecha la ceremonia del casamiento propiamente dicha. La primera de estas divisiones da á los arqueólogos una muestra de todos los

trajes y adornos sacerdotales, de todos los vasos sagrados que se usaban en el siglo xv en el sacrificio de la Misa. Insistimos en la delicadeza con que están tocadas ambas obras, en la sencillez y el carácter de las figuras, en la intensidad de los colores, lo cual sería superfluo repetir tratándose de Van Eyck y de sus discípulos. Diremos tan sólo que después de un concienzudo exámen, no los creemos de la misma mano.

El *Descendimiento de la Cruz* está dividido en tryptico y pintado sobre fondo de oro. Además del admirable sentimiento religioso de que se halla impreso, su potente colorido, la originalidad de su dibujo, lo sabio y bien ordenado de su composición hácenlo una obra de primer orden. Las cabezas, entre las cuales citaré más especialmente las de la Vírgen, de Cristo, de José de Arimatea, de Nicodemo, tienen la delicadeza de la miniatura y un efecto conmovedor. No se descuida ningún detalle; los bordados y adornos de los trajes se han copiado con religioso escrúpulo, que en nada daña al conjunto. El Catálogo cuenta, tratando de esta obra, la eterna anécdota del naufragio de que milagrosamente se salva un lienzo, y que se aplica á tantos cuadros. Pero lo más importante es que lo atribuye á Rogerio Van der Weide, llamado Rogerio de Brujas. El nombre de este artista, que fué discípulo de Van Eyck y maestro de Memling, conocíase apénas hace quince años, y el catálogo del Museo de Anvers da noticias muy detalladas acerca de él.

Es en extremo delicado atreverse á emitir una opinion en tal materia; no obstante, si los *Siete Sacramentos*, de Anvers, son realmente debidos á Rogerio, el *Descendimiento de la Cruz* no debe serlo. Otra razon más convincente aún nos hace juzgar como posterior esta obra, y es el mismo carácter de su composición, mucho mejor agrupada, ménos sencilla, pero más acertada que la de los tiempos en que florecía Rogerio (1450): es el movimiento de las figuras y la caída de los paños, aquél más atrevido de actitud, ésta más variada de pliegues, lo cual no era usual en el siglo xv, que se limitaba á fórmulas invariables. Un atento exámen no permite equivocarse, y M. Viardot tiene razon al igualar este *Descendimiento de la Cruz* al que hay en el Louvre, que se atribuyó por mu-

cho tiempo á Lúcas Leyde, y ahora se dice de Quintin Matzys. Pero el de nuestro Museo es más hermoso. No nos atreveremos á decir que ambos sean de la misma mano; pero no creemos equivocarnos al asegurar que entre los dos no hay un espacio de veinte años. El Catálogo cree que hay ochenta, y éranos necesario corregir tal error.

Otro gótico, designado en el Catálogo como compuesto en el estilo de Rogerio de Brujas, y que, en efecto, recuerda las esmaltadas formas y los angulosos contornos de los *Siete Sacramentos*, de Anvers, es el *ex-voto* que tenía el número 434 de la numeracion antigua. Es muy importante, de delicado toque y de color bastante claro. Se divide en cuatro compartimientos que representan la *Anunciacion*, la *Visitacion*, el *Nacimiento de Jesucristo* y la *Adoracion de los Magos*.

Nuestro Museo pretende poseer dos Hemling, Memling ó Memlinghe, pues no hay acuerdo acerca del nombre ni de las obras de este artista. La *Adoracion de los Magos* y otra *Adoracion*. La primera es un tryptico cuyo pañol central ocupan los tres magos que hacen su ofrenda al Salvador. En el de la derecha la *Virgen y dos ángeles* adoran al Niño; en el de la izquierda se ve la *Presentacion en el Templo*. En el pañol central, hácia la derecha, un hombre barbudo y cubierto con un gorro asoma la cabeza por un tragaluz y contempla la escena. Este gótico, á más de bello, es muy importante: todas las figuras tienen el carácter de angelical sencillez.

Esta descripcion sucinta, traerá á la memoria de los que han visitado la sala de San Juan en Brujas, la admirable *Adoracion de los Magos*, que con la caza de Santa Úrsula forma de aquella habitacion el punto de cita de la Europa artística. En efecto, á excepcion de alguna modificacion ó cambio en los ademanes y algunos trajes de diferente color, es la misma composicion dispuesta de igual modo. Hasta el curioso indiscreto que tiene todo el carácter de un retrato, está en ambas obras. La del Museo es evidentemente reproduccion de la de Brujas, reproduccion libre, pues un copista, por hábil que fuese, no se hubiera permitido cambiar nada á la obra maestra de Brujas. Tenemos, no obstante, dudas que humildemente confesamos. Al ver la *Adoracion* de aquí recordamos siempre la de

Brujas, y nos extraña la frialdad del color, la escasa riqueza del traje de los magos, tan suntuosa en Brujas. En todo caso, la reproducción es inferior al original. Pero repetimos que no pueden juzgarse de un modo definitivo estas delicadísimas cuestiones más que teniendo ambas obras á la vista. Acaso llegue un tiempo en que Europa quiera hacer con sus museos lo que hizo Inglaterra para sus colecciones particulares. ¡Quiera Dios que asistamos á ese concilio de Nicea del arte!

Hay otra *Adoracion de los Magos* que evidentemente no es de la misma mano. El toque es ménos rico y el color más pesado. Puede ser obra de un artista del siglo xvi, puesto que Memling murió en 1499; pero ciertamente es inferior á las obras de éste.

Llegamos á Joaquin de Patenier ó de Patinir, segun su firma. Patenier es un artista muy original, muy personal, cuyas obras impresionan vivamente. Nació en Dinaut, fué recibido en la cofradía de San Lúcas de Anvers en 1515, y cuando viajó Alberto Durero por los Países Bajos, se unió á este gran artista, que le retrató y asistió á su casamiento en 1529 (Catálogo del Museo de Anvers). Anvers expone una *Huida á Egipto*, firmada *Opus Ioachin. D. Patinir*, y en Manchester se cuentan cuatro cuadros que pertenecen al príncipe Alberto. Hay seis en Madrid, entre los cuales se deben citar dos: la *Huida á Egipto* y la *Tentacion de San Antonio*, que nos parecen los que más importa para conocer su manera. No recordamos que firmase ninguna de estas obras. En la *Huida á Egipto* la Virgen en primer término amamanta al Niño Dios. En el segundo, San José lleva un vaso lleno de agua. En el fondo campesinos y soldados que siguen á la Sacra Familia. Al paso del divino cortejo los ídolos y templos paganos se derrumban. País de bosque. Con cortas diferencias, es la repetición del mismo asunto de Anvers, y como aquel está firmado, pudiera ser que el nuestro fuese una copia.

Es, no obstante, muy hermoso; pero inferior á la *Tentacion de San Antonio*, colocado en el salón de Isabel II. En este cuadro la escena tiene por teatro un paisaje, atravesado en el fondo por un río y terminado por altas colinas pobladas de árboles, que cierran el círculo del horizonte. En primer tér-

mino el anacoreta está rodeado de mujeres jóvenes, una de las cuales le ofrece una manzana. Sobre un lago en segundo término, se desliza una barca cargada de mujeres desnudas, que se encaminan hacia una mesa profusamente servida. Las figuras y los trajes son de dibujo raro que no excluye ni la delicadeza de las formas, ni la elegancia de los contornos. Dijérase Memling imitado por Alberto Durero. Lo que más notable nos parece es el paisaje. La extensión es inmensa, y siéntese pasar el aire fresco y húmedo de las orillas del Meuse. El terreno y la vegetación están tratados con un verde oscuro, de extraña intensidad, sin dureza, sobre el cual destacan limpiamente los blancos de las ninfas y de las diablitas. Criado á orillas del Meuse, Patenier conservó intacto el recuerdo de su país. Nunca, hasta entónces, jamás ántes que él, se le dió tal valor y acentuación al paisaje, de cuyo género fué el iniciador en Flándes. Pablo Bril, cuando no es duro, pertenece indudablemente á esta escuela, y recuerda los efectos de Patenier.

El cuadro *Avaros* presenta á la observación de los curiosos un enigma parecido al que ya dejamos apuntado al mencionar la escuela holandesa. Está en tabla de dos piés de altura y tres de largo. Representa á un cambiante, tal vez á un prestamista y su mujer, sentados ante una mesa llena de monedas. Se ven de frente, con la mesa delante de sí. Él se cubre con una pellica y un gorro, y se ocupa en pesar los ducados. Las figuras son de tamaño natural y se ven de medio cuerpo. La hechura es seca y escrupulosa, las cabezas son de notable exactitud, características y vivas. No se ha descuidado ninguno de los muchos detalles que hay sobre la mesa y las paredes. Se conserva perfectamente, y no hay indicios de restauración. A juzgar por este relato, el asunto tiene gran semejanza con los *Pesadores de oro* de Quintin Matzys, una de sus obras más importantes. Pero aquí empieza la dificultad. El lienzo de nuestro Museo está firmado á la izquierda en letras muy visibles *Reigmesvode Maring*. ¿Qué significa esto? ¿Es un nombre? No se menciona en parte alguna. ¿Son dos palabras flamencas ó alemanas? Ignoramos una de ambas lenguas y las autoridades en la materia que hemos consultado tam-

poco saben lo que quieren decir. ¿Son abreviaturas de varias palabras, y en tal caso es todo ello una inscripcion? Lo ignoramos. No obstante, no vemos en parte alguna puntos suspensivos, y las dos palabras están formadas y separadas con claridad. Lo que podemos asegurar es que es un cuadro excelente á la manera de Matzys. El nombre de este pintor, que forma la union entre la antigua escuela de los Van Eyck y la nueva escuela de Rubens, nos servirá tambien de transicion para llegar á esta última, que tan bien se representa entre nosotros.

Rubens brilla en ella con incomparable esplendor. Ninguna coleccion del mundo ha reunido obras más numerosas y diversas de este rey de los coloristas, y no creemos que los museos é iglesias de Bélgica igualen en número al que contiene el Real Museo. El Catálogo registra sesenta y dos, treinta y una más que el Louvre, y veintiocho más que Dresde. Todas estas obras son hermosas é importantes, todas merecerían un minucioso detalle, porque no nos parece que este genio que dejó obras incompletas produjera nada mediano. Puede preferirse tal obra á tal otra, encontrar algunas relativamente inferiores, mas no se encontrará ninguna débil. Semejante en esto al gran Velazquez, su admirable organizacion le hizo entrar de lleno en la vía que hizo suya y que siguió constantemente con la serenidad del genio. Pintaba á los veintiun años como á los sesenta, con igual facilidad é igual poder, y durante estos cuarenta años, cuyo trabajo y productos confunden el pensamiento, no es posible reconocer en él la huella de una modificacion en su manera, de una debilidad, de un cansancio en la concepcion ó ejecucion. Forzoso nos será, pues, elegir entre sus sesenta lienzos, y sea cual fuere nuestro deseo de extractar, nos vemos obligados, con gran satisfaccion nuestra. á enumerar veintisiete.

Nos abstendremos de teorías que se pierden de vista y de elogios generales acerca del genio pictórico que mejores dotes tuvo. La posteridad ha consagrado esta gloria, sobre la cual no pretendemos aglomerar alabanzas nuestras. Para nosotros, Rubens representa la más alta expresion de la armonía pictórica. Experimentamos al contemplarlo la sensacion que causa

hundir el rostro en un ramo de flores húmedas y perfumadas. Creemos, pues, que la enumeracion es el mejor modo de rendirle homenaje. Nos contentaremos con copiar, desarrollándolas, las notas recogidas ante sus obras, que admiramos diariamente cuando vamos á visitar las de otros maestros.

La Serpiente, gran lienzo y gran composicion. A nuestro juicio es por su belleza total una de las primeras y más importantes obras del maestro, de un colorido vigoroso, potente y rico. En medio de las figuras de hebreos arrodilladas ante la serpiente simbólica, se nota en primer término una mujer extenuada de dolor, cuya cabeza tiene una expresion incomparable. Firmado á la derecha *P.—P. Rubens*. La firma es rara. Está colocado en el salon de Isabel II, encima de la *Ofrenda á la fecundidad*, de Ticiano.

El salon de Isabel II es una maravillosa aglomeracion de obras maestras; pueden perdonárseles sus respectivas ambiciones á Carlos V y Felipe II si hubieran dado por resultado único amontonar en nuestra nacion tales riquezas.

Retrato de Felipe II.—Magnífico retrato ecuestre, en el cual hay que notar la riqueza de la armadura, siendo un interesante estudio comparativo con los retratos ecuestres del *duque de Olivares* y de *Carlos V*, de Velazquez y del Ticiano.

Retrato de Fernando de Austria, á caballo. Una Fama seguida de un águila vaga por el cielo. En el fondo la batalla de Nordlinga. Composicion en la que no se sabe si admirar más la fecundidad del genio ó la riqueza de aquella armonía. Sin querer establecer comparaciones odiosas, confesamos que preferimos este lienzo al de Velazquez.

Retrato de Tomas Moro, de medio cuerpo vuelto á la derecha. De un tono que parecería demasiado ardiente en otro cualquiera, pero poderosamente modelado y de animacion increíble. Colocado en el salon de Isabel II, junto á los retratos de Ticiano, Rafael, Alberto Durero, Tintoreto y Velazquez.

Retrato de María de Médicis, en traje negro. Sábese cuán familiar era á Rubens la hermosa cabeza de la reina y el partido que sacó de la opulencia de sus carnes. Este retrato es un estudio para uno de los cuadros de la galería de Luxemburgo. El fondo de cortinajes, sobre el cual se destaca la cabeza, que-

dó preparado nada más con ese tono gris-oscuro que da transparencia y calor al toque de Rubens.

Retrato de una princesa francesa.—Magnífico. Su cabeza tiene alguna semejanza con la de María de Médicis, de quien creemos sea hija, acaso Isabel de Médicis, que casó en 18 de Octubre de 1615 con el rey Felipe IV y murió el 6 de Octubre de 1644, cuatro años despues que Rubens.

Retratos del archiduque Alberto y de Clara Eugenia.—Dos lienzos que forman pareja. Cada personaje se ve de medio cuerpo y apoyado en una balaustrada, sobre la cual cae á medias una cortina roja, detras de la cual hay un paisaje con edificio en el fondo. Los paisajes son de Breughel. Estos dos retratos parecerían blandos en Rubens; pero observándolo bien, se comprende que el gran pintor tuvo que sostener este carácter para dejar al paisaje todo su valor y no dar á los cuadros dos centros luminosos. El tono un poco apagado prueba, pues, el buen gusto de Rubens.

Esto en cuanto á los retratos.

En la categoría de los asuntos religiosos se encuentra *Adam y Eva*. Es la copia del cuadro de Ticiano de que hablamos anteriormente. Compréndese el interes que tiene tal obra. La coleccion de los dibujos del Louvre posee varias copias al lápiz de grandes maestros: Rafael, Leonardo de Vinci, interpretados audazmente por Rubens, á su manera de sentir y ver, pero el *Adam y Eva* tiene sobre estos lápices la superioridad de un cuadro sobre un dibujo. Es del mismo tamaño que el original, que no recuerda más que por las líneas principales del conjunto. Debe pensarse que el color y el dibujo de Ticiano no los respetó; sobre todo, el dibujo. Rubens, aunque evidentemente de buena fe, dejábase llevar de las modificaciones involuntarias que vituperaríamos en cualquiera otro.

Este cuadro establece con toda claridad la insoluble cuestion de la copia literal y de la interpretada; es cuando ménos curioso conocer la opinion de Rubens en este punto. Rubens ha falseado al Ticiano en la copia; mas si alguno debiera quejarse por ello no sería, por cierto, el último de ambos artistas.

En la *Concepcion* parece que el ardiente toque del pintor se

suaviza con más templada armonía, como para estar acordes con el asunto. Curioso es compararla con las *Concepciones* de Murillo, y aunque este cuadro les es inferior bajo el punto de vista del éxtasis, les iguala como habilidad, seguridad y facilidad de ejecución.

Sacra Familia.—Es un estudio comparativo, en los ángeles sobre todo, del *San Jorge* que está en la capilla de Rubens, en Anvers, cuadro que se tiene por su obra maestra. Es admirable. Hay en él tonos de ágata, esas cualidades de intensidad, de armonía, de transparencia, que hacen notable el *San Jorge* de Anvers á la admiración del mundo.

Adoración de los pastores.—Grande y vasta composición de 12 piés de altura por 15 de ancho, de excesiva riqueza de tono, pero cuyas sombras tienden demasiado al negro.

Cristo muerto.—Uno de esos asuntos en que Rubens se complacía en dar á conocer sus profundos conocimientos anatómicos y sus estudios acerca de la expresión de la fisonomía. El cuerpo de Cristo es tan hermoso como el del *Descendimiento*, de Anvers. La cabeza, el rostro de la Virgen tiene un punzante dolor. Toda la composición está tratada con un tono gris pálido, que al principio la confunde con un Van Dyck.

En la mitología debemos detenernos en los cuadros de grandes dimensiones: *Ninfas dormidas*, *Ninfas y Sátiros*, *Céres y Pomona*, *La Via Lactea*, el *Juicio de París*, las *Tres Gracias*, lienzos en que se encuentran bajo todas formas y en todas actitudes, en todo su desarrollo luminoso, esas magníficas mujeres en que se desborda la vida y la salud. Siéntese ante estos cuadros cómo sobresalía Rubens, y se complacía, por consiguiente, en copiar esas carnes redondas, frescas y sonrosadas, esas lujuriosas epidérmis y qué varios aspectos, imprevistos y nuevos siempre, sencillos y jamás extravagantes, conseguía dar la inagotable fecundidad de su imaginación á estos triunfos de su pincel.

Por último, entre los paisajes y cuadros de género, es notable sobre todos la *Danza de campesinos*, que se parece mucho á la que existe en el Louvre, y es ménos importante como dimensión, pero cuyo color nos ha parecido más rico y armonioso.

Rodolfo de Hapsburgo y su escudero acompañan á pié á un sacerdote y su sacristan, que llevan el Viático montados en los caballos de estos personajes. Es una obra muy curiosa, en la que el rico pincel de Rubens supo plegarse á una asombrosa sobriedad de tono. La cabeza de Rodolfo es magnífica, y su actitud felicísima.

El Jardin de amor, obra espléndida de siete piés de altura y diez de ancho. Bajo un pórtico, á la derecha, en el fondo, en medio de un paisaje las Tres Gracias y Juno. En primer término, á la izquierda, un caballero acompaña á una mujer jóven y de brillante belleza, en la que algunos suponen ver, no sin fundamento, á Helena Fourment, segunda mujer de Rubens. En todos los términos, en todas las actitudes, de pié, sentados, tendidos, grupos de amantes hablando. La pluma es impotente para describir el brillo, la riqueza, el poderoso efecto de esta composición. Es para la mirada un concierto, es polvo de oro sobre una hoja de rosa. Este cuadro se echa de ménos en el salon de Isabel II, donde debería figurar en sitio preferente al lado de Giorgione. Lo consideramos igual en belleza al *San Jorge* del sepulcro de Rubens y á la *Serpiente* de que acabamos de hablar. El Museo de Dresde guarda una copia más pequeña, que debe ser el estudio de este cuadro, y que segun se asegura, es tambien muy bella. El *Jardin de amor* se ha reproducido varias veces en litografía.

Atalanta y Meleagro, gran paisaje de nueve piés de largo, animado por la cacería del jabalí de Calydon. Pero esta cacería sólo es el accesorio, y el paisaje constituye por sí solo el verdadero asunto. Está comprendido, como era de esperar del genio de Rubens, por grandes masas perfectamente equilibradas, ante las cuales se abren las profundidades llenas de sombra de los bosques mitológicos, y las atraviesa un rayo de sol que ilumina á los personajes. Rubens no era genio que copiase escrupulosamente el entrelazado de las ramas ó el detalle de las hojas, y no veía más que el conjunto; pero lo que quería copiar, y copió en efecto, era la impresion del ancho claro perdido en medio de los árboles seculares. Entra en la naturaleza por opuesto camino que los holandeses; pero es tan verídico, tan impresionable como aquellos.

Vese por esta larga enumeracion cuán grande es la variedad de las obras de Rubens, y eso que nos limitamos á citar las más notables entre las mejores. No creemos, fuerza es repetirlo, que ningun museo pueda ostentarlas más excelentes. Así, pues, si en los museos de Paris, de Anvers, de Brusélas, de Dresde se puede entrever la fertilidad, la riqueza, la sana exuberancia de este genio, sólo en Madrid se le conoce bajo todos sus aspectos, y puede apreciársele en su justo valor. Rubens es el anverso de los Carrachio y Lúcas Giordano. Cuanto más se le estudia causa mayor admiracion.

Como Rafael, Rubens es el único artista que tuviera la fortuna de dejar herederos dignos de él. Van Dyck y Jordaens perpetuaron la tradicion de la escuela de Anvers, como Julio Romain y Juan de Udina continuaron la de la escuela romana. Son gloriosas excepciones en la historia del arte, porque los émulos restantes de ambos maestros, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Corregio, Andrea del Sarto, Ticiano, Murillo, Velazquez, Rembrandt, no tuvieron la suerte de encontrar entre sus discípulos sucesores capaces de sobrellevar su herencia. Van Dyck y Jordaens se dividieron la mitad próximamente de la que legó su maestro, haciéndola producir admirable beneficio en sus manos.

Hay veintidos cuadros de Van Dyck en Madrid, de los cuales son ocho notabilísimos, ocho magistrales, superiores á los de Paris, por más que éstos sean hermosos y presenten al pintor bajo un aspecto más vario y elevado. En efecto, el nombre de Van Dyck despierta en los que sólo lo han visto en el Louvre el recuerdo exclusivo de un retratista. Esta idea se modifica por completo cuando se llegan á admirar, el *Cristo crucificado*, *Cristo en el sepulcro*, de Anvers, el *San Martin*, de Saventheim, y el *Beso de Júdas* y la *Coronacion de espinas*, de Madrid. El *Beso de Júdas*, de doce piés de alto por ocho de ancho, coloca á Van Dyck muy inmediato á Rubens. La escena pasa en el Huerto de los Olivos, cuya sombra se ilumina con fulgurantes luces que lanzan las antorchas que llevan los soldados y los discípulos. Cristo ocupa la derecha. Su hermosa cabeza en que se confunden la expresion del más profundo desprecio y la de una inefable mansedumbre, se ofrece á

recibir el ósculo del traidor, que se inclina hácia él. Como potencia de tono, este cuadro iguala y recuerda la *Serpiente* de Rubens. Es tan bello como aquél. Como efecto, acaso le supere, bien por la escena en sí, bien por la manera de interpretarla. Como hechura de la composición, damos la preferencia á la *Serpiente*. Los planos del terreno, en el *Beso de Júdas*, tienen á nuestro entender alguna confusión.

La *Coronacion de espinas* tiene ocho piés de alto por siete de ancho. Figuras de tamaño natural. Obra completa bajo todos conceptos, composición sin defecto. El toque está dado con tal firmeza, el color tiene una entonación tan vigorosa y tan poco comun en Van Dyck, que gustaba mucho del gris, que se vacila en atribuírselo, y siéntese inclinado el observador á creer que es de Rubens.

No creemos que Inglaterra, donde hay tantos retratos, obra de Van Dick, los tenga más hermosos que los de nuestro Museo. No pudiendo detallarlos todos, mencionaremos el de *Cárlos I á caballo*, boceto en el cual Van Dyck colocó la cabeza del rey sobre el conocido cuerpo del marqués de Moncada; el *Retrato de Rickaert*, cuyo color es un poco negruzco; el del *Conde de Berga*, de magnífica expresión, pero de color un tanto defectuoso en la cabeza; y sobre todos los tres retratos de *Van Dyck y el Conde de Bristol*, la *Condesa de Oxford* y el *Organista Liberti*.

En estos tres lienzos Van Dyck da á conocer su talento como retratista. Superior en este género al mismo Velazquez, que solo copió la fisonomía de una familia, admirablemente por cierto, Van Dyck con su pincel copió toda una raza. Quien quiera conocer la altivez, la elegancia de modales de aquella aristocracia inglesa, cuyos tipos parecen haberse perfeccionado con la misma solicitud que los de las razas de caballos, debe admirar á Van Dyck. No es posible que la forma humana produzca nada más puro. Cubrid de andrajos esa carne bajo la cual circula la sangre por una red transparente y delicada, y en la frescura de la epidérmis, en el porte de la cabeza, en el brillo de la mirada, en la firmeza de los enlaces del cuerpo se conocerán siempre esos nobles. Los sombríos personajes de Velazquez son fenómenos, y los de Van Dyck son grandes seño-

res. Acaso su altivez cifren en sus antepasados, pero están orgullosos de esa inteligencia que como una aureola se ve en su frente.

El *Retrato de Van Dyck y del Conde de Bristol* es digno de verse por los dos personajes que en este lienzo se reúnen. Están vistos de medio cuerpo, Van Dyck á la izquierda con traje negro, el conde de Bristol á la derecha con traje blanco. Van Dyck se copió en el cuadro con aquella hermosa cabeza fina, elegante, un tanto delgada, que todo el mundo conoce. La dificultad que presenta la oposicion brusca del blanco y negro está vencida admirablemente. Ninguno de ambos trajes forma mancha.

Se armonizan uno con otro por gradacion sucesiva, que son transiciones entre ambos. Velazquez no hubiera seguido tal procedimiento: en lugar de abordar el obstáculo, lo habría franqueado de un salto. Van Dyck lo venció usando todos los recursos de la pintura y aplicándolos con toda la flexibilidad de su talento.

La *Condesa de Oxford* es espléndida. Parece tener treinta años de edad. Está de medio cuerpo, vuelta hácia la izquierda, con la cabeza casi de frente. Su traje negro de amplias mangas descubre la parte alta del seno y la mitad del brazo. Tiene una rosa en la mano derecha. En la parte baja del cuadro, está la inscripcion: *The countess of Oxford. A. Van Dyck 1638*, lo cual no impide que el Catálogo la llame *duquesa*. Este retrato está fechado en la época más floreciente para el talento del pintor. Seis años hacía que estaba viviendo en Inglaterra, donde aún debía permanecer otros dos; su pincel nunca fué más ágil, más fino, más delicado, ni su color más fresco y florido, más feliz que en esta obra cuya impresion no se borra jamás. No es posible describir la vida que anima aquella mirada, la húmeda frescura, la salud de aquel cútis que parece competir en perfume con la rosa que lleva la jóven en la mano, el modelado de aquellos contornos, la elegancia severa y rica del traje que realza á tan magnífica criatura. Como el *Jardin del amor* de Rubens, este retrato no figura en el salon de Isabel II.

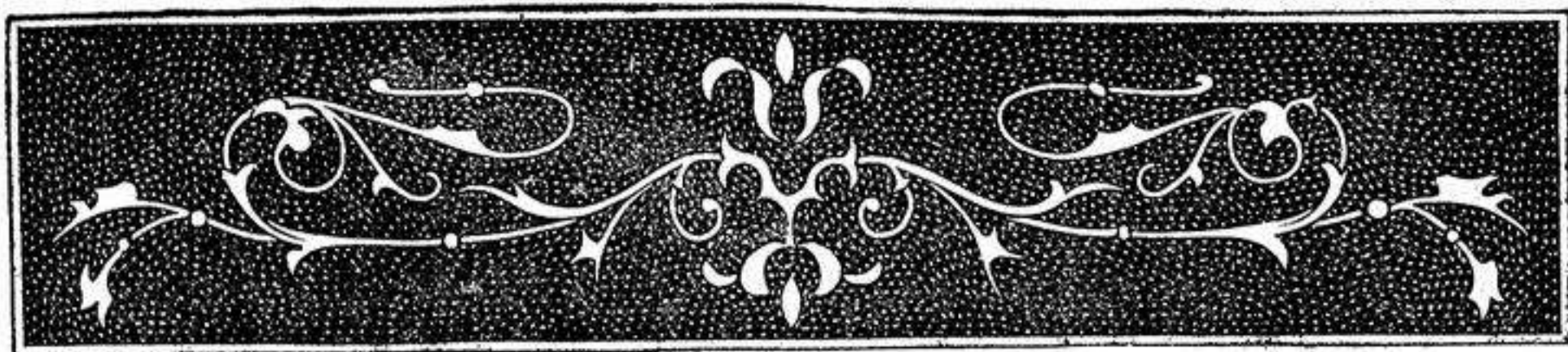
El *Retrato de Liberti, organista de Anvers*, debe estar he-

cho con diez años de anterioridad al de la condesa de Oxford, y ser del tiempo en que Van Dyck estuvo en Anvers entre su regreso á Italia y su segunda estancia en Inglaterra. Liberti se ve de frente, vestido de negro, y en una mano lleva papeles de música. Está cortado por las rodillas. Todas las líneas son de exquisita elegancia, de esa elegancia que Van Dyck daba á todos sus personajes, comerciantes, artistas ó grandes señores. Acaso resulte un poco amanerada la postura, pero este amaneramiento se excusa con la gracia de las líneas.

Nuestro deseo de no dar mayores dimensiones á este nuestro segundo artículo, ya de suyo demasiado extenso, nos hace terminar hoy en este punto, prometiendo en el inmediato seguir ocupándonos de lo que resta de la escuela flamenca, partiendo del segundo heredero del talento de Pedro Pablo Rubens, Santiago Jordaens, condiscípulo de Van Dyck.

EDUARDO LOPEZ BAGO.





CONSIDERACIONES HISTÓRICAS

SOBRE

ATÉNAS EN LA EDAD MEDIA.



SIEMPRE tendremos que rendir el tributo de nuestro agradecimiento á los hombres eruditos que por sus afortunadas investigaciones han llegado á descubrirnos algunos monumentos de la gloriosa historia de la antigua Aténas; mas tampoco debemos menospreciar á los que siguen estudiando los destinos de esta ciudad á través de la Edad Media. Si jamás podremos permanecer indiferentes ante una inscripcion que se remonte hasta las edades más antiguas de la Grecia, ¿cómo no moverse nuestra curiosidad en presencia de las transformaciones de este país despues de la invasion de los bárbaros? ¿Acaso los anales de esa parte de la historia por tanto tiempo desdeñada no encierran secretos que pueden convertirse en interesantes revelaciones? ¿No es por ventura digna del esfuerzo de nuestro estudio la investigación de las vicisitudes de esa ciudad, cuyo solo nombre infunde aún hoy dia el más profundo respeto? A este género de trabajos, pues, se dedica en la misma Aténas una falange de sabios griegos apasionados por las glorias de la patria que es-

clarecen sin temor de encontrarse con las hojas que contienen los datos históricos que sus antepasados hubieran querido ver desaparecer para siempre de la historia. Para ello sacan del polvo los manuscritos, consultan la poesía popular y obtienen, en fin, tales resultados que, creyéndose suficientemente galardonados, emprenden animosos otros nuevos. Así que ya no los oireis traer sólo en boca los nombres célebres de sus grandes hombres, ni desdeñar la humildad de un pasado sin gloria, sino que, convencidos de que el orgullo se alimenta con ejemplos de otras edades y que el recuerdo de una gran tribulación instruye y conforta, enseñan á los desgraciados que no hay que desesperar del porvenir, que las ciudades y naciones sufren sus pruebas, y que con valor, industria y paciencia puede retrocederse aún de las mismas puertas del infierno, única region en donde no lucen los benéficos rayos de la esperanza.

Veamos ahora cuál ha sido la suerte de Aténas.

Hasta el año 529, despues de Jesucristo, había conservado esta ciudad algunas huellas de su antigua celebridad. A ella acorría de todas partes la juventud para iniciarse en los conocimientos científicos, y en tiempos de Libanio, Gregorio y Basilio el Grande se buscaba en su recinto la inagotable fuente en que nacen los raudales de la humana sabiduría. Hasta cierto punto, reinaba entónces en Constantinopla rigor de doctrina tal, que no podía ménos de contrastar con la libertad de pensamiento por tradicion conservada en Aténas, de suerte que llegó á ser el refugio de la filosofía pagana, acogida en las aulas por los profesores hasta que, cerradas aquéllas y dispersados éstos por el edicto de Justiniano, dió Cosroes acogida á los últimos discípulos de Aristóteles y Platon.

Esta época fué decisiva para Aténas que, habiendo ya sufrido anteriormente golpes tan rudos como los consecuentes á la toma de la ciudad por los hérulos y por Alarico, había podido, sin embargo, sobrevivir; mas, privada ahora de la filosofía, quedaba, segun una frase de Synesio, que nos permitirán traducir literalmente nuestros lectores, como *víctima á quien no se deja más que la piel*.

Los historiadores bizantinos no vuelven despues de estos

sucesos á ocuparse de ciudad tan célebre, sino para decirnos que el Pireo servía aún de asilo á las flotas de Constantinopla, que en el Ática existían fervorosos monjes dedicados á las más austeras penitencias, que de sus ciudades salían hermosas doncellas dignas de unir su suerte á la de los emperadores, que en ellas se buscaban sandalias y vestiduras fabricadas por sus habitantes, y que la miel, en fin, era uno de sus productos más estimados.

Muy probable es que en el siglo x fuese blanco de los ultrajes de los sarracenos, y que por los años 1146 ó 1147, en tiempo de Rogerio I, rey de Sicilia, sufriese las consecuencias de las correrías de los normandos; así que Othon de Frisingue afirma formalmente que Aténas fué tomada por estos bárbaros, y, aunque éste es el único historiador que hace mencion de tal acontecimiento, no creemos que el silencio del resto de los otros historiadores bizantinos nos autorice para desestimar el testimonio del sabio analista aleman, pues nada más conforme que esta afirmacion con las costumbres de los aventureros que del Norte se lanzaron sobre el mundo devorados por la codicia.

Tal era la situacion de Aténas cuando hácia el fin del siglo xiii envió á ella Constantinopla, en calidad de metropolitano, á Micael Akaminat, hermano del historiador Nicetas, á quien debemos la conservacion de algunos detalles acerca de este período de su historia.

Bajo el punto de vista civil, Aténas estaba situada en el *tema* de la Hellada, y su jurisdiccion comprendía á Egina y Eubea, extendiéndose hasta la Etolia.

Como todos los otros *temas*, era regida desde los tiempos de Constantino Porfirogenete por pretores ó gobernadores que llevaban las riendas de la política y de la milicia, nombrando asimismo los jueces encargados de hacer justicia.

En la administracion religiosa era Aténas la metrópolis que nombraba los obispos de Euripe, Dianlea, Koronea, Andros, Oreos, Syros, Karystos, Porthmos, Aulon, Syros y Seriphos.

Hé aquí ahora la situacion económica del Ática. En aquellos tiempos no era el terreno más feraz que en los antiguos ó modernos, sino que siempre ha sido arenoso, y por consiguiente poco á propósito para la produccion del pasto necesario al ga-

nado. Sólo una especie de árbol, el olivo, seguía prosperando en aquellas llanuras, que aún conservan quizás algún que otro ejemplar contemporáneo de las gloriosas épocas de la Grecia. En efecto, M. Lenormant, dice que dos de los árboles cortados en estos últimos tiempos de la vía sagrada de Eleusis pertenecían á tiempos muy remotos, habiéndose hallado despues del necesario análisis que uno contaba seiscientos cincuenta y dos y otro quinientos treinta años.

A pesar de todo no hemos podido encontrar vestigio alguno de exportacion regular de aceite, pero sabemos que era costumbre entre los habitantes del Ática enviar algún que otro barril á los amigos.

El vino de Aténas poseía ya entónces, como lo posee hoy dia, ese gusto á pez y resina que hizo decir á Miguel Akominat «que más bien parecía extraído de la ramas de pino que de racimos de uva.»

De Ática se exportaba, como es sabido, la miel de Hymeto, que aún en nuestros dias es tan buscada y estimada; pero en cambio de todas estas ventajas nos vemos precisados á confesar que sus campos no producían el trigo necesario para la alimentacion de sus habitantes, siendo éstos con frecuencia víctimas de carestías las más crueles.

En Aténas las artes mecánicas no eran profesadas sino en pequeña escala; así que sólo encontramos la fabricacion de jabon y tejido de telas, fuera de lo cual no existía nada de este género, por lo cual vemos que Miguel Akominat pide al obispo de Gardikios envíe á Aténas algunos carreteros, añadiendo en otra parte que en dicha ciudad no existían, «ni fundidores ni aserradores, y que se carecía por completo de personas dedicadas á la fundicion del bronce ó á la fabricacion de armas blancas.»

Con todo, á juzgar por los convenios y tratados hechos por los venecianos en tiempos de Manuel (1148), y renovados en 1187 por Isaac Angel con el dux Orio Mastropiero para ser concluidos en 1199 por Angel III y Enrique Dándolo, podemos conjeturar que Aténas no estaba totalmente falta de relaciones comerciales.

La desgracia mayor que pesó entónces sobre la industria de

Aténas fué estar privada de la fabricacion de la seda, que enriquecía á las ciudades más florecientes de aquel *tema*, Corinto, Tébas y Patras; mas como por una inscripcion de que hacen mencion Koumanoudis y Bayet, sabemos la existencia en el Ática de obradores de seda, puede inferirse que Atenas tuvo tambien parte activa en los provechos de esta industria tan rica. Sin embargo, en tiempos de Akominat había ya muerto por completo, segun lo prueba el que, al referir su viaje á la Grecia á mediados del siglo XII el judío Benjamin de Tudela, cita las colonias de hebreos empleados en Tébas para la fabricacion de la seda, pasando enteramente por alto el hacer mencion, sobre este punto, de la ciudad objeto de este artículo. Quizas por aquel tiempo hubiese Roger transportado ya á Sicilia los obreros que encontró en Atenas; mas en todo caso permanece cierto que en tiempo de Akominat no existía en Atenas artesano alguno de esta clase, puesto que, segun nos dice, las telas que servían para los vestidos de los grandes de Constantinopla eran tejidas por tebanos y corintios. Por consiguiente, la única industria que brindaba con sus frutos al Ática, era la del flete y equipo de las barcas de Karysta y Chalchis empleadas en la pesca de las conchas de que se extraía el hermoso color de púrpura.

Al dejar á Constantinopla, asiento de la opulencia y los placeres, encontró Akominat á Atenas más triste y pobre de lo que anteriormente estaba, debiendo atribuirse tanto decaimiento, no sólo á la avaricia de los gobernadores y á las exacciones de los recaudadores de impuestos, sino tambien á la ocupacion de la ciudad por Rogerio. Mas sean cuales fuesen las causas de tan lamentable miseria, lo cierto es que el cuadro que de ella nos hace el metropolitano es el más deplorable que podemos imaginar. Las murallas, en efecto, caen abatidas á tierra, las casas son montones de ruinas y el sitio por unas y otras ocupado se convierte en tierra de labranza.

Los recuerdos literarios de Akominat reviven para ofrecer el más interesante contraste entre la situacion de esta ciudad en lo pasado y su estado actual. «En vano, dice, buscareis en su recinto los famosos paseos del Liceo, y aunque los ojos podrán encontrar aún la colina en que se levantaba el Areópago y aca-

ban por descubrir algunos restos del Peçilo, no es más que para ver pacer en derior á los ganados que comen la hierba, como el tiempo va roydo los últimos vestigios de la pasada grandeza. Aténas no más que un desierto, los escombros de una gran ciudad cuyo solo nombre nos infunde respeto, pero que ya hubiese desañecido de la memoria de los hombres, si las obras de la natueza, la Acrópolis, el Areópago, el Hymeto y el Pireo no huessen podido triunfar de la destruccion de los siglos.» Sin emtgo, el Parthenon subsistía aún por haberlo salvado el Cristiismo de su inevitable ruina, poniéndolo con su santidad á cuerdo de todo ataque. El templo de Minerva había sido convído en iglesia de la Vírgen y llevaba el nombre de *Panaghic* á él eran atraídos por el culto de la Madre de Dios los peregrinos y viajeros, miéntras que las Propileas abrían sus puertas para dar en su recinto albergue al metropolitano.

En el discurso onunciado por Akominat al tomar posesion de su silla no olta este prelado á sus ovejas el decaimiento de la antigua mnificencia de Aténas, añadiendo que si la virtud y la ciencia brillase en ella como en otros tiempos, tendría motivos má que suficientes para consolarse. Para él poco importa se le mstre el Pórtico, el Peripato, la Acrópolis, el Pireo, la Linteride Diógenes; mas no puede ménos de llenarse de santo easiasmo al ver que le es dado hablar, no sobre la Acrópolisino en la cátedra del santuario de la Madre de Dios, que á sus ojos se representa como el Horeb hollado por Moisés y hoado con las huellas del Señor.

Sabido es que hablar así no intentaba el sabio Pontífice despreciar las grdezas de la Grecia, puesto que sólo podían éstas ser considelas como pequeñas cuando, como en el caso presente, las coraraba con grandezas de órden superior y divino. Sentimos, a embargo, el que tres años despues de su entrada en Aténascriba á uno de sus amigos de Constantinopla confesand ingenuamente no haber podido aprender aún la lengua de país, y creemos que los literatos darían de buen grado todaas homilías legadas por el digno metropolitano en cambice una sola página consagrada al estudio de la ya entónces erdecida lengua griega, de la que sólo se dignó

transmitirnos cinco expresiones. δειδρύφια, περιβατύλλια, παιδύλλια, ότεύτος, άτιύνος.

Bien se ve que el entusiasmo ó celo religioso llegó á hacer que Akominat exagerase el estado de barbarie en que yacían los atenienses, y algunas tradiciones nos dan lugar á creer no andamos muy extraviados cuando tal afirmamos.

La supuesta papisa Juana había hecho, segun se afirma, sus estudios en una escuela que existía en aquellos tiempos en Aténas; la Islandia, que en el siglo vii había dado acogida á una colonia helénica, reverenciaba á esta ciudad como á madre de todas las ciencias y nutricia de todos los sistemas filosóficos; dícese que Gil de París, ilustre médico del siglo xii que floreció en 1198, adquirió sus vastos conocimientos en Aténas, y, en fin, Basingestokes se alababa en presencia del obispo de Leicester, Roberto, de haber aprendido en ella muchas cosas completamente ignoradas por los latinos. Este último sabio fué, segun se cuenta, el que transportó de Grecia á Inglaterra las cifras árabes y tradujo al latin algunas obras griegas sobre puntos de gramática. Asimismo Mateo París afirma que Basingestokes tuvo como guía de sus estudios á la jóven Constantina, hija del arzobispo de Aténas, la cual se distinguía por su variada y profunda ciencia, merced á la cual predecía las tempestades, las epidemias, los eclipses y los temblores de tierra. Como discípulo reconocido, confesaba el referido sabio que á esta jóven debía los conocimientos más preciosos con que podía gloriarse.

Bosingestokes murió siendo archidiácono de Leicester en 1252, y por este dato venimos en conocimiento que hubiera muy bien podido ir á Aténas en tiempo de Miguel Akominat, lo cual parece á Hopf, tan probable, que llega á avanzar haber sido necesariamente Constantina hija del arzobispo que tratamos. Mas esta opinion cae á tierra, puesto que el mismo Akominat confiesa no haber tenido prole alguna. Empero, nada obsta que la mencionada jóven hubiese sido hija de algun predecesor de Akominat, como, por ejemplo, de Xéros que murió en 1182.

Además sabemos que unos diez años ántes de esta época subió al trono patriarcal un sacerdote llamado Kosmas, por

sobrenombre *Ático*, el cual sin duda fué así apellidado por haber hecho su carrera en Atenas, en cuyo recinto aún existían aficionados á libros, puesto que Akominat compró gran cantidad de ellos que fueron enviados á Constantinopla.

Los otros datos proporcionados por Akominat no sirven más que para hacernos comprender la desgraciada situación de Atenas, consistiendo en relaciones más ó menos detalladas de las exacciones de los gobernadores que con ellas daban abundante materia á todas las relaciones enviadas por el prelado á Constantinopla, pudiendo columbrarse en presencia de lo que en ellas se dice cuál era entónces la administración de las provincias y á cuántos sufrimientos se veían condenados los pobres habitantes de la Grecia; de suerte que los cambios de personal, ya tuviesen lugar en los gobernadores ó emperadores, venían á ser tan sólo una esperanza vana del futuro alivio de tamaños males.

Detalle curioso de las costumbres de la época á que nos referimos, es el que los arzobispos reprendiesen á los atenienses la ligereza de conducta y la frivolidad de costumbres que los caracterizaban; así que Akominat los acusa de emplear el tiempo de oración en conversaciones importunas y superfluas. «Vuestros piés, les dice, se apoyan en el pavimento de las iglesias; pero vuestro espíritu se pierde en pensamientos inútiles que no tienen más objeto que los cuidados terrenales.»

No dejaremos de notar que en país tan azotado por el hambre debían existir muchas personas que se engañasen á sí propias, creyéndose llamadas á la soledad de los claustros, situados por lo comun en sitios frondosos y agradables, y descritos gráficamente por Akominat como los más á propósito para disfrutar de los mejores panoramas de Grecia. Vivir en estos asilos era entónces el medio más seguro para librarse de la miseria, del hambre, de los pretores y de los piratas; por lo tanto, nada de extraño debe parecernos que algunos egoistas fuesen á profanar con su presencia los monasterios en que otros buscaban la santificación de sus almas por medio de la práctica de los consejos evangélicos.

Muy léjos estuvo Akominat de imitar la conducta de aquellos miserables, sino que asociado á los acontecimientos polí-

ticos de su tiempo, encargado de la difícil administracion de su diócesis, obligado á interceder cabe los poderes en favor de su rebaño, mostró tal valor, que no podemos pasar adelante sin rendirle este tributo de nuestra admiracion y alabanza. En efecto, por no citar más que un ejemplo, diremos que atacada Aténas en los años 1203 ó 1204 por Leon Sgouros, uno de esos gobernadores que buscaban los medios de hacerse independientes de los emperadores, no tuvo defensor más enérgico que su arzobispo. Empezando éste por oponer á las injustas reclamaciones una negativa general, cuando Sgouros dió el asalto á la ciudad, Akominat hizo colocar sobre las murallas las maquinarias y arqueros de que disponía, obligando así al agresor á emprender una vergonzosa retirada. Es verdad que ántes de verificar ésta hizo Sgouros devastar toda la ciudad, que incendió cuanto encontró á su paso y que llevó consigo todos los ganados; pero, como se ve, esto no podrá nunca oscurecer la gloria del digno arzobispo, que modesto en demasía nos hubiera dejado ignorar acontecimiento tan notable, si Nicetas Choniates no se hubiese tomado el trabajo de legarlo á la posteridad.

No fué tan grande su valor contra los cruzados cuando hácia el año 1205, vencedores ya los franceses de Sgouros en las Termópilas, vinieron bajo el mando del marqués de Monferat á poner sitio á Aténas. En trance tan apurado ni aun ensayó la resistencia que creyó, y no sin razon, inútil, teniendo el dolor de ver el triunfo de la expedicion latina.

Por el trovador Rambaud de Vaqueiras hemos podido saber cómo sucumbieron la Morea y Aténas. En efecto, Akominat vió á Bonifacio ceder su conquista á Othon de la Roche, que dueño ya de Tébas y de la Beocia, tomó el nombre de Gran Ciro de Aténas. Esta toma de posesion no se llevó á cabo sin pérdida y daño del arzobispo, así que la iglesia de la Vírgen fué saqueada, y vendida la biblioteca del metropolitano, que tuvo el dolor de ver la dispersion de libros á costa de tantos esfuerzos reunidos en su palacio. Como si esto fuese poco, despues de estos acontecimientos fué obligado á abandonar la diócesis que durante veinticuatro años había administrado, viendo entónces ocupada su silla por un obispo

de rito latino y convertido el país en lo que hubiera podido llamarse *Nueva-Francia*.

Supónese, y no sin fundamento, que murió Akominat en 1220, y la historia debe estarle eternamente agradecida por los detalles que preceden sobre el estado de Atenas hácia el fin del siglo XII y principios del XIII.

El nombre de este hombre tan notable no era desconocido á los eruditos, y sus escritos han ocupado á los estudiosos desde 1661 hasta nuestros días; así que Allacio (1661), Combeffis (1662), el italiano Baudini (1767), Montfaucon, Oudin, Cave, Labbe, Fabritius, Boissonade (1833), Tafel (1839), Ellissen (1846), han hablado con más ó ménos extension de las obras de Akominat y han publicado algunas de ellas.

M. Spyridon Lambros viene hoy á aumentar estos datos con el descubrimiento que acaba de hacer en Viena de escritos hasta ahora desconocidos.

En efecto, acudiendo á la riqueza de manuscritos allí existentes ha podido esclarecer este sabio la historia de Atenas durante un período de tiempo que hasta ahora había quedado envuelto en densas tinieblas.

Merece, pues, las felicitaciones de la erudicion por haber tenido la dicha de poner mano en trabajos inéditos, y además por haber hecho uso de los principios seguidos hoy por la escuela histórica renovada en el presente siglo. En un discurso pronunciado en el mes de Marzo del año que corre, M. Lambros examina uno por uno todos los progresos verificados por la ciencia que nos ocupa, y concretando sus investigaciones á los anales de la Grecia manifiesta sin esfuerzo la rápida conquista de la verdad en el terreno de la historia; así que desde los estudios de Scaliger, Petau, Allatius, Spanheim, Perizonius, Mersius, Gerhard, Woss y Montfaucon, hasta Paparrigopoulos, Müller, Wachsmuth, Droysen, Goldsmith, Gillies, Mitford, Thirhiwall, Grote y Kurtius la historia de la Grecia ha sufrido una verdadera transformacion.

Despues se ha ido ensanchando el campo, y á la luz de la investigacion se ha estudiado la economía política de los griegos, se ha comprendido mejor el genio de esta nacion y aún se ha llegado á explicar éste por la naturaleza del suelo que

constituye su territorio: su religion ha sido más sabiamente interpretada, su lengua debe á la gramática comparada preciosos descubrimientos, la epigrafía, sobre todo, ha lanzado torrentes de nuevos resplandores sobre las instituciones pasadas, y, gracias á los estudios de los sabios de todos los países, la vida actual, la vida económica de la nacion griega no tiene ya casi secreto alguno por descubrir. Por esto aparecen cada dia algunos detalles sobre el teatro, los juegos, los magistrados, los contratos, los arsenales y gastos de las municipalidades griegas, que nos permiten rehacer el presupuesto de Aténas en los tiempos de Pericles y Alcibiades. Por esto el sabio Lambros invita á los historiadores modernos á consultar, á comparar, á estudiar, en una palabra, con la más respetuosa atencion los preciosos datos suministrados por los vasos, medallas, pinturas y demas riqueza científica de Grecia. Por esto, en fin, siguiendo el método tan sabio como minucioso de sus antecesores, llega á aplicarlo en la obra que acaba de dar á luz, dándole el interes que de lo que dejamos dicho puede traslucirse y que no sin razon esperamos irá en aumento para provecho general del mundo científico.

CH. GIDEL.





LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

TRADUCCION DIRECTA DEL ITALIANO

POR DON ENRIQUE DANERO,

PROFESOR EN LA SECCION DE LENGUAS DEL INSTITUTO DE SAN ISIDRO DE ESTA CORTE

ADVERTENCIA AL LECTOR.



En todo tiempo se ha dedicado la filosofía á investigar y explicar las causas altísimas del Ente, de lo Verdadero y de lo Bueno, pero de un siglo á esta parte, más que en las épocas precedentes, se dedica también á estudiar las causas de lo Bello, haciendo que tratado tan interesante haya venido á formar parte integrante de los cursos clásicos dedicados á la ciencia. Empero, teniendo noticia de que nadie hasta ahora ha pensado en estudiar esta materia siguiendo las doctrinas antropológicas del angélico doctor de Aquino, hemos llegado á persuadirnos sería un trabajo de gran utilidad para los admiradores del astro de Italia, á quien entre todos los filósofos podemos con razon llamar MAESTRO DI COLOR CHE SANNO, ofreciéndoles en pequeño volúmen una serie de artículos publicados acerca de la materia en la CIVILTA CATTOLICA.

Si no nuestro pobre homenaje, al ménos séate grata, oh lector, la buena voluntad de quien augurándote todo género de bienes osa presentarlo á tu benevolencia.

I.

INTRODUCCION.

SUMARIO.

Ocasion con que sale á luz este tratado.—Su utilidad.—Division.

I. OCASION CON QUE SALE Á LUZ ESTE TRATADO.—Muchas veces hemos deplorado y lo deplorará, al par que nosotros, todo noble corazon enardecido de verdadero amor para con su patria, ver el bastardo extranjerismo que se empeña en introducir en nuestra nacion, como perlas que han de ser engastadas en la corona de sus glorias, cuanto de más extraño, de más monstruoso y de más impío existe en la profunda sima del filosofismo y neologismo ultramontano, llegando así á sacrificar en aras de su manía las tradiciones de nuestra filosofía clásica. Lo más raro y más digno de ser llorado en esta apostasía, es el tener por especial promotor á ese libertinismo que tanto más debe aterrar al mundo cuanto más fanáticamente corre tras fantasmas tudescos, prusianos, escandinavos y caledonios con objeto de darles ciudadanía propia.

Ahora bien, esta pésima inclinacion, tan sabiamente deplorada como desgraciadamente imitada por el eminente Venancio (1), segun se ha dicho en otra obra, ha logrado hacer sus principales estragos en el campo de la Estética, ciencia que bajo cierto aspecto puede decirse moderna y aún recién nacida, reduciendo á nuestra patria á casi no saber filosofar sobre lo Bello, sin acudir en busca de sus causas á las nieblas metafísicas que velan el cielo de Alemania. El mismo Gioberti, que de

(1) Se alude á lo que hemos dicho en la Revista *La Civiltà Cattolica*, serie III, vol. XI, pág. 193 y siguientes, acerca de la obra intitulada *Saggio di Estetica del dott. Girolamo Venanzio*, 1857.

algunas de esas obscuridades supo extraer algún que otro fantasma más aparente y de color más vivo que los demás, al fin y á la postre llegó á buscar la explicación de la Belleza en aquella su intuición del Ente, que, como muchos han notado, no es en último resultado más que un disfraz de las doctrinas de Hegel cubierto con barniz italiano.

Persuadidos, pues, de que lo *Bello es el esplendor de lo verdadero* y que tanto más cumplidamente debe hallarse la verdad filosófica en una escuela cuanto sus enseñanzas se conforman más con las doctrinas que deben servir á todos de norma, fuimos lógicamente inducidos á juzgar que ninguna otra filosofía debía suministrar mejores elementos para filosofar sobre lo Bello, que la antigua escuela italiana, la de Santo Tomás de Aquino. Animados por otra parte con la buena acogida con que el mundo científico recibe todas las doctrinas antiguas cuando se las presenta rejuvenecidas, nos atrevimos á pensar no desagradaría, al ménos á aquellos de nuestros lectores que gustan de filosofar sobre las causas supremas de las cosas, hallar en estas páginas algunos rasgos maestros de la teoría estética correspondiente á la filosofía del Ángel de las Escuelas, cuya restauración ha sido, hasta ahora, tan recomendada como causa importantísima de la restauración de los verdaderos principios sociales.

2. SU UTILIDAD.—Y tanto más racional nos parece la esperanza de dar gusto á nuestros lectores, cuanto que son muy raros de encontrar los tratados estéticos que sirvan de texto en las aulas de los cursos de filosofía mientras no puede negarse que aún las mismas verdades estéticas deben concurrir á la formación de las apreciaciones morales que merecen el epíteto de justas. La novedad, pues, de la materia y su utilidad nos alcanzarán indulgencia de nuestros lectores cuando algún rasgo llegue á parecer á los ménos expertos demasiado abstracto ó algún tanto árido.

Por nuestra parte nos esforzaremos en suavizar este tratado con oportunas aplicaciones, pero cuidando al propio tiempo que la filosofía no se transforme en poesía, y que lo concreto de las imágenes no se oponga á la claridad correspondiente al orden y á las teorías.

3. DIVISION.—Con tales miras empezamos á desenvolver los principios de Estética, buscando cuáles sean las causas supremas por las cuales, segun su naturaleza, puede racionalmente el hombre pronunciar su juicio acerca de la belleza de las cosas. A este fin deberemos considerar:

1.º La idea general de la belleza.

2.º Las facultades por las cuales llegamos á su conocimiento.

3.º El tipo que de ello nos presenta la naturaleza bajo el doble aspecto de lo bello y lo sublime.

4.º La imitacion, de que se sirve el arte para reproducirla especificada en los varios signos é instrumentos.

II.

EN QUÉ CONSISTE LA BELLEZA.

SUMARIO.

Una cosa es lo Bello y otra lo Bueno.—En lo Bello, áun la sola vista del objeto satisface.—Orígen de la definicion nominal.—Bello es lo que agrada á la vista.—Vista es el acto del ojo.—Los caractéres propios de la vision no pueden aplicarse al tacto, ni al olfato, ni al gusto.—Se aplican, sin embargo, por analogía á otras facultades cognoscitivas, [objetivas y claras.—Por idéntica razon se aplican al oido con relacion á la palabra y á las proporciones armónicas.—El placer es el reposo de una facultad sensitiva en su objeto.—Este reposo es diverso del que es propio del órgano material.—Epílogo.

I. UNA COSA ES LO BELLO Y OTRA LO BUENO.—¿Interrogaste alguna vez, lector querido, con alguna delicadeza de análisis, cuál sea tu sentimiento, cuando pronuncias un juicio acerca de la belleza de un objeto, diciendo, por ejemplo, cuán bello es ese cuadro, cuán bello es ese poema?

No hay quien no sienta que esa diferencia existe, mas no es cosa quizá tan fácil determinar sin prévia reflexion en qué consista.

2. EN LO BELLO ÁUN LA SOLA VISTA DEL OBJETO SATISFACE.—Para ello bueno será notar que el hombre apetece dos especies

de cosas, pero con deseo notablemente distinto; porque las unas aún con sólo verse satisfacen, las otras no satisfacen si no se tocan, usan ó de otro cualquier modo se poseen. ¡Cuántos millares de personas, en efecto, no acorren de las playas más remotas para contemplar las estatuas del Museo Vaticano ó los inimitables cuadros del de Urbino! Ahora bien, ¿qué otro fruto reportan todos estos de las fatigas de su largo viaje sino el suavísimo de ver aquellos mármoles y cuadros, merced á la vivacidad de sus respectivas fantasías de poderlos recordar despues como presentes? No acontece otro tanto con los preparativos de ciertos convites solemnes de que tan frecuentemente nos suministraron descripciones las columnas de los diferentes periódicos. Porque cuando del gusto que proporcionan las viandas se trata, bien podrá su delicado y exquisito sabor traernos á la boca la saliva y excitar el apetito; pero satisfacerlo, nunca.

3. ORÍGEN DE LA DEFINICION NOMINAL.—Esta observacion tan sencilla como práctica puede ponernos en camino para definir nominalmente lo bello, ya que todo tratado debe comenzar por la definicion nominal cuando se va buscando la naturaleza de las cosas. La Trigonometría, que no investiga la naturaleza del triángulo sino las consecuencias especulativas y prácticas que de él se derivan, puede partir racionalmente de la definicion real de aquél; pero la Estética, que tiene por tema explicar filosóficamente la naturaleza íntima de lo bello, debe, por consiguiente, desde un principio resignarse forzosamente á determinar el vocablo. «¡Oh! Esto sí, dijo Ciceron, esto sí que debe ser conocido y quedar bien asentado en toda disquisicion: porque ¿cómo podrás discurrir acerca de una cosa si ántes no has acertado cuál sea la cosa sobre que tratas de discurrir?»

4. BELLO ES LO QUE AGRADA Á LA VISTA.—Ahora bien, esto es lo que puede determinar el lector bien á las claras despues de las observaciones hasta aquí hechas. Porque si los millares de extranjeros que corren á admirar las obras de los grandes maestros, al agruparse en torno á ellas exclaman en el éxtasis que el placer les infunde: «¡Oh, cuánta belleza!»; si satisfechos con la vista de aquellos monumentos vuelven sin más

á su respectivo país contentísimos de poder decir: «He visto»; parece evidente por lo que de todos estos millares de admiradores se desprende, que bellas se llaman aquellas cosas que satisfacen á la vista, la cual, por otra parte, para quedar satisfecha, no necesita más que contemplar su objeto, aunque para el hombre esta contemplacion tenga un fin ulterior, como es mover el afecto, determinar la operacion, etc. Ahora bien, ¿qué cosa mueve, segun razon, esta operacion del hombre? Mil veces lo habreis oido: el hombre debe tender por razon al *bien*, al *bien verdadero*, esto es, al bien subordinado á su último fin, ó sea á la consecucion del bien infinito.

Con esto se ve la diferencia que hay entre llamar á un fruto *bello* y llamarlo *bueno*; la manzana con que Adam tragó, por decirlo así, la muerte, dejándonosla en herencia, era, segun el Génesis, *bella á la vista (aspectu delectabile)*, y *bueno al paladar (ad vescendum suave)*, mas á pesar de todo para el hombre no fué un *bien*. El bien es objeto de un apetito, y puesto que la vista apetece lo bello, podremos decir que éste es el *bien de la vista*; pero los bienes de las otras facultades no toman *per se* el nombre de *bellos*, sino, como despues diremos, tan solamente por analogía.

Quede, pues, para nosotros asentado que en su concepto formal una cosa es lo *bueno* y otra lo *bello*, aunque esto no quita que muchas veces lo *bueno*, bajo otro aspecto, sea tambien *bello* y viceversa. *Bueno* es cualquier sér considerado como término de una tendencia, y *bello* cualquier sér considerado como satisfaccion de la intuicion (1). Por lo cual el

(1) En el trabajo *Osservazioni intorno al Bello*, inserto por el ilustre P. Pianciani en su obra *Nuovi Saggi filosofici* hallamos con placer muchas aplicaciones especiales que darán gran luz á la teoría que vamos explicando. Cuando podamos aprovecharnos de alguna, lo haremos con gran placer, mas entretanto no queremos pasar en silencio dos citas que en la página 170 dicho escritor nos suministra á propósito de la bondad y de la belleza. «Escuchamos, dice, á un hombre cuya encumbrada virtud parece enteramente adquirida para gustar lo bueno y lo bello. Hablamos del santo obispo de Ginebra. La belleza y la bondad, aunque en algo concuerden, no son una misma cosa; puesto que *bueno* es lo que agrada al apetito y á la voluntad, y *bello* lo que agrada al entendimiento y al conocimiento, ó con otras palabras, *bueno* es lo que cuando se disfruta deleita, y *bello* lo que cuando se conoce agrada.» Santo Tomás: Bonum et

vocabulario de Nápoles, haciéndose intérprete del sentimiento vulgar y distinguiendo á lo *bello* de lo *airoso*, *bello* es, dice, todo cuanto es regular, simétrico y agradable; *airoso* lo que tiene gracia, elegancia y venustidad. Sobre lo *bello* tendremos MIRADAS más curiosas y fijas, miéntras que miramos con ojo más risueño y vivo lo que es *airoso*.

Establecido de esta manera que *bello es lo que agrada* á la vista, para proseguir en nuestro análisis, ántes de que busquemos su naturaleza, nos resta preguntarnos á nosotros mismos qué cosa sea *ver* y qué *agradar*. Empecemos, pues, por la primera de estas palabras.

5. VISTA ES EL ACTO DEL OJO.—¿A qué llamamos *ver*? Por sí este verbo significa *primitivamente* el acto del ojo; y decimos primitivamente, porque quien quiera que estudie atentamente el proceso del conocimiento humano, y en consecuencia el de los vocablos que á él corresponden, echará inmediatamente de ver que todos los conocimientos comienzan por lo exterior, y que espiritualizándose despues llegan hasta el supremo grado interno del conocimiento intelectual. No queremos decir, como querrían los sensualistas, que permaneciendo en estado puramente pasivo las facultades humanas, la impresion material produzca de suyo la sensacion, y que ésta se transforme despues en inteligencia, sino que los sentidos no pueden producir regularmente el acto de sentir sin que un objeto material los solicite. Ni la fantasía podría sin estas sensaciones ejercitarse, ni sin los signos ó imágenes de la fantasía tendría el entendimiento los materiales de donde extrae, por decirlo así, los conceptos. El hombre es siempre el principal *agente* en el sentir, en el imaginar y en el entender; mas para esto es necesario presuponer ciertos materiales de orden inferior, del cual surge el procedimiento del humano conocimiento.

Ahora bien: la palabra no es otra cosa que la externa signi-

pulchrum ratione differunt, nam bonum proprie respicit appetitum: est enim bonum quod omnes appetunt, et ideo habet rationem finis: nam appetitus est quasi quidam motus: pulchrum autem respicit vim cognoscitivam: pulchra enim dicuntur quæ visa placent: unde pulchrum in debita proportione consistit, I p., q. V. art. 4. SAN FRANCISCO DE SALES, *Del Amor de Dios*, Lib. I, cap. I

ficacion de lo que tenemos en la mente. Por consiguiente, en un principio los vocablos debieron significar algo más material que al presente, y siguiendo despues paso á paso la espiritualizacion del concepto, llegaron á tomar significaciones análogas en el mundo de la imaginacion y de la inteligencia. De aquí es que el primer significado del verbo *ver* nos explica el acto del ojo corporal; mas de aquí tambien analógicamente se aplica á las funciones de la vida interior que conservan los caractéres de la vista material.

Mas ¿cuáles son estos caractéres? Para bien determinarlos, sería necesario poner en parangon todos los sentidos, porque así nos sería fácil observar que la sensacion de la vista es, entre los sentidos externos, la que ménos se resiente de la influencia material, la más comprensiva, por lo tanto, de su objeto, y naturalmente la más ventajosa y estimada: *nam quid carius est oculis*. En efecto, el gusto y el tacto no producen ese acto vital que se llama sensacion y que en nosotros constituye un principio de conocimiento, si no se ponen en contacto con el mismo objeto y no contraen en parte las propiedades materiales de aquel, á saber, las higrométricas, termométricas, etc. El oido no necesita ponerse en contacto con el objeto, pero há menester de un movimiento local del aire, el cual debe ser suficiente para que á él correspondan las vibraciones materiales del tímpano. Además, ¡cuán limitada es la representacion del objeto por medio de sonidos mientras no llegamos á transformarlos en palabras! Otro tanto puede decirse del olfato, cuyo uso, en cuanto es efecto de la inteligencia, parece que no sirve para otra funcion que para la distincion de la cualidad de los alimentos, aunque, por otra parte, no debemos omitir que físicamente ayuda tambien á excitar y confortar los espíritus para las funciones cerebrales.

La vista, por el contrario, produce su acto vital de discernir el objeto á distancia inmensa de éste, sin contraer materialmente las tintas que aquélla discierne, sin que aparezca en ella movimiento local, y por medio, en fin, del más imponderable entre los elementos, la luz; mas al propio tiempo, y con tanta escasez de alteracion material produce en nosotros gran comprension del objeto, aunque remoto, y nos representa, á más

del color, otras muchas propiedades que naturaleza quiso unir á esta sensacion, como son la extension, figura, distancia, y, en los séres dotados de vida, la salud, los diversos afectos, los movimientos, etc.

Tales son los caractéres que *á los ojos del natural y comun sentir* distinguen á la vista de los otros sentidos. Bien sabemos que el físico encontrará para la vista ondulaciones del éter, como para el oido ondulaciones del aire; que para él la pupila estará en contacto con estas vibraciones, como la mano del que se calienta está en contacto del calor. Mas recuérdese que aquí no estamos investigando fisiológicamente las funciones de los sentidos, sino que etimológicamente tratamos de estudiar cuál sea el significado de la palabra *ver*, y á qué facultades puede aplicársele por analogía. Ahora bien; todos saben muy bien, y desde muy antiguo venimos oyendo repetirlo al poeta Venosino quién sea aquél

Quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi.

En tal materia el arbitrio supremo no es más que el uso del vulgo, que, cuando empezó á usar el vocablo y especialmente en aquellos tiempos primitivos en que á la manzana se llamó *hermosa á la vista*, no había aún estudiado la teoría de Ampe-re, sino que caminaba con la impresion primera y natural de los sentidos, segun la cual los caractéres propios de la vista son conocer plena é inmaterialmente los objetos colocados á gran distancia. A medida, pues, que las otras facultades, cualesquiera que ellas sean, ofrezcan al hombre interior ó exterior, el objeto con estos caractéres, producirán una vista interna ó externa de él y serán aptas para presentarnos un tipo cualquiera de belleza.

6. LOS CARACTÉRES PROPIOS DE LA VISION NO PUEDEN APLICARSE AL TACTO, NI AL OLFATO, NI AL GUSTO.—Digamos ya cuáles son las facultades en que se encuentran los sobredichos caractéres: sabiendo como sabemos que aquí no se trata de lo absoluto, sino sólo del más y del ménos. Podrá el arte conseguir que el tacto del ciego se adiestre á la lectura, y que el ojo del sordo-mudo llegue á discernir las palabras; pero, prescindiendo de estos milagros del arte, el tacto, el olfato y el gusto

distan mucho de las tres condiciones arriba expuestas. En efecto; las sensaciones correspondientes á estos sentidos parecen sumergir al sentido en la misma materia de su objeto, mientras que nos parece que el ojo roba, por decirlo así, sus formas al objeto, como si en cierto modo llegase á espiritualizarlas y apropiárselas, formando así en sí mismo con aquellas líneas y colores que revisten al objeto una imagen casi inmaterial. Ahora bien; esta conversion en imagen viva del objeto sin apropiarse su materialidad es precisamente lo que se llama *sensacion de la vista*.

7. SE APLICAN, SIN EMBARGO, POR ANALOGÍA Á OTRAS FACULTADES COGNOSCITIVAS, OBJETIVAS Y CLARAS.—A decir verdad, esta contemplacion exterior del objeto no es en realidad para el órgano en cuestion más que la formacion inmaterial de aquellas líneas y colores que revisten al objeto, una conversion, por decirlo así, en el mismo objeto despojado ya de la tosquedad de la materia.

Ahora bien; aunque en esfera más inmaterial ésta misma es la manera de operar, así de la imaginacion como del entendimiento, porque tambien estas facultades producen clara manifestacion del objeto que les es propio, pero de modo que el objeto aparezca claramente distinto de la facultad que le contempla, mientras que ésta se transforma en la imagen de lo que tiene delante, produciendo aquella forma, aquella idea que al criarlo imprimió en él el Eterno Criador de todas las cosas.

8. POR IDÉNTICA RAZON SE APLICAN AL OIDO CON RELACION Á LA PALABRA Y Á LAS PROPORCIONES ARMÓNICAS.—Entre los sentidos más groseros y las precedentes facultades cognoscitivas ocupa un lugar medio el oido, ya que en la facultad de oir podemos distinguir la simple sensacion del sonido que halaga el oido, de la combinacion de los varios sonidos que trae idea de la relacion existente en los conceptos. Mientras considereis al sonido como pura afeccion de vuestro tímpano, con mejor voluntad lo apellidaríais dulce y suave que bello. Pero los sonidos no suelen ser simple halago del oido, puesto que pueden ordenarse con proporciones, tanto músicas como aritméticas que, principalmente cuando los sonidos articulados en pala-

bras se convierten en signos de las ideas, hablen al entendimiento, ó bien pueden expresar afectos que hablen con la mayor simpatía á las pasiones. Bajo este punto de vista, con toda propiedad llamaremos *bella* la armonía de una música, la direccion de una sinfonía, y *bella* será una *oda*, una epopeya, porque en todas esas cosas vemos con la fantasía imágenes representativas de los afectos, ó con el entendimiento las que los describen, así como conceptos, en suma, coordinados al fin con medios proporcionados.

Todas estas facultades, pues, participan en alguna manera de lo que primitivamente miramos como funciones del ojo, es decir, del conocer con cierta manera de evidencia un objeto externo, sin advertir la modificación subjetiva de la facultad. Pero esta dote es para el oído una simple participación de la intuición de la fantasía y de la inteligencia, á las cuales sirve como de instrumento, suministrando, ya signos de las palabras, ya números de armonía, ya del ritmo, ya, en fin, conmociones del acento y del énfasis.

De aquí se ve que, bajo cierto aspecto, áun los sentidos inferiores podrían ser bautizados y encumbrados con la dignidad de visivos, ó al ménos de subsidiarios de la vista. Ahora bien, puesto que queda establecido que lo *bello es lo que place á la vista*; que el verbo *ver* se aplica á todo conocimiento relativamente claro; que tanto más clara se hará una manifestación cuantos más nuevos caracteres se reúnan para hacer cognoscible al objeto; se comprenderá que, si bien la vista y el oído son los órganos principales de lo bello, también los otros sentidos recogidos, digámoslo así, en uno por el sensorio interno y la fantasía, suministran, añadiendo claridad á la imagen, elementos que contribuyen á la belleza. Por donde no creemos que se equivocó del todo Galluppi al no mostrarse enteramente persuadido de los derechos exclusivos de los dos sentidos estéticos. Parécenos, empero, digno de notarse que la unión de los otros sentidos no trae consigo la beldad por sí misma y en su objeto propio, sino sólo en cuanto se la considera como parte de una imagen ó de una descripción contemplada por la fantasía. Por lo tanto, no llamaremos bella á la sombra disfrutada en la frescura, ni á la dulzura del agua, mas

la descripción de *questa di bei faggi ombrosa chiostra* y de las *chiare, fresche è dolci acque* llegará á reunir muchas sensaciones y á representarnos el bosquecillo y la fuente, suministrando así un elemento de belleza al arte de la poesía descriptiva.

9. EL PLACER ES EL REPOSO DE UNA FACULTAD.—Dada así la idea del *ver*, analicemos ahora la del *placer*, investigando ante todo universalmente *en qué cosa* consista, y específicamente despues, cuáles son las condiciones por las cuales en este ó aquel caso se verifica ese concepto general que llamamos *placer*.

Ahora bien, el placer, si atentamente se mira, en último término no es otra cosa que el reposo de la facultad *sensitiva* en el objeto formal de su naturaleza, esto es, en aquel objeto de que la facultad recibe su natural y específico carácter. Reposa la piedra, reposa el líquido, cuando una y otro han llegado á condiciones de equilibrio. Pero ¿experimentan acaso placer? No por cierto, puesto que ambos objetos carecen del sér sensitivo.

Por el contrario, el ojo que ve brillar en las tinieblas un resquicio de luz, por un movimiento instintivo dirige á él la pupila, y si cayendo el rayo sobre el prisma se transforma en iris, ¿con cuánta dulzura no se fija en él la facultad visiva? Y ¿por qué pára aquí? Porque aquél es el solo bien de que es capaz la vista, atendido que el ojo no puede aspirar á otra cosa más que *á lo visible*. Podrá muy bien acontecer que, segun la diversa cualidad de las tintas, repose el ojo en *lo visible* con más ó ménos suavidad; pero encontrar fuera de su esfera otro objeto que lo conforte, como, por ejemplo, un sonido ó un olor, es de suyo tan imposible como que la facultad de ver sea facultad de oír ó de oler.

El *hombre* que ve lo feo podrá consolarse oyendo una bella pieza de música ó aspirando un olor suave; pero sus *ojos* no hallarán contra la fealdad otro consuelo que cerrarse para no verla más.

Así lo habrán hecho sin duda tambien los que hayan oido hablar de aquella monstruosidad, la más monstruosa entre las deformidades de mujer, de que en el mes de Marzo de 1858

hablaron todos los periódicos, la cual de su hocico de mona extraía las más inenarrables y dulces melodías (1).

Por consiguiente, el término de la vision es lo *visible*, que cuando es tal que corresponde á la naturaleza de la facultad visiva, ésta reposa, ó lo que es lo mismo, encuentra placer.

10. ESTE REPOSO ES DIVERSO DEL QUE ES PROPIO DEL ÓRGANO MATERIAL.—Al llegar á este punto, suplicamos al lector pare con nosotros mientes en esta condicion de la conformidad del objeto con la facultad, á fin de que no se confunda el reposo de la facultad en el mismo acto con el reposo del órgano cansado de la operacion. Propiedad es de las facultades estrictamente sensitivas la necesidad de operar en el órgano material, y que con el demasiado uso llegue éste á cansarse como otro cualquier instrumento. Mas no acontece otro tanto con la facultad, porque ésta se perfecciona con su acto, segun puede verse, por ejemplo, en el miniaturista que en la delicadeza de sus trabajos, miéntras por un lado perfecciona la facultad para discernir los mínimos defectos de exactitud en los contornos, de unidad y esparcimiento en los colores, etc., por otro cansa el nervio óptico, y á largo andar llega á perder la vista. Para evitar tan grande desventura, el [nervio óptico exige *reposo de inercia*. Empero, no es éste el reposo á que llamamos placer de la facultad visiva, que por su parte tambien necesita reposar en lo visible, como toda potencia tiende al acto que forma su perfeccion. Por consiguiente, cuanto más se conforme lo visible con la naturaleza de la facultad visiva, tanto mayor será el placer con que ésta reposará en él.

La idea que por cuadrar así á nuestro propósito acabamos de aplicar á la vista es, como desde luégo se ve, la idea general del placer aplicable á toda facultad *sensitiva*. Teniendo toda facultad su objeto propio, al cual exclusivamente tiende, no podrá descansar miéntras no llegue á dicho objeto, y lle-

(1) Nos referimos á Miss Pastrana, que en dicha época atraía la pública curiosidad, no sólo por los rasgos de su cara cubierta de pelo, por la estrechez de su frente, por la prominencia de la barba, por sus largas narices y gruesísimos labios, sino tambien por la limpidez de su voz de *soprano sfogato*, y por su precision en el baile. Véase el *Osservatore Triestino*, copiado por la *Armonía* del 23 de Marzo de 1858.

gando á él no puede ménos de reposar, careciendo de otro objeto á que pueda tender. Cuando este reposo se siente, se le llama *placer*.

II. EPÍLOGO.—Hemos dicho :

1.º Que *Bello* es lo que agrada á la vista.

2.º Que agrada aquello que hace reposar á la facultad.

3.º Que una cosa es reposo de la facultad y otra reposo del órgano.

4.º Que, por consiguiente, buscar la belleza significa buscar las causas porque el ojo reposa en lo visible.

Ahora, para hacer que esta idea general del placer nos explique la causa de la Belleza, sólo nos resta investigar cuáles sean las causas que dan dicho placer á la facultad visiva, ó en otros términos, cuáles sean los objetos en que la vista puede hallar su reposo. Tal será el objeto de otro artículo.





LA CRÍTICA BÍBLICA EN ALEMANIA.

LA crítica bíblica nació en Francia en la segunda mitad del siglo xvii, pero su existencia fué de corta duracion. Tuvo por engendrador á un profesor de la Academia protestante de Saumur, Luis Cappel y un sacerdote del Oratorio, Ricardo Simon. La opresion, bajo la cual el protestantismo se vió aniquilado en Francia, privó á Cappel de sucesores en los estudios que inauguró, y los rigores de Bossuet con respecto á Ricardo Simon apartaron á los espíritus de investigaciones tan mal recompensadas. Más tarde, en medio del siglo xviii, Astruc, afamado médico, hijo de un ministro protestante, al que el temor de la persecucion convirtió al catolicismo, publicó un volúmen titulado: *Conjeturas acerca de las memorias originales de que Moisés parece que se sirvió para componer el libro del Génesis*. Creía, sin duda, que era el momento favorable para reanudar los trabajos de Luis Cappel y de Ricardo Simon. El hecho le probó que se engañaba. Apénas hizo imprimir su libro, se vió amenazado, á pesar de su gran reputacion médica, con perder toda su rica clientela. Temiendo más graves consecuencias, y tan poco inclinado como su padre á merecer la palma del mar-

tirio, se apresuró á borrar la mala impresion de su escrito acerca del Génesis, con la publicacion de un tratado sobre la inmaterialidad del alma.

¿Es ahora Francia más favorable á estos estudios? No lo sé; pero como despues de haber florecido en Holanda con Spinoza, Grocio, Leclerc y otros reputados escritores, han tomado desde hace un siglo, un puesto considerable en la vida intelectual de Alemania; como se han convertido en una de las más sólidas bases de la teología moderna y sirven de modelo á los importantes trabajos de los eruditos que se ocupan en estos momentos de las religiones de la antigüedad; no pueden quedar desconocidos para el que quiera tener una idea verdadera de la ciencia alemana. A este título y sin pretender por manera alguna la mision de apologista ni la de detractor, voy á procurar reseñar un cuadro somero del nacimiento, desarrollos y estado actual de la crítica bíblica en Alemania.

I.

La crítica bíblica, á mi entender, hubiera debido nacer con la reforma. Convenía á una forma religiosa que tiene la Biblia por única regla de fe. No fué así, sin embargo. La crítica histórica, cuyos efectos llevaron los primeros protestantes á las leyendas de la Edad Media, se detuvo ante los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento. Los reformadores admiran, confiados y sin más ámplios informes, el origen sobrenatural de la Biblia, y la consideraron, con todos los teólogos de su tiempo, como la palabra de Dios, expresion vaga y metafórica, cuyo sentido les pareció, no obstante, suficientemente claro, y que, por otra parte no tardó en recibir una significacion concreta. Impulsados por la necesidad de dar la mayor solidez posible á la autoridad escrita, la única que se recibe en las iglesias protestantes, y á distinguir con mayor limpieza aún sus creencias de las de la Iglesia católica, que no veía en la Biblia más que libros escritos simplemente con la ayuda del Espíritu-Santo, los teólogos protestantes del siglo xvii declararon positivamente que la Sagrada Escritura era literalmente y en

sentido estricto la palabra de Dios, es decir, que los Profetas y los Apóstoles, y en general todos los escritores de libros sagrados, no fueron más que órganos pasivos del Espíritu-Santo, que habló por su boca y escribió por sus manos. No se detuvieron en esta senda. Al final de aquel siglo, admitíase generalmente que la Sagrada Escritura está pura de todo error, no sólo en las cosas religiosas, lo cual no hubiera hecho surgir ninguna dificultad, sino en todo sin excepción, en astronomía, en geografía, en historia, en gramática. Era, pues, preciso creer, so pena de ser heterodoxo é impío, que el verdadero sistema del mundo se enseña en la Biblia, que las etimologías filosóficas que en ella se encuentran, son de perfecta exactitud, y que no hay ni solecismos, ni barbarismos; ni ninguna falta gramatical. Tal era la enseñanza que los Calov y los Quenstedt daban al fin del siglo xvii en las Universidades alemanas. Hubo también en 1714 un *subintendente general* de Gotha que, en una disertación tuvo el capricho de investigar si la Sagrada Escritura era Dios mismo. A esta teoría de la Biblia, imaginada *à priori*, y fuera de todo exámen serio de los libros que la componen, se unió una teología que se agitaba como ella en un mundo convencional, sin tener en cuenta los datos de la razón y los hechos de la conciencia, conjunto de sutilezas escolásticas, especie de álgebra metafísica, por medio de la cual se jugaba con las palabras que no tenían relación alguna con la vida real del espíritu.

Era imposible que la conciencia y la razón no acabasen por protestar contra esta teología árida y abstrusa. Pero como un exceso trae en pos de sí el exceso contrario, se replicó á las exageraciones de esta falsa ciencia religiosa, con la exageración opuesta; la incredulidad; cuando hubiera bastado con volver al sentimiento de la realidad moral y al exámen de los libros bíblicos, sobre los cuales pretendió fundarse. Pero se daban por la expresión pura y completa del cristianismo: la filosofía tomó la palabra, y sin molestarse en comprobar el aserto, de la falsedad de esta teología dedujo la de la religión cristiana en general. Tal fué el origen de esa filosofía incrédula que los teólogos alemanes han querido difamar con el nombre de naturalismo, sin declarar que ellos mismos provocaron su explo-

sion. Reimarus, uno de los mejores escritores del siglo xvii, puede considerarse como su más hábil representante. Los escritos en los cuales combate con mayor fuerza y brillantez la realidad de los relatos de los escritores sagrados, y la posibilidad de una revelación sobrenatural, cierto es que no se publicaron hasta después de su muerte, pero las ideas que en ellos desarrolla están presentadas con bastante claridad en otras varias obras suyas: las enseñó públicamente: las propagaban además en Alemania una multitud de escritores: uno de ellos, Edelman, las popularizó en una serie de publicaciones en que trataba de vana superstición toda clase de religión positiva.

La repulsión que en la primera mitad del siglo xviii inspiró á los filósofos la teología luterana y á los hombres ilustrados en general, la compartieron cierto número de jóvenes teólogos cuya recta razón no pudo plegarse á la metafísica árida de los Quenstedt, de los Baier, y de los Hollaz. Pero lejos de confundir el cristianismo con los conceptos eclesiásticos de su tiempo, separáronlo con cuidado, y rechazando las interpretaciones bajo las cuales se le desfiguraba, emprendieron de nuevo el estudio de la Biblia con el objeto de devolver á las enseñanzas de Jesucristo su carácter sencillo y noble y su verdadero sentido. Y como la repugnancia de la teología escolástica de las Universidades había impulsado estos espíritus privilegiados á buscar un alimento á su actividad en trabajos de historia y de filología, halláronse en posesión de los dos instrumentos más necesarios para la crítica bíblica.

La reacción ortodoxa que condenó con rigor en Alemania durante muchos años, en vano trataría de representar á los Ernesti y Semler como semi-creyentes, perdiendo al cristianismo con peligrosas concesiones á la filosofía. A estas declamaciones dictadas por el espíritu de partido, la historia da un mentís brillante. No hubiera vencido á la incredulidad la vieja teología del siglo xvii, puesto que ella misma la hizo nacer. Nuevas necesidades del espíritu, una cultura más desarrollada, un sentimiento más delicado, si no más vivo, de las cosas espirituales, todo reclamaba un concepto ménos vulgar del cristianismo. Los hombres más inteligentes entre los teólogos sentían con mayor fuerza aún esta necesidad, y para responder

á las exigencias de su propia conciencia, se entregaron con ardor al estudio de los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. Pero se proponían al par alcanzar otro objeto: esperaban desarmar la incredulidad que amenazaba invadir todas las clases de la sociedad, demostrando á los libre-pensadores que se engañaban acerca del cristianismo, y que sus golpes se dirigían, no á las enseñanzas de Jesucristo y de los Apóstoles, sino á las teorías dogmáticas y eclesiásticas que eran muy distintas. Querían probarles y probarse á sí mismos que la religion cristiana, tal como resulta de las Escrituras bien entendidas, no es tan opuesta como se cree por las engañosas afirmaciones del antiguo luteranismo, á la razon y á los principios filosóficos, y que había más de un punto de contacto, más de un medio de inteligencia entre la filosofía y el cristianismo verdadero. Como los judíos que defendían á Jerusalem contra las huestes romanas, en una mano llevaban la espada y con la otra levantaban los muros del santuario. Buscando en los libros sagrados estudiados más sabiamente una fe más pura y racional, apelaban de una filosofía mal informada á otra de mejores datos. Tal era el doble fin de los teólogos que deben considerarse como padres de la crítica bíblica en Alemania. Tratábase para ellos de revisar las doctrinas cristianas, no juzgándolas únicamente bajo el aspecto de la razon, como hacían los filósofos, sino relacionándolas ante todo con las enseñanzas bíblicas. En la Biblia, pues, necesitaban buscar, dejando completamente á un lado las confesiones de fe y otros documentos eclesiásticos, y para vencer este trabajo convenía primero someter á un exámen crítico la misma Biblia, no sólo para saber lo que es ésta y lo que vale como autoridad religiosa, sino que tambien para encontrar en el más perfecto conocimiento posible de su naturaleza, historia y lenguaje, indicaciones precisas acerca del mejor modo de comprenderla y explicarla.

II.

Ernesti, el primero, arrancó la Biblia del marco fantástico y convencional en que estaba colocada. Ávidos de misterios y ciegos para todo cuanto es sencillo y natural, la mayor parte de los teólogos protestantes del siglo xvii, siguiendo las huellas de la ciencia teológica de la Edad Media, admitieron en principio que cada pasaje de la Biblia es susceptible de varios sentidos (1). ¿Cómo, en efecto, un libro inspirado por Dios mismo había de tener la sencillez de un libro compuesto por un hombre? Un teólogo reformado, Cocceio, llevó su locura hasta sostener que cada frase, cada expresión puede tener todos los sentidos de que es susceptible. Estas teorías singulares estaban sin duda dictadas por un respeto verdadero hacia la palabra de Dios; pero el respeto entendíase malamente, y no conducía en realidad más que á hacer de la Biblia una colección de juegos de palabras, y—¿por qué no llamar á las cosas por su nombre?—una serie no interrumpida de logogrifos. Puede ciertamente creerse bajo otro aspecto que el ingenio humano, que aspira siempre á salvar su libertad y hacer de ella uso, aún bajo los más duros yugos, halló su salvación en esta multiplicidad de interpretaciones, que le permitía, hasta cierto punto, aligerar la carga de las creencias impuesta por las profesiones de fe. Pero era difícil no abusar de un método de interpretación que ofrecía tan grandes seducciones á la imaginación abriéndola campo infinito. Así, aún cuando los reformistas recomendaron escrupulosamente que se siguiera ante todo el sentido literal, prefiriéronse muy pronto los sentidos alegóricos, anagógicos, típicos, morales, etc..., y la Biblia, como blanda cera, se prestó á todos los caprichos de los teólogos (2).

(1) Habíanse indicado los cuatro modos de interpretación en estos dos malos versos :

Littera gesta docet: quid credas allegoria,

Moralis quid agas: quid speres anagogia.

(2) Esto ha expresado un teólogo de Bâle de la primera mitad del siglo xviii, Werenfels, en este dístico espiritual:

Hic liber est in quo quærit sua dogmata quisque,
Invenit et pariter dogmata quisque sua.

Humanista distinguido, acostumbrado á vivir en el comercio de los escritores de la antigüedad clásica, extraño á las argucias con que los teólogos sabían hallar en cada texto la idea que les convenía, Ernesti enseñó, en su *Interpres Novi Testamenti* (1761), que las Sagradas Escrituras no podían interpretarse por principios distintos de los que se aplican á otra obra cualesquiera. El sentido comun y la gramática, tales son los guías del exegeto: éstos los que Ernesti aconsejó á los teólogos.

A este principio, Semler añadió otro que lo completó. Hizo notar que el intérprete de un escritor antiguo, debe no sólo conocer el idioma de que se sirvió el escritor, sino que tambien las circunstancias en cuyo medio ha vivido aquél, circunstancias que necesariamente ejercen influencia sobre su manera de hablar y hasta en su modo de pensar. Un escritor, sea el que fuere, se une á su época y á su nacion por cierto fondo comun de ideas, por las figuras del lenguaje y por una forma general de estilo, por las alusiones que necesariamente hace á lo que le rodea, y en una palabra, por una multitud de rasgos que distinguen la época y el país. Estos hechos debe tenerlos en cuenta el intérprete. Los autores sagrados no se exceptúan de la regla comun. Escritores populares de un país, de un pueblo, de una civilizacion que difiere bajo tantos puntos de vista de los tiempos y naciones modernas del Occidente, dejaron obras fuertemente impresas en la forma, y hasta cierto punto en el fondo, del sello oriental del espíritu judío, de los caracteres de la antigüedad. Si el intérprete trata sus palabras como si fueran aforismos universales, impersonales, que no pertenecen á tiempo alguno, que no tienen patria, arrojase en un océano de errores.

Tales son los principios de interpretacion que recomendaron Ernesti y Semler. Despues se han aceptado casi universalmente y forman la base de lo que se llama la interpretacion gramatical histórica. Su más directa consecuencia fué separar al exegesis bíblico de lo arbitrario y de las vanas suposiciones, llevándolo al sentimiento de la realidad.

Pero no bastaba indicar buenas reglas de interpretacion, era al mismo tiempo preciso desembarazar á la teología de

las ideas *à priori* que se formaban de la Biblia, y darle otras más conformes con la historia; trabajo largo y difícil que naturalmente debía encontrar una viva oposicion y que ni un hombre, ni una generacion podían prometerse cumplir. Semler entró resueltamente, con todo el atrevimiento que inspira el amor de la verdad, en este campo cuya extension midieron apenas Cappel, Ricardo, Simon y Leclerc, y lo recorrió en todas direcciones, derribando sin el menor miramiento los conceptos teoneústicos más acreditados de los antiguos teólogos. No todas sus soluciones son acertadas y distan mucho de ello, pero es raro que no se apodere del problema y no ponga mano en la verdadera dificultad. Faltábale ciertamente aquella elevacion de pensamientos, aquella viveza de imaginacion, aquel sentimiento poético y aquel profundo conocimiento de la antigüedad que únicos pueden, reunidos, transportar al crítico en medio de las edades pasadas é identificarle, por decirlo así, con la vida, los conceptos, el lenguaje, las ideas de épocas tan distintas de los tiempos modernos; pero tenía un raro buen sentido, un tacto histórico bastante desarrollado, una vasta erudicion, y estas cualidades le bastaron, si no para erigir un duradero edificio, al ménos para desembarazar y despejar el terreno. Su crítica no llegó á resultados negativos, pero imposible fué que sucediese de otro modo, y largo tiempo despues más bien se supo lo que no eran los libros bíblicos, que lo que en realidad son.

Lo que más sorprendió á Semler en los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, fueron los caractéres que parecen contradecir directamente la opinion eclesiástica de la inspiracion literal de estos libros. El Pentateuco, cuyo fondo reconoce que es de Moisés, hace mencion á menudo de hechos posteriores á este legislador y demasiado insignificantes para que pueda tenérselos como profecías, cual consideraban los antiguos teólogos, y no es posible dejar de ver numerosas interpretaciones, siendo difícil distinguir lo que es verdaderamente auténtico de lo que no lo es. Nada es más incierto que la fecha y el autor de cada uno de los libros históricos. No hay ninguno que no contenga hechos ó alusiones posteriores á la época fijada á su redaccion. Por otra parte, no ofrecen nada relativo á las cosas

religiosas; no se encuentra en ellos ninguna enseñanza que se aplique á la doctrina: todos llevan el sello del espíritu judío, y sólo por efecto de la costumbre pueden hallar los cristianos edificación en su lectura. Los libros de los Profetas son colecciones de discursos públicos, colecciones en que no se ha observado el orden histórico, y este defecto de orden hácelos de dudosa ó cuando ménos difícil inteligencia. Estos profetas fueron sin duda hombres de Dios; pero se educaron en escuelas donde por medio de bien combinados ejercicios se les formaba el gusto de la poesía, de la elocuencia y de las ideas elevadas que los distinguían. Los libros poéticos son ciertos. Se ignora la fecha y el autor del libro de Job: el Eclesiastes es de época poco atrasada; los Proverbios y los Salmos son colecciones de trozos diversos, procedentes de tiempos y autores muy diferentes.

Los libros del Nuevo Testamento tienen un interes mucho más considerable para los cristianos. Desgraciadamente las más espesas tinieblas cubren los primeros tiempos de nuestra era, y es casi imposible seguir en el seno de esta oscuridad la formación de la primera literatura cristiana. Todo cuanto se puede saber con alguna certeza se limita á los hechos siguientes: Es incontestable que los primeros partidarios del cristianismo difundieron en multitud de lugares el conocimiento de la vida y de las enseñanzas de Jesucristo ántes de que se sintiera la necesidad de consignarlo por escrito; no lo es ménos que cada uno de los que escribieron la historia del Fundador de la religion cristiana lo hizo á su manera, bajo la influencia de sus impresiones propias, y segun como entendió las palabras del Maestro. Estos libros no tuvieron en un principio autoridad alguna; cada cristiano pensaba de ellos lo que le acomodaba y cada asociacion cristiana leía en sus asambleas los que le parecía más adecuados á su instruccion y edificación. Más tarde, cuando el cristianismo tomó con un desarrollo considerable una organizacion fija, fué necesario poner término á esta anarquía y decidir cuáles serían los libros que en adelante servirían para el culto y la enseñanza. Despues de largas discusiones acerca de este asunto, al fin del cuarto siglo el cánón quedó fijo; varios escritos que sirvieron de edi-

ficacion pública en ciertos países, por ejemplo, el *Pastor de Hermas*, la *Predicacion de San Pedro*, quedaron excluidos; otros, desconocidos hasta entónces en varias iglesias ó muy discutidos, tales como la segunda *Epístola de San Pedro* y el *Apocalipsis* se admitieron.

Tales eran los hechos principales que Semler veía en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento; sacaba la consecuencia de que los teólogos modernos no dejaban de tener el mismo derecho que los judíos antiguos y los doctores cristianos de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, á decidir de la canonicidad de estos libros, y dándose asimismo esta libertad demostró que la segunda *Epístola de San Pedro*, los once primeros versículos del capítulo VIII y el capítulo XXI del Evangelio de San Juan, el versículo séptimo del capítulo V de la primera epístola de San Juan, etc..., no pueden considerarse como auténticos ni como canónicos.

Despues de haber expuesto con algunos detalles lo que ha sido la crítica bíblica en sus primeros pasos, me limitaré á indicar rápidamente los hechos más salientes que se han producido hasta nuestros dias en este órden de estudios.

Un contemporáneo de Semler, Michaelis, publicó en 1750 una «Introduccion á los libros sagrados del Nuevo Testamento.» Desde esta época, el término *Introduccion* se ha hecho clásico y el carácter que el profesor de Göttingue ha dado á su libro es ya el de todas las obras, en las cuales se presenta una ojeada de conjunto sobre la historia de los libros sagrados. La obra de Michaelis no ofrecía en un principio nada notable; pero se mejoró singularmente en las ediciones sucesivas, y la última, que es de 1787, no se parece casi en nada á la primera. Una traduccion inglesa del doctor Marsh, con notas, la publicó en frances Mr. Chenevière; puede dar á los que no leen las obras modernas en su originario idioma una idea de lo que era la crítica bíblica en Alemania hace sesenta años.

Un hombre más versado que Michaelis en el conocimiento de las lenguas y de las antigüedades orientales, dotado de mayor amplitud de espíritu y de una imaginacion más viva y fecunda, Eichhorn, publicó (1780-83) acerca del Antiguo Tes-

tamento una obra análoga á la del profesor de Gœttingue acerca del Nuevo. Diferenciándose de los teólogos luteranos del principio del siglo XVIII, que no veían en los libros sagrados más que una colección de declaraciones dogmáticas, de enseñanzas dialécticas, de aforismos sin edad, sin patria, sin individualidad, valederos para todos los tiempos y para todos los lugares, textos áridos é inanimados de disertaciones escolásticas, Eichhorn se complace en señalar en el Antiguo Testamento el poético cuadro de una civilización antigua, la expresión original del genio hebreo, la vida de un pueblo oriental manifestándose en sus leyes, en sus tradiciones y en sus cantos. Este sentimiento, á la vez histórico y estético, anima su traducción de los Profetas.

En la misma época, Herder publicó su obra acerca de la poesía hebrea (1782). Describió el origen y fases diversas, hizo resaltar los caracteres que la distinguen, sea en los conceptos ó en las imágenes y los mitos que le son propias; la comparó con las producciones poéticas de otros pueblos, principalmente con las de otras naciones orientales y devolvió la vida y el movimiento á esos magníficos cantos líricos y proféticos del Antiguo Testamento, en los cuales la oscura metafísica de los teólogos no había encontrado aún más que textos de discusión acerca del pecado original y la Trinidad, metamorfoseando á los inspirados autores en rabinos sutiles y retóricos. De este modo el sentimiento de la realidad histórica llegó, merced á los trabajos de la crítica, á reemplazar las abstracciones convencionales de la antigua teología en el estudio de los documentos bíblicos.

Eichhorn y Michaelis tuvieron numerosos émulos. Los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX produjeron una multitud de Introducciones al Antiguo y al Nuevo Testamento. Fuera perderse en detalles infinitos querer apreciar su mérito: no puedo detenerme más que en aquello que ha lanzado á la ciencia en una idea útil y fecunda.

Largo tiempo hacía que causaba extrañeza el gran número de pasajes literalmente idénticos que se encuentran, aunque ordenados á veces de un modo distinto, en los tres primeros Evangelios. Los críticos admitían que Mateo, Marcos y Lucas

no escribieron independientemente unos de otros. ¿Pero cuál de los tres había servido de modelo? Todas las combinaciones se ensayaron sin gran éxito, cuando Eichhorn, en una Introducción al Nuevo Testamento, que publicó en 1804, propuso la hipótesis de un Evangelio primitivo, escrito en aramo, que sirvió de tema común á Mateo, Márcos y Lúcas. Esta opinion no deshacía todas las dificultades; pero borraba un gran número de éstas. Discutida vivamente, recibió despues diversas modificaciones, entre las cuales citaré solamente, como las más importantes, la de Geiseler, que cree más probable que los tres primeros evangelistas siguieron una tradicion oral primitiva acerca de la vida y enseñanzas de Jesucristo, y la de Schleiermacher, que admite varios documentos escritos anteriormente á los tres primeros evangelistas, y á los que Mateo, Márcos y Lúcas habían tomado varios pasajes. Esta última hipótesis tiene, en mi opinion, el mérito de estar acorde con el prólogo del Evangelio de Lúcas, y más conforme que las otras con la marcha general de los hechos, y por último, explica las dificultades que quedan insolubles en cualquier otro sistema.

El cuarto Evangelio fué objeto de investigaciones no ménos profundas. Habíase notado tiempo há que se diferencia de los otros Evangelios, no sólo por los hechos que relata, sino más aún, sobre todo, por su tendencia y espíritu. Los antiguos doctores de la Iglesia le dieron ya el epíteto de pneumático, para calificar el carácter ideal y en cierto modo especulativo que le es propio.

Veíase entre este Evangelio y los tres primeros una relacion análoga á la que existe entre Platon y Jenofonte, y era costumbre repetir que, á semejanza de este último escritor, el cual no había comprendido más que de un modo imperfecto la doctrina de Sócrates, y presentó la imágen exterior, por decirlo así, de esta gran personalidad. Mateo, Lúcas y Márcos no dieron á conocer más que el Cristo terrestre, miéntras que, como Platon, que penetró profundamente el genio de su maestro, Juan transmitió á la posteridad el aspecto ideal, espiritual, divino del Salvador de los hombres. Esta doble semejanza pudiera ser atractiva para algunos; pero no resolvía el problema. El lenguaje de este cuarto Evangelio, tan análogo con frecuen-

cia al de los gnósticos, y la fecha atrasada que la tradición atribuye á su composición, hicieron germinar dudas acerca de su autenticidad.

Bretschneider, en un escrito que publicó en 1820 (1), las presentó en toda su fuerza. Hizo notar que los discursos de Jesucristo en el Evangelio de San Juan no tienen la sencillez que hay en los sinópticos y que afectan los hábitos de escuela. Su lenguaje está lleno de un color místico opuesto á la tendencia práctica de su enseñanza en los otros tres Evangelios. Reina en el escrito de San Juan un evidente designio de hacer la apología de la persona y de la obra de Jesucristo: ménos puede considerársele como una historia que como un tratado de polémica. Por último, no se dirigen ciertamente á los judíos de la Palestina, sus contemporáneos, las palabras que allí se ponen en boca del Salvador; suponen oyentes que tienen otras costumbres é ideas muy semejantes á las de los hombres de la edad que siguió á los tiempos apostólicos. Bretschneider deducía de estos hechos que de este Evangelio no podía ser autor ni el Apóstol cuyo nombre lleva, ni siquiera un judío convertido al cristianismo, y por un conjunto de hechos, cree que se delata un cristiano salido del paganismo, que hácia la mitad del segundo siglo se hubiera propuesto redactar un Evangelio adecuado para imponer silencio á los contradictores gnósticos de las enseñanzas cristianas.

Esta hipótesis hizo surgir ardientes discusiones. Después de seguirlas sin tomar parte en ellas, Bretschneider declaró que los argumentos que se habían opuesto á sus dudas le parecían una demostración suficiente de la autenticidad del Evangelio de San Juan. Pero hubo teólogos ménos fáciles de convencer, y volviendo la discusión acerca de este punto, como acerca de todos los demás, tomó en nuestros días otra dirección.

La crítica bíblica entró desde hace algunos años en una nueva fase. Permítanseme, ántes de exponer sus principales trabajos, algunas consideraciones encaminadas á dar á cono-

(1) *Probabilia de Evangelii et Epistolarum Joannis apostoli indole et origine*. Tal es el título de esta obra.

cer su espíritu y tendencia. Hasta ahora la hemos visto, salvo en brillantes excepciones, ocupándose principalmente en probar que tal pasaje no es auténtico y que tal otro se ha truncado, que tal libro no es del autor cuyo nombre lleva, y que tal otro es más reciente que lo que asegura la tradición. Esto no es decir, no obstante, que fueran sus resultados negativos, como á menudo se le reprocha. El ensayo de Bretrschneider acerca del Evangelio de San Juan, la hipótesis de un evangelio primitivo y las consideraciones verdaderas de Eichhorn acerca de los poetas y los profetas hebreos, y otros trabajos de detalle que me he visto obligado á pasar en silencio, son ciertamente capaces de hacernos penetrar en la vida misma de los hijos de Israel y en el movimiento histórico de los primeros tiempos de la Iglesia cristiana. Sin embargo, no es ménos cierto que en general, hasta hoy, la crítica bíblica fué más negativa que positiva. Pero no podía ser de otro modo. Era preciso ante todo destruir las falsas ideas que los antiguos teólogos se formaban de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, y no era posible realizar esto más que dando á luz las alteraciones y vicisitudes de toda especie que sufrieron estos libros. Hoy dia puede considerarse esta obra como acabada: ahora se admiten universalmente los resultados generales de la crítica; no hay teólogo, por ortodoxo que pretenda ser, que sostenga, por ejemplo, que el Pentateuco, en su forma actual, está escrito por Moisés, ó que el pasaje de los tres testigos, en la primera epístola de San Juan, es auténtico.

Queda por cumplir una obra más delicada y difícil; se trata de reconstruir la historia real y positiva de los escritos bíblicos. La crítica bíblica me ha demostrado que el Pentateuco, tal como lo poseemos, no es obra de Moisés; falta que me enseñe todavía cuándo, cómo, por quién y con qué objeto recibió su forma definitiva. Me ha quitado las dudas acerca de la autenticidad de algunas epístolas de San Pablo, acerca de las epístolas pastorales entre otras; es preciso que me explique cuál es su origen, puesto que no son del Apóstol de los gentiles, como lo suponía la opinion general, y por qué conjunto de circunstancias se le atribuyeron. Los argumentos que ha hecho valer contra la autenticidad y la canonicidad de la se-

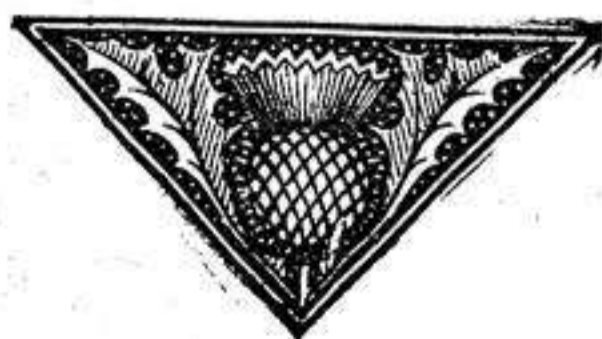
gunda Epístola de San Pedro no carecen de valor; pero es necesario que dé un paso más y pruebe, historia en mano, cuál es el origen de esta epístola, con qué designio se escribió y por qué razon se puso á nombre de San Pedro más bien que al de cualquiera otro Apóstol? Tal es la mision que se le impone. Ha destruido una tradicion errónea en muchos puntos; es preciso que la reemplace con el cuadro realmente histórico de la formacion de la literatura sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento.

La crítica bíblica ha entrado resueltamente en esta vía erizada de dificultades. Que en ella haya recogido satisfactorios resultados, no me atreveré á decirlo en verdad. Pero no soy aquí más que cronista y voy á dar á conocer los primeros ensayos consecutivos que se han hecho en esta nueva direccion.

Es preciso colocar como término medio entre la fase antigua de la crítica y la fase actual á uno de los más eminentes teólogos de los tiempos modernos: me refiero á Wette. Si se me permite decirlo, ha dado su última expresion á la crítica de los Semler y de los Eichhorn abriendo el camino á la de los Ewald y Baur. Si ha hecho resaltar más limpiamente que se hizo hasta él los errores de la tradicion acerca de los libros sagrados, ha intentado más de una vez, por otra parte, explicar la formacion real de varios de estos libros. En todo caso y hasta nueva orden, sus dos introducciones al Antiguo y al Nuevo Testamento pueden considerarse como las obras más útiles que deben consultarse en todas las cuestiones de crítica bíblica.

(Se continuará.)

EDUARDO LOPEZ BAGO.





LOS RUSOS EN EL ASIA CENTRAL

HACE algunos años que recorriendo varios números atrasados de los periódicos ingleses, en la estación telegráfica de Kartoum, de vuelta de una expedición hecha al Nilo Blanco, con objeto de visitar al coronel Gordon, se encontró Mr. Burnaby, capitán del cuerpo de tropa inglesa denominado *Royal Horse Guards*, con la noticia de que el Gobierno ruso acababa de cerrar, por un extraño decreto, á todo extranjero la entrada en la Rusia Asiática, y, renovándose en su espíritu con esta prohibición un antiguo deseo de visitar tales países, aplazado hacía mucho por enfermedad, formó la firmísima resolución de examinar en persona los misterios y secretos que con tanto empeño procuran los rusos ocultar á los demás países de Europa, llegándose á confirmar tanto más en su idea, cuanto que como buen inglés miraba con no pequeño disgusto y sobresalto la firmeza y constancia con que los rusos, á paso lento, pero seguro, se aproximan á las Indias inglesas.

Mr. Burnaby volvió de Kartoum á Lóndres, y fija siempre en su mente la idea de la Rusia Asiática, apenas tuvo preparado lo necesario se puso en marcha, sin reparar en la estación,

que era la más rigurosa del año, á saber, el 30 de Noviembre de 1875.

Hace algun tiempo que la atencion de las personas aficionadas á meditar sobre la marcha de las naciones en nuestros dias se va fijando en las orillas del Oxo, atraida por una expedicion que, segun fama, han de llevar á cabo los generales rusos; por cuya razon, y por el aspecto serio que últimamente han tomado en aquellas regiones los sucesos, despues del percance sobrevenido á la mision anglo-india, detenida, como es público, en la frontera del Afghanistan por un oficial de Sheere-Alí, soberano de Cabul, sometido, segun es igualmente notorio, á la influencia rusa, creemos oportuno presentar aquí un traslado del viaje de Mr. Burnaby al Asia Central, con la relacion que él mismo hace de las conquistas realizadas por Rusia desde el año 1839 hácia aquellas partes en que actualmente se ventilan cuestiones de vital interes para Inglaterra y para Europa entera.

I.

DE ORENBURGO AL SYR-DARIA.

Apénas llegó á San Petersburgo Mr. Burnaby, presentóse al ministro de la Guerra, general Milutina, para quien llevaba cartas de recomendacion, á fin de obtener permiso para realizar el viaje; permiso que le fué concedido, y de cuya concesion se pasó luégo noticia á las autoridades militares del tránsito. Se le hizo, empero, notar que en la intencion del ministro no entraba concederle autorizacion para pasar del territorio ruso al limítrofe, por serle al ministro imposible responder de la vida de los viajeros fuera de las fronteras del imperio. A pesar de parecer bastante ambigua esta licencia á Mr. Burnaby, dió al ministro las gracias, comunicándole al mismo tiempo que su intencion era volverse por Teheran, una vez recorrido el Turkestan; con lo cual se puso en marcha con direccion á Orenburgo, punto á que, gracias al ferro-carril, bien pronto llegó.

Una vez en esta poblacion, la officiosa intervencion del señor Bektchourin, profesor de árabe en la Academia militar de la ciudad, pudo proporcionar al viajero un excelente guía tártaro, llamado Nazar, que le sirvió siempre con gran fidelidad y presteza durante el tiempo de la expedicion.

El viaje se hizo en trineo de Orenburgo á Kasala, por hallarse todo el país á la sazón cubierto de nieve. Hasta Orsk siguieron el curso del Ural, por seguir igual direccion el camino; durante éste se encontró la expedicion con varias caravanas que viajaban en camellos procedentes de Tashkent, cuyos animales se hacían notar, así por la gran semejanza que los separa de los dromedarios africanos, circunstancia que se echa luégo de ver al contemplar lo raquíptico de la talla y las largas cerdas y crines de que se hallan aquellos cubiertos, como por la admirable organizacion de que la naturaleza les dotara, y que les hace resistir á los mayores frios y caminar por donde la altura de la nieve hace impracticable á los caballos el camino.

En el distrito de que hemos hecho mencion se dedican los habitantes á la confeccion de una especie de chales de muchísimo abrigo tejidos con pieles de cabra, tan finos y sobremanera ligeros que apenas pesarán algunas onzas, pudiendo ser fácilmente guardados en un súbre de los usados en comunicacion oficial y pasados á traves de un anillo: tambien los hay hechos de piel de conejo más suaves al tacto que los anteriores, pero más pesados. Su precio, á pesar del mucho tiempo que en la confeccion se invierte, no es muy subido, así que es fácil proporcionarse uno bueno por 40 rublos.

Saliendo de Orsk, ciudad reducida, pero muy limpia y de casas bastante cómodas, parece que la naturaleza cambia de aspecto completamente; pues desapareciendo á los ojos de los viajeros todo rastro de vegetacion, se hallaron en medio de una inmensa estepa, cubierta á la sazón de una blancura que deslumbraba, triste, silenciosa y sin conservar en el invierno huellas de las tribus nómadas de los kirghiz que en primavera y verano plantan aquí y acullá sus pintorescas tiendas ó kibitkas, en cuyos alrededores pastan numerosos rebaños.

Una sola circunstancia vino á alterar cerca de Terekli, ya

en las fronteras del Turkestan, la monotonía y soledad del desierto, hablamos de la reunion de muchos centenares de caballos, que malo ó bueno, buscaban su alimento en los puntos donde era ménos la nieve, cavando en ella y removiéndola con las patas delanteras, como suelen hacerlo los conejos. Y á la verdad se hace inexplicable la existencia de tantos séres vivos en aquellos parajes, máxime cuando á alguna distancia se veían muchísimos más de ellos, muertos, sin duda, á consecuencia de una helada que, formando sobre la nieve una gran costra de hielo, imposibilitó á los animales poder escarbar en la nieve y buscarse su alimento. Si tan mal lo pasan los caballos errantes, no escapan mejor los que acompañan en los poblados al hombre, pues nada se hace para librarles de los rigores del frio y ningun otro refrigerio encuentran en su sed más que la nieve; así es que los caballos que pueden escapar al rigor del invierno, se hallan, al entrar la primavera, tan flacos que parecen esqueletos; mas con la reaparicion de la vegetacion, recobran sus primitivas carnes y fuerzas, llegando éstas últimas á ser tan grandes, que pueden recorrer distancias enormes con un paso, no muy largo en verdad, pero tan constante que no se dan punto de reposo ó alivio: Al tener los kirghiz necesidad de hacer un largo camino, llevan siempre consigo dos caballos para montar ya el uno, ya el otro, y colocar en el excedente el agua, la cebada y la paja. de este modo consiguió una escolta salvar en veinticuatro horas una distancia de 320 kilómetros de camino, en parte accidentado y montañoso, sin otro perçance que el de cojear algun tanto los caballos al dia siguiente, aunque esto tambien desapareció en cuanto entraron en calor. Y aquí cae de su peso considerar el inmenso apoyo que para sus planes en las llanuras del Turkestan hallará la Rusia en la inmensa y bien montada caballería de que dispone.

Mr. Burnaby se detuvo varios dias en Kasala, poblacion situada no léjos de la embocadura del Syr-Daria en el lago Aral, y que, á pesar de no datar sino del año 1855, cuenta ya, sin incluir las muchas tropas que la guarnecen, por ser este punto llamado tambien Fuerte núm. 1, una de las etapas militares del camino, con 5.000 habitantes rusos, judíos, grie-

gos, indígenas de Khiva, Bukhara y Tashkent atraídos allí por la segura ganancia que les proporciona el ser Kasala depósito de los productos que van de Orenburgo al Turkestan, ó del Turkestan á Orenburgo. En invierno crece muchísimo la población por acampar en sus alrededores gran multitud de tribus nómadas de Kirghiz, si bien al llegar la primavera se retiran, por convertir los desbordes é inundaciones del Syr-Daria en un inmenso lago las cercanías de la ciudad, y quedar ésta reducida á verdadera isla.

Las tropas acantonadas en Kasala pertenecen á toda clase de armas incluso las de mar que prestan servicio en los buques de vapor pertenecientes á la flotilla del lago Aral.

No obstante la importancia de esta ciudad, la estancia en ella no puede ser más desagradable, así por la poca ó ninguna limpieza de sus calles y variaciones bruscas de temperatura que experimenta, como por la imposibilidad casi absoluta de que en ella y sus alrededores crezca género ninguno de arboleda, manantial en otros países, durante la estación del calor, de aquella sombra y agradable frescura que tanto se echa de menos en Kasala.

El río *Syr-Daria*, llamado por otros autores *Sihun*, y conocido de los antiguos con el nombre de *Jaxartes*, está formado por dos ríos, uno de los cuales nace en las elevadas montañas del Tian-Shan, situadas al Sur del lago Jssyk-Kul, y el otro en los montes Altai. La profundidad del agua y la rapidez de su curso, varían según las estaciones del año y los países que recorre; así es que hasta el fuerte Perousky va encauzado y rapidísimo entre elevadas y cortadas riberas, mientras que más abajo de dicho punto esparce por acá y por allá el caudal de sus aguas dividiéndose en varios brazos que, ó se pierden en los áridos arenales de la estepa, ó forman inmensos pantanos, con grave detrimento de la navegación, que, por efecto de tan gran disminución en el fondo del río, es poco menos que imposible.

Hace tiempo que los geógrafos se inclinan á creer, movidos por razones más que probables, sacadas del aspecto del terreno, que el río Amou-Daria, llamado por los antiguos *Oxo*, conducía en otro tiempo al mar Caspio y no al lago Aral, sus

aguas; cuya opinion se va en el dia haciendo extensiva al Sihun ó Syr-Daria en virtud de pruebas que no es del caso exponer por lo mucho que nos apartaría de nuestro propósito. Baste, pues, haber apuntado de paso este hecho.

II.

EL DESIERTO DE ARENA ROJA (KYZIL-KUM).

El camino más expedito y fácil para dirigirse de Kasala á Khiva, es bajar en vapor por el Syr-Daria, atravesar el lago Aral, y subir por el rio Amou-Daria hasta cerca de Oogentch; mas á la sazón era inútil pensar en este derrotero, porque, siendo invierno, la navegacion se hallaba interrumpida por causa de los hielos. Por lo cual hubo Mr. Burnaby de decidirse á escoger uno de los dos caminos que atraviesan en toda su extension el desierto del Kyzil-Kum; y sin comunicar á nadie su plan, con la sola intencion de alejarse del fuerte ruso Petro-Alexandrouk, de cuyo comandante tenía que recibir orden terminante de no seguir adelante, se decidió á emprender el más largo y penoso, pues le costaba tener que recorrer á caballo 500 millas.

El 12 de Enero de 1876 salió de Kasala el capitan Burnaby montado en un caballo de la apariencia más ruin, pero en realidad excelente, seguido tan solo de su ayudante tártaro, el guía y el conductor de los tres camellos destinados á la conduccion de las provisiones del camino, no siendo tanto de admirar el lanzarse á tan largo viaje con tan escasa escolta, como el atreverse á verificarle cuando el termómetro marcaba la temperatura de 30° bajo cero.

No andando los camellos más que dos millas por hora, se hubo de convenir en que la marcha daría siempre comienzo á media noche, caminando sin descansar, ménos dos horas al medio dia, hasta la puesta del sol, cuya distribucion siguieron hasta el fin, por no haber ningun extraño accidente perturbado el orden prefijado durante la travesía de tan extenso y solitario desierto, como el que se extiende entre el lago Aral, el rio Syr-Daria y el kanato de Khiva, y al que por el color rojizo de su

arena dan los naturales el nombre de Kyzil-Kum. Este desierto, que se prolonga hasta Bukhara y aún amenaza invadir los países del Sur por la violencia con que el viento Norte arrastra la arena, presenta en algunos puntos indicios de vegetacion, pues algunas colinas aparecen cubiertas de ciertos arbustos, entre ellos el llamado *Saksauls*, *Haloxylon*, *Ammodendron*, muy útil para la combustion, y varias especies de umbelíferas, de que se sacan las goma-resinas, conocidas con el nombre de assafoetida, y gallanum, así como otras várias sustancias. Finalmente, no es raro hallar ejemplares de una planta llamada *Adrasban*, *Peganum*, *Harmala*, cuyo mayor ó menor número indica á los kirghiz dónde deben abrirse pozos para hallar agua.

Siguiendo á lo largo la orilla izquierda del Syr-Daria y las de un brazo suyo llamado Jana-Daria, que más tarde desaparece en los arenales, el desierto se muda en verdadera estepa de suelo arcilloso, circunstancia que no extrañará quien considere que en tiempos del abuelo del Khan actual de Khiva, vivía en los países bañados por el Jana-Daria una poblacion numerosa, obligada á emigrar á la orilla derecha del rio Oxus, desde que una órden terminante del Khan mandó levantar un fuerte en forma de dique en el lugar donde el Jana-Daria tomaba aguas del Syr-Daria, alegando por razon, que de no hacerse cual mandaba, tendrían los rusos en aquellos países poblados y cultivados una vía natural y expedita para avanzar hácia Khiva. Cumplióse su mandato, y dejando de correr por la estepa el benéfico riego del Jana-Daria, desapareció en ella la vegetacion, y tras esta la poblacion, que se internó hácia Khiva en busca de país más húmedo y apto para cultivo.

Cuando en 1853 construyeron los rusos el fuerte de Perovskiy demolieron el dique sobredicho, con la mira de fertilizar de nuevo las márgenes del Jana-Daria; mas tropezóse en seguida con el inconveniente, no pequeño, de que, bajando el nivel de las aguas del Syr-Daria, la navegacion á vapor se hacía imposible, y hubo de reconstruirse la demolida fortaleza á la entrada del Jana-Daria.

Antes de llegar á las orillas del Amou-Daria, es preciso salvar una cordillera de montañas llamada Kazan Tor, que por aquel lado limita el desierto. Una media hora fué preciso in-

vertir en su paso, despues de la cual se hallaron los expedicionarios en llanura perfectamente cultivada, recorrida por numerosos canales, cubierta de frondosos y corpulentos árboles, y habitada por poblacion laboriosa y crecida, que para defender sus hogares del pillaje y correrías de los turcomanos, muy aficionados á pasar el rio y saquear las aldeas, rodean sus casas de anchos fosos y empalizadas.

III.

KHIVA Y SU KHAN.

Mr. Burnaby hizo alto en la pequeña ciudad de Oogentch, situada en la orilla derecha del Oxus, y que, perteneciendo al khanato de Khiva, hizo luégo conocer al capitan inglés ser centro de animado comercio, como de ello daban claros indicios las muchas carretas cargadas de granos y forraje que materialmente cubrían el camino, y las largas hileras de camellos en que los del interior conducen los frutos propios de la tierra.

Apénas los indígenas notaron la presencia de un europeo, poseidos de la más viva curiosidad, formaron á su alrededor un vasto círculo, sin que nadie, empero, se presentase en actitud hostil, sino que por el contrario, de entre la multitud avanzó un comerciante que le ofreció hospitalidad en su casa, á la que luégo le condujo.

Este hospitalario comerciante puso luégo á costa suya en marcha un mensajero que obtuviese del khan de Khiva facultad para que el oficial inglés pudiera acercarse á la ciudad, obteniéndola tan completa, que hasta fué enviada una escolta de caballería para honor y defensa del europeo.

La ciudad de Khiva encierra una poblacion de 30.000 almas, y está rodeada de dos altas murallas separadas entre sí como un cuarto de milla, en cuyo espacio se halla establecido el mercado, las calles son anchas y limpias, las casas de los ricos bastante cómodas, construidas con ladrillo de tierra fina y cubiertas con tejas de color, circunstancia que las hace contras-

tar notablemente con las sucias y ennegrecidas viviendas de los pobres.

Encierra la poblacion muchas y muy bonitas escuelas, levantadas la mayor parte á expensas del padre del khan actual, siendo el distintivo de tales edificios los muchos frescos que adornan las paredes y las brillantes cúpulas que se elevan sobre lo restante de la poblacion. Esta aficion á la educacion popular es tanto más digna de admiracion y de alabanza, cuanto que se trata de pueblos asiáticos, tenidos por los europeos como refractarios y rebeldes á toda idea de civilizacion. Al referir esta particularidad Mr. Burnaby afirma que en todo el Turkestan ruso no halló cosa que tan gratamente le sorprendiese como ésta, y aún afirma que en no pocas de las provincias europeas del imperio moscovita la enseñanza se halla algun tanto más descuidada que entre los bárbaros de Khiva.

Despues de haber recorrido varias calles, llevaron los guías al capitan inglés á una casa que dijeron hallarse toda á su disposicion, y, ya dentro, le sirvieron una colacion compuesta de uvas, melones y otras muchas riquísimas frutas, que si aún en la estacion propia de ellas hubieran sido excelente regalo, por lo comun no lo serían menor en el rigor del invierno, en que el suceso tenía lugar. Estaban tan frescas como si acabaran de ser cortadas, y sobre su sabor baste decir que las frutas de Khiva tienen en Oriente reputacion universal; los melones sobre todo, no tanto por su tamaño, de 25 libras de peso, cuanto por lo delicado y sabroso de su carne, y el aroma agradable con que partidos embalsaman el ambiente.

Al tercer dia de llegar verificóse, con toda la pompa posible, la presentacion del capitan Burnaby al jóven Khan, de edad de veintiocho años, quien con la jovialidad de su rostro y las pruebas de bondad que prodigó al extranjero en la recepcion, claramente demostró no ser el tigre sanguinario y cruel pintado por los diarios rusos con tan negros colores.

Fué la entrevista bastante larga, y en ella apareció el Khan sumamente preocupado por el porvenir de las Indias y por las relaciones existentes entre Inglaterra y Rusia. Segun él, era inconcebible que habiendo los ingleses socorrido al sultan durante la guerra de Crimea, á él le dejaran solo en la que

contra los rusos sostuvo, y en que, por fin, hubo de ser derrotado y avasallado. É, insistiendo sobre el particular, hizo al capitán preguntas sobre la determinación que Inglaterra tomaría el día que Rusia invadiera los territorios de Kashgar, Bukhara ó Merva, á lo que el capitán no pudo responder, para salir del paso, sino que el no hallarse al tanto de los secretos de la política de su gobierno, le impedía pronunciar respuesta satisfactoria. Contestación curiosa y en un todo semejante á la que el público de Europa recibe, cuando, discurrendo como el Khan de Khiva, vuelve los ojos hácia la marcha que sigue la política inglesa para ver si de ella resulta algun rayo luminoso que haga la luz en la cuestión.

Al despedirse el príncipe del capitán le advirtió podía permanecer en Khiva hasta cuando gustase, y que todas las puertas le serían franqueadas, pues para ello se habían ya dado las órdenes oportunas.

De esta licencia se aprovechó Mr. Burnaby para visitarlo todo, en especial los jardines del Khan en número de cinco, situados á cierta distancia de la ciudad, y cada uno de los cuales, abarcando una extensión de más de una hectárea, se halla rodeado de paredes muy altas fabricadas con arcilla endurecida. Están esmerada y cuidadosamente atendidos; tienen magníficas avenidas de árboles frutales de todas clases, y de formas tan artísticas y simétricas que indican á las claras el cuidado de que son objeto, como también de emparrados apiñados y densos que, formando verdaderos salones de verdor y frescura, ofrecen al Khan deliciosa morada durante las horas calurosas del estío.

En el centro de uno de los jardines ha levantado el Khan su palacio de verano, y en él es donde, bajo un inmenso kiosko en forma de cúpula, á cuyo pavimento se sube por algunas gradas, rodeada de toda la corte, administra esta autoridad justicia á su pueblo. Si el reo no confiesa voluntariamente su crimen, y faltan testigos que le declaren convicto, se le obliga á jurar por el Koran en prueba de su inocencia, y con esto es luego puesto en libertad, convencidos como están los indígenas de que, si ha habido perjurio, el mismo Allah se encargará de tomar pronta venganza.

No quedándole ya en Khiva cosa que visitar, disponíase Mr. Burnaby á marchar con direccion á Bukhara y la Persia, cuando con gran sorpresa recibió orden de presentarse al comandante del fuerte ruso, llamado Petro-Alexandrovski, donde le esperaba un parte telegráfico dirigido á su nombre.

Marchando siempre por entre jardines ó terrenos muy fértiles y bien cultivados, llegó en dos dias á Anca, ciudad muy comercial, situada á orillas del Amou-Daria que tiene por allí dos kilómetros de anchura. Pasado el rio fácilmente, por la gran costra de hielo que le cubría, hallóse en la orilla opuesta con el fuerte que buscaba, á cuyas puertas estaban atados á las estacas é inmóviles, no obstante el inmenso frio, muchísimos caballos pertenecientes á los cosacos de la guarnicion.

Halló que, en efecto, había un parte telegráfico para él, dirigido por el duque de Cambridge, jefe del ejército inglés, y en el cual se le mandaba ponerse inmediatamente en camino para la Rusia europea. Al echar sus cálculos sobre el camino que más le convendría emprender para la vuelta, atajóle el comandante Ivanof participándole no podía volver más que por Kasala, y por consiguiente, era preciso prepararse á atravesar de nuevo la estepa.

En la breve parada que Mr. Burnaby hizo en el fuerte, asistió á un baile que dieron los oficiales y sus familias, y á una cacería á caballo. Luégo se puso en camino acompañado de dos oficiales rusos, sin que en atravesar la inmensa distancia de 871 millas tardase su caballejo, en apariencia ruin, pero en realidad fortísimo, más que nueve dias, hallándose en el último tan ágil que en una hora, al galope y sobre la nieve, recorrió 17 millas sin que le resultase cansancio.

El capitan inglés abrigaba la esperanza de que acudiendo directamente al general Kopakovsky, comandante de las tropas del Turkestan, le sería fácil obtener licencia para hacer su vuelta por Tashkent y visitar así la Siberia; mas una redonda negativa fué lo que el capitan obtuvo de la autoridad moscovita. Fácilmente se hará cargo el lector del efecto que tal proceder causaría en el ánimo de Mr. Burnaby, y de las creces que to-

marían sus deseos por visitar la Siberia; porque, á la verdad algun misterio deben encerrar en aquellos países los rusos, cuando tan tenazmente los guardan de las pesquisas de los ingleses.

IV.

DOMINACION RUSA EN EL ASIA CENTRAL DESDE SUS PRINCIPIOS HASTA 1864.

Hemos visto al Khan de Khiva preguntar al capitán inglés sobre la conducta de Inglaterra el día que Rusia acometiese á los khanatos independientes aún comprendidos entre el Afghanistan y la India, y en verdad que la pregunta está muy en su lugar, pues todo hace sospechar que Rusia llevará adelante la conducta que, de cincuenta años á esta parte, ha seguido con los pueblos del Asia Central, y sino veámoslo.

El año 1839 la frontera de Rusia en el Asia Central partía del Norte del Mar Caspio, no léjos de la desembocadura del Ural, de dónde subiendo hácia Orsk se dirigía al lago Balkarki, cuyas aguas dividía, llegando por fin á la frontera china en direccion paralela á la seguida por el rio Ili. Veamos cómo esta línea divisoria ha sido ensanchada siempre hácia el Sur; á cuyo fin extractaremos lo más curioso que sobre el particular escribe Mr. Burnaby en la narracion de su viaje, á la que, para mejor inteligencia, acompaña un mapa del país en que las escenas descritas tienen lugar. Advertimos que donde el capitán inglés fuere insuficiente, le completaremos con juiciosísimas observaciones entresacadas de la obra, tan excelente como instructiva, hace dos años publicada por Mr. Schuyler, secretario de la legacion de los Estados-Unidos en Rusia, el cual, dicho se está, juzga las cosas con criterio favorable á los rusos, pero le imitan en esto la mayor parte de los americanos.

La ocasion ó motivo con que los rusos ensancharon la frontera que en Asia tenían, no pudo ser más humanitaria y plausible. En efecto, el deseo de alejar de las poblaciones kirghiz del Aral las invasiones y correrías de que eran perpetuamente objeto por parte de los indígenas del Kokhand, les impelió

á los rusos á levantar una línea de fortalezas que les hizo dueños de todo el país. La primera fué la de Raim, cerca de la desembocadura del Syr-Daria en el lago Aral: la segunda la de Kasala, llamada tambien núm. 1; la tercera la de Karmaktchee, ó núm. 2, y la última la de Perovsky, á más de doscientas millas del lago Aral, y en el lugar mismo donde ántes existía Ak-Masjid ó la mezquita blanca, tomado por asalto en 1853 por el general Perovsky tras veinticinco dias de cerco. El heroico defensor de este puesto fué un indígena de Kokhand, llamado Yacub, más tarde famoso emir de Kashgar, y muerto no há mucho, despues de haberse conquistado un reino en el Turkestan chino.

En 1854 resolvieron los rusos cambiar de frontera, avanzando de modo que el desierto de Mayun-Kun quedase incluido en su territorio; pero esto no fué por entónces más que un proyecto á causa de la guerra de Crimea; si bien, ésta concluida, pusieron manos á la obra para su pronta ejecucion. El general Zimmermann pasó el rio Ili, y atacando los fuertes de Pishpeky Tomak, pertenecientes al Khan de Kokhand, los tomó así como tambien toda la vertiente septentrional de la cordillera del Ala-Tau, para cuya tranquila posesion levantó los fuertes de Vernoe y Kastek; y como si aún no estuviese satisfecho y quisiese ver dónde le convendría dirigir en lo venidero sus tropas, practicó varios reconocimientos al otro lado del rio Tchu en direccion á Aulieta.

Como á la vez que dichas adquisiciones se verificaban, tenía lugar por el Oeste la conquista de Djulek á orillas del Syr-Daria, y un poco más tarde la de Yan-Kurgan, era muy poco lo que faltaba para que la línea divisoria ascendente se diese la mano con la descendente: á cuyo fin se comunicaron á los generales Tchernaiéff, comandante de las tropas en Siberia, y Verevkin de las de Orenburgo, las órdenes necesarias para que se juntasen, y siguiendo á lo largo la direccion de la cordillera Kara-Tau, combinasen sus ataques cantra Susak y Chulak-Turgan, ciudades de la frontera del desierto. Este general Tchernaiéff es el mismo que en la postrer guerra de Servia contra Turquía iba al frente de las tropas de este principado, y el que dos años há excitaba tan vivamente la atencion en Europa.

Una vez reconocido el país, parecióle al general Verevkin mucho mejor extender la frontera rusa hasta más abajo de la ciudad llamada Turkestan, pues así habría una ciudad más, sujeta al imperio, en cuyo pensamiento, secretamente y como por instinto convino con él el general Tchernaiéff variando también de plan en vista de que por donde estaba había otra ciudad, la de Chemkent, que fácilmente podía anexionarse la Rusia. La adquisición de estas ciudades costaría apénas unos sesenta hombres entre heridos y muertos á los dos generales, pero en cambio Rusia ensanchó su dominio hasta 230 millas al sur de Djulek. Así quedaron las cosas al terminar el año de 1864.

V.

CONQUISTAS DE TASHKENT Y DE HODJENT (1865-1867).—LOS GENERALES TCHERNAIEFF Y ROMANOVSKY.

A consecuencia de estas anexiones redactó y publicó el príncipe Gortschakoff una nota diplomática, declarando que, satisfecho el gobierno ruso con que la línea divisoria pasase por el Syr-Daria y lago Jssyk-Kul, no estaba en sus planes aumentar en adelante el territorio, y sí mantener por todos los medios posibles buenas relaciones de amistad y comercio con los pueblos circunvecinos. Esto no fué, con todo, dificultad para que, encargado el general Tchernaiéff poco despues de los asuntos del Turkestan, manifestase intenciones siniestras acerca de la ciudad de Tashkent, importante poblacion de unas 70.000 almas, situada al sur de Chemkent y tributaria del Khan de Kokhand: pues por el fútil pretexto que apénas si indica el general en el parte oficial dirigido al Ministro de la Guerra, de estar la ciudad en tratos con el emir de Bukhara, mandó, con sorpresa de todos á sus tropas, acometer de súbito á la ciudad, con idea de que un golpe de mano coronase sus esfuerzos; mas el atrevido proyecto quedó por entónces frustrado.

La corte de San Petersburgo desaprobó, al parecer, la conducta de Tchernaiéff; mas en realidad le alentó á seguir por igual senda, nombrándole comandante de la nueva provincia,

que en el Ministerio de la Guerra se acababa de crear con el nombre de Turkestan, y comprensiva de todos los países incluidos entre el Syr-Daria y el lago Jssyk-Kul.

Habiendo tres meses despues el emir de Bukhara enviado algunas tropas en direccion de Ura Tube, lugar situado á 60 millas más.abajo de Tashkent, resolvió el nuevo gobernador, contraviniendo, segun todas apariencias, las órdenes que se le habían comunicado, no dejar por más tiempo plaza tan importante á merced del emir, y apoderarse en persona de ella por vía de precaucion. Con este objeto puso sitio al castillo de Niazbeck, colocado sobre el rio Chirchik, único que abastece de aguas la ciudad, y, caida en su poder la fortaleza, no quedó á la ciudad otro recurso que la rendicion. Al entrar en la ciudad el general, lo hizo acompañado únicamente de dos cosacos, acto de fortaleza que, comprendido en su justo mérito por los habitantes, les inclinó á mantener en la poblacion la tranquilidad y el órden, no obstante poseer 20.000 hombres armados y sólo 2.000 los rusos.

De lo expuesto se sigue que el emir de Kokhand era tan impotente para detener á los generales rusos, como aparecían serlo cuantas órdenes dimanaban de San Petersburgo. No fué más feliz al luchar con el de Bukhara, pues éste le arrancó la ciudad de Hodjent, distante seis dias de camino de Tashkent, y que á su intrínseca importancia une ser centro en que se cruzan las carreteras de Tashkent, Kokhand, Bukhara, Balk y Cabul.

Por el mero hecho de haberse apoderado el de Bukhara de la ciudad de Hodjent, cambiaron por completo las hasta entonces amistosas relaciones que con él mantuvieron los rusos. Había caido en su poder una joya por ellos codiciada, y urgía hacérsela soltar. Con este motivo prendieron á varios súbditos del emir, esperando lo que de esta medida resultase. El inocente emir cayó en el lazo : detuvo tambien á varios comerciantes rusos, y como esta reciprocidad era una ofensa intolerable, el general Tchernaiéff pasó el Syr-Daria con 14 batallones de infantería, 16 piezas y 1.200 camellos, muy confiado en que atravesando la estepa y llegando á Djizzak, obligaría al emir á hacer la entrega de los prisioneros. Mas no sólo obtuvo por

respuesta que de ningun modo le serían entregados los detenidos, si no le eran entregados á él sus súbditos, sino que, cayendo en grave descuido, fué batido completamente y obligado á retirarse con gran precipitacion.

Esta derrota cortó las riendas del mando á Tchernaiéff, reemplazado en seguida por el general Romanovsky. El nuevo comandante, no solo batió al emir cerca de Hodjent y se apoderó de la plaza despues de un cerco de ocho dias, sino que con las alas dadas por la victoria, quiso formase las fronteras del Turkestan el rio Syr-Daria hasta la ciudad de Namagan inclusive, desde cuyo punto habían aquellas de terminar en el rio Nayrn, que, arrancando en las montañas Celestes, vierte sus aguas en el Syr-Daria.

Mas este plan no mereció, al parecer, la aprobacion del Gobierno; proceder abiertamente en contradiccion con las órdenes que por el mismo tiempo dirigía Kryjinovsky, gobernador militar de Orenburgo, y que fueron las que en efecto se cumplieron, á Romanovsky, mandándole tratar á Khudayard, emir de Kokhand, cual si fuese un vasallo, sin reparo ninguno en invadir y ocupar el territorio, si el emir pretendiese resistir. En cuanto al de Bukhara dispuso se le exigiese y arrancase cuanto fuera posible, guardándose, empero, de hacerle promesa ninguna. Tal era el estado de las cosas cuando en 1867 salió un decreto imperial disponiendo la absoluta separacion entre el gobierno de Orenburgo y la provincia del Turkestan, cuyo gobernador había en lo sucesivo de residir en Tashkent. El general Kauffman fué el elegido para el desempeño de dicho cargo.

VI.

CONQUISTAS DE SAMARCANDA Y DE KOKHAND (1868-1876).

EL GENERAL KAUFFMANN.

Por hallarse el emir de Bukhara imposibilitado para pagar el tributo que en calidad de indemnizacion le fué impuesto por los rusos, decidió el nuevo gobernador estrenarse en su cargo apoderándose en 1868 de la ciudad de Ukhum, en se-

guida de la plaza fuerte y riquísima de Samarcanda, y por acometer, por último, al emir en Zerabulak, á quien despues de vencido, se obligó á renunciar definitivamente todo el territorio arrebatado por los rusos desde 1865.

Apoderándose dos años despues el general Abramof de las poblaciones de Urgut y Maghía, logró anexionar á la Rusia toda la parte de montaña en que se encuentran las fuentes del Serafshan, rio importante, cuyas aguas se beben en Samarcanda, y que fertiliza las tierras de Bukhara. Hasta el dia, sin embargo, no han alegado los rusos pretexto alguno para caer sobre el mismo Bukhara, sino que al contrario, han ayudado al emir á sofocar la rebelion que pretendía entronizar á su hijo.

Veamos ahora lo que al mismo tiempo sucedía en el Noroeste del Turkestan: Mandado el coronel Kraiefsky al alto Nayrn con la comision de reconocer el terreno, construyó en 1868 un fuerte sobre dicho rio, y abrió en direccion á China un camino accesible á la artillería, por si más tarde conviniese enviar á Kashgar una expedicion militar.

Esto tenía lugar miéntras otro jefe, el general Kolpakofsky, conquistaba á su vez la ciudad china de Kuldja con todo el país que la rodea hasta los orígenes del rio Ilí, á fin de evitar que tan rica y fértil comarca cayese en poder del antiguo adversario del general Perovsky, ahora emir de Kashgar, Yacub, que en fuerza de su talento se había ya constituido en emir independiente, y aspiraba á ensanchar cuanto pudiese su naciente Estado. A fin de calmar la natural inquietud del gobierno chino, se le hicieron formales promesas de que la ciudad de Kuldja le sería devuelta tan pronto como él pudiera mantener en ella la tranquilidad; mas, por lo visto, este momento no ha llegado todavía.

Conquistadas por los rusos cuantas poblaciones de importancia rodean á Kokhand, hallóse esta plaza imposibilitada de ser socorrida el dia que los cosacos la embistiesen, cuya fecha no se hizo esperar mucho; pues atento el general Kauffmann á cualquier circunstancia que favoreciese sus planes, apénas tuvo noticia en 1876 de que había estallado una sublevacion general contra el Khan de Kokhand, por nombre Kudayar, á causa de haberse los pueblos cansado de su tiranía y poco

respeto á las leyes musulmanas , el general ruso dió la órden de avanzar. No se crea, sin embargo, que esta empresa fué á los rusos tan fácil como en un principio la habían creído. Hasta despues de varios meses de campaña en que ha sido preciso vencer innumerables dificultades , no logró el general Skobelef , tan nombrado en la última guerra contra Turquía por sus brillantes y atrevidos planes, llegar á hacerse dueño del país y reducir á obediencia las aguerridas y numerosas tribus nómadas que pueblan las márgenes del Nayrn y los valles de la cordillera de los Altai. Esto no obstante, la nota oficial en que se declaraba al khanato de Kokhand agregado al Turkestan ruso , afirmaba con toda solemnidad que los ruegos y peticiones de los pueblos habían decidido al emperador á verificar la anexion.

En cuanto al emir Kudayar , refugiado en un principio en Tashkent con cuanto pudo recoger de sus riquezas , por órden expresa del emperador hubo de trasladarse á Orenburgo á vivir como simple particular, en cuya poblacion pudo á su paso verle Mr. Burnaby , hallándole bastante resignado con su nuevo género de vida , pues el fatalismo musulman es un bálsamo precioso que ayuda á los soberanos de aquellos países á sufrir resignados las vicisitudes demasiado frecuentes de su suerte. Con todo, los partes recientemente expedidos, anuncian que el Khan ha desaparecido en una partida de caza , marchando apresuradamente á las Indias inglesas en busca de asilo más independiente y seguro.

VII.

GUERRAS DE LOS RUSOS CONTRA KHIVA DESDE 1717 Á 1873.

Sólo nos falta decir algo de las conquistas llevadas á cabo por los rusos en la extension vastísima comprendida entre el mar Caspio , el Syr-Daria y Bukhara , para concluir el resumen que de todas las realizadas en el centro del Asia nos propusimos hacer.

Habiendo á fines del siglo xvii los cosacos del Ural oido

hablar á unos mercaderes persas de la fertilidad y riqueza de un país llamado Khiva, formaron la firme resolución de dirigir hácia él una de sus temibles correrías para saquearlo y enriquecerse. Pasaron con esta intención el Oxo, cayeron sobre la ciudad de Urgentch, se entregaron al pillaje, y ya volvían cargados de riquísimo botín, cuando se vieron de improviso acometidos, derrotados y cogidos prisioneros por el emir de Khiva. Por segunda y tercera vez quisieron los cosacos tentar fortuna, mas en ninguna de ellas obtuvieron mejor resultado que en la primera.

Habiendo sido informado Pedro el Grande en el siglo XVIII de que las arenas del Amou-Daria eran auríferas, pensó apoderarse de Khiva, comisionando al efecto al general Bekovitch en 1717. El general empezó por reconocer muy á fondo todas las costas del mar Caspio, y sólo despues de fortificar varios puntos que le permitiesen tener expeditas las comunicaciones con Astrakan, se puso en camino al frente de tres mil hombres, doscientos camellos y trescientos caballos. Dos meses enteros empleó en atravesar el inmenso desierto comprendido entre el mar Caspio y el Oxo, juntándose á las fatigas anejas á marcha tan prolija las propias de la estación, pues siendo verano y faltando las aguas por completo se hallaban precisados á abrir pozos en cada parada. Al llegar al Oxo vieron formado y dispuesto á la pelea al ejército del Khan, á quien los esfuerzos y artificios desplegados en los tres dias que duró la batalla no libraron de verse derrotado y sometido. Más si á los rusos les sobró valor, faltóles prudencia, y siguiendo el parecer del Khan, que les aconsejaba fraccionarse para más fácilmente encontrar víveres para tanta gente, se vieron repentinamente atacados unos despues de otros por el astuto emir, que despues de vencerlos los mandó degollar. El Khan de Bukhara reclamó para sí la cabeza de Bekovitch.

Envalentonados con éxito tan feliz los emires de Khiva cogían cautivos en las orillas del Caspio á todos los comerciantes rusos que podían, entraban con expediciones militares en tierra de los kirghiz sometidos á Rusia, para excitarlos á la rebelion y robar á los que no consentían, hasta que cansado el gobierno ruso de aguantar estas ofensas se decidió á ponerles

término á cualquier precio. Dióse orden á Perovsky en 1839 para que organizase contra Khiva una expedicion, y en su consecuencia partió mandando 5.000 hombres y 10.000 camellos á principios de otoño, con el fin de que el invierno le cogiese en el desierto, pues de otro modo le hubiera la falta de agua imposibilitado el camino. Inútil prevencion, como pudo en seguida palpase, pues muertos los camellos entre grandes tormentas de nieve, fué imposible la conduccion de transportes y víveres, y el general hubo de ponerse en retirada, no por miedo al enemigo, sino por el de quedar en aquellos desiertos sepultado entre las inmensas moles de la nieve. Inútil es decir que la retirada fué un completo desastre.

Fracasada esta expedicion, aplazáronse hasta mejores dias por parte de los rusos sus planes contra el precioso oasis perdido en el desierto, lo cual no les impidió, sin embargo, que desde aquel momento se estableciesen definitivamente en la costa oriental del mar Caspio, y que desde 1859 hasta 1871 levantasen varios fuertes en posiciones estratégicas, como en la Península de Mangyslak el de Alexandrovski, en las bahías de Kranovodsk y de Miguel, y últimamente en Chikislar no léjos de la desembocadura del Atrek en la frontera de Persia. Preparado así el camino, sólo faltaba un pretexto para desquitarse de todos los perjuicios causados ú ocasionados por el emir de Khiva, cuando el haber éste aprisionado varios cosacos pertenecientes á una expedicion militar enviada contra los Adayefs, que se resistían á pagar la contribucion que el gobierno ruso les impusiera, fué ocasion de que exigida una reparacion y negada por el emir, los rusos hiciesen grandes preparativos, por lo que atemorizado el Khan, ofreció la entrega de los cautivos, á condicion de que le dejasen en paz, propuesta que rechazaron los rusos por no acceder el emir á las otras humillantes condiciones que se le impusieron. Así las cosas marchó á San Petersburgo el general Kauffmann en demanda de instrucciones para concluir de una vez con vecino tan incómodo y reducirle á la imposibilidad de poner más en jaque á los rusos por aquel lado.

Como la empresa era difícil, tomó Kauffmann todas las disposiciones convenientes, mandando salir á la vez fuertes co-

lumnas militares de Tashkent, Orenburgo y el mar Caspio, marcando á cada una sus jornadas de tal suerte, que todas tres cayesen á un mismo tiempo sobre Khiva.

Siendo inútil referir paso á paso todos los detalles de esta campaña, cuya historia será célebre en los anales de la guerra, diremos solamente que la columna formada en Orenburgo, costeando la parte occidental del lago Aral, juntóse en Kungrad con la procedente de la bahía de Kinderly en el mar Caspio. Reunidas marcharon sobre Khiva, y mientras que, mandadas por el general Verëvkin, tomaban una de las puertas de la ciudad, salía por otra una comision encargada de presentar al general Kauffman, que ya se divisaba mandando la columna procedente de Tashkent, la rendicion de la ciudad.

El 24 de Agosto de 1873 firmóse un tratado en cuya virtud, además de reconocerse el Khan vasallo de Rusia y de obligarse á pagar, como indemnizacion de guerra, grandes cantidades, cedía á su nuevo señor todas las tierras del Khanato situadas al Norte del Amou-Daria, á excepcion hecha de un reducido distrito, que debería otorgarse al emir de Bukhara. Una fortaleza que en seguida levantaron los rusos en la orilla derecha del rio y á la cual se puso por nombre Petro-Alexandrovsk, servirá para traer á la memoria del Khan, si los llegase á olvidar, los compromisos contraidos. En este tratado se fijó tambien definitivamente la frontera rusa entre el mar Caspio y el lago Aral, conviniendo en que partiese del cabo Urga, sito en el Aral, y fuese á dar al rio Atrek, despues de seguir por la parte meridional de la meseta del Ust-Urt durante un gran trecho el curso antiguo del Oxo.

Conquistado el territorio, propuso en 1873 el gran duque Miguel, lugarteniente del Cáucaso, que la gran estepa últimamente agregada á Rusia formase un distrito militar especial, cuyo mando había de confiarse al general Lomakin. Admitido el plan por el gobierno, partió dicho general á su destino, en cuyo desempeño mostró bastante interes por la provincia, enviando en todas direcciones muchas expediciones militares que reconociesen el país y creasen relaciones de amistad con las diversas tribus de turcomanos deseminadas en tan vasta region, nómadas las unas y sedentarias las otras.

Entre las tribus de que hemos hablado merece sin duda especial mencion la de los Tekkes, establecida en la vertiente Norte de la cordillera del Kuren-Dag, y que posee una raza de caballos excelente, de los cuales se valen para ejecutar con la velocidad del rayo correrías y excursiones á los pueblos circunvecinos, que aterrados les dejan llevar cuanto desean. Por este motivo no tendría nada de particular que, deseando los rusos proteger á las otras tribus de sentimientos pacíficos, se viesen en la precisión de enviar sus tropas con direccion á Merva, y apoderarse de esta plaza, que, si bien hoy dia no es más que un pueblo medio arruinado, guarida de turcomanos cuya ocupacion principal y único modo de procurarse la vida es el latrocinio, en otro tiempo fué, sin embargo, poblacion importante, y lo llegará á ser muchísimo más en manos de los rusos, así como punto de avanzada para caer sobre el Indou-Kuk y el Afghanistan, como centro de muchas y excelentes carreteras que la hacen centro de las relaciones de aquellas partes del Asia con la India.

VIII.

ORGANIZACION DEL TURKESTAN RUSO.

Acabamos de exponer, aunque sucintamente, las conquistas de los rusos en el Asia Central, por cuyo medio ha caido en su poder un territorio de más de 400.000 millas cuadradas, ó sea una extension igual á la de Alemania, Austria y Bélgica reunidas, si bien la poblacion de tan vastos países es tan exigua que apénas llegará á 2.500.000 almas: digamos ahora algo sobre la administracion de los rusos en sus nuevas provincias, y así nos daremos cuenta de si bajo el punto de vista financiero Rusia ha hecho un buen negocio empujando continuamente sus fronteras hácia el Sur del Turkestan, y á su vez las poblaciones indígenas han ganado cambiando de dueño. Como el capítulo escrito por Mr. Schuyler sobre este punto no deja nada que desear, procuraremos trasladar aquí sus principales apreciaciones.

Cuando en 1865 cayó en poder de los rusos la plaza de Tashkent, el general Tchernaiéff fué comisionado para gobernar con omnímoda libertad los países que él mismo acababa de conquistar, en cuyo cargo se condujo con aquel buen sentido y aquel tacto político que sólo los grandes talentos poseen, no atacando en nada las antiguas costumbres de los vencidos, sino al contrario, dejándolas subsistir y haciendo que los naturales mismos fuesen los que las aplicasen. Mas este estado de cosas duró poco, siendo á los dos años reemplazado por el general Romanovsky, á quien no sólo se acortaron las facultades de su antecesor, sino que se le hizo depender del gobernador general residente en Orenburgo. Al mismo tiempo nombróse una comision, llamada de la Estepa, encargada de recorrer el país en todas direcciones para enterarse de las necesidades y deseos de las poblaciones nómadas ó sedentarias.

Como resultado de sus averiguaciones y viajes, propuso en 1867 la comision separar del gobierno de Orenburgo el Turkestan, agregar á éste parte de la provincia siberiana de Semipalatinsk, y con el conjunto formar una provincia mandada por gobernadores generales en un todo independientes de los otros de su clase, y sólo sujetos al mismo emperador.

El nuevo proyecto tuvo un enemigo acérrimo en el gobernador general de Orenburgo, Kryjinowsky; mas á pesar de las justas y fundadas objeciones por él alegadas, y que el tiempo y los sucesos se han encargado de justificar, el plan, no sólo quedó aprobado, sino que en seguida fué puesto en ejecucion. Digamos dos palabras sobre algunas de sus principales disposiciones.

Segun el nuevo arreglo, el gobierno del Turkestan se divide en dos provincias llamadas del Syr-Daria la una, y la otra de Semiretch: las dos se subdividen en distritos presididos por prefectos, á cuya cuenta corre administrar justicia y velar por la rectitud é integridad de todos los que tienen parte en la direccion de los pueblos.

Los kirghiz nómadas, reunidos en *auls* y *volosts*, nombres que significan, el primero reunion de cierto número de familias, y el segundo conjunto de diez *auls*, tienen por jefes á ancianos de los suyos que ellos mismos eligen bajo la presiden-

cia de los prefectos. Este derecho de elegir jefes asiste también á los habitantes de poblaciones estables, en cada una de las cuales, y aún en cada uno de sus barrios, escogen entre todos quienes dirijan á los otros, y á los que se da el nombre de *aksakal*, ó literalmente traducido al español *barba gris*.

La administracion de justicia se halla á cargo de tres clases de tribunales enteramente distintos; unos que deciden las cuestiones que se susciten entre los rusos ó entre éstos y los indígenas; otros que componen, con arreglo á los usos del país, las disidencias de los naturales, y los terceros, finalmente, compuestos exclusivamente de militares, encargados de perseguir á cuantos promuevan rebeliones, asalten los convoyes y correos, y atenten contra los cristianos ó contra los funcionarios de cualquier categoría á que pertenezcan.

Cuando hay que ultimar asuntos municipales de las ciudades y pueblos, ó determinar el total de los impuestos y modo de recaudarlos, se nombran por los indígenas asambleas numerosas, cuyos individuos gozan de plena libertad para emitir y hacer valer su opinion.

Los impuestos consisten en el pago de la décima parte de los productos que de las cosechas resulten, en el 2 por 100 de valor de cualquier género importado, en igual cantidad exigida á los capitales dedicados al comercio, y en cierto tributo que á juicio de los funcionarios rusos debe pagar cada ayuntamiento, á fin de reparar con él las carreteras y los puentes. Las tribus nómadas pagan el equivalente de todos estos impuestos, mediante 2 rublos y 75 kopeks por cada kubitka ó familia.

El plan administrativo propuesto por la comision de la Estepa, y del cual acabamos de hacer mérito, ha estado en vigor desde 1869 hasta nuestros dias en todos los países recientemente conquistados, salvo algunos distritos como los de Kuldja y Sarafshan, cuya administracion ha dependido siempre de la inmediata direccion de los gobernadores generales.

Varias son las modificaciones, á veces no del todo acertadas, que en el primitivo régimen se han ido poco á poco introduciendo. Así, por ejemplo, el diezmo de lo recogido en las cosechas ha sido sustituido por una contribucion sobre inmuebles, repartida entre los pueblos sin sujecion á norma ninguna,

resultando de ello grandes disgustos, tanto por las arbitrariedades de que ha sido motivo, como porque despues dicho impuesto ha ido creciendo de una manera exorbitante. Demas de estas modificaciones, que el mismo gobierno de San Petersburgo ha introducido, podemos asegurar que casi nunca ha sido uniforme la administracion de los distritos áun en los asuntos más capitales, á consecuencia de la gran libertad de accion de que siempre han disfrutado los prefectos, origen muchísimas veces de consecuencias funestas.

De lo dicho no se sigue que hayan dejado de presentarse desde 1871 á la fecha proyectos en sustitucion del que propuso la comision: al contrario; pero todos han sido desechados, cada cual por su causa. El que en 1876 propuso el general Kauffmann no fué bien acogido por los gastos enormes que implicaba y las pocas utilidades que de ellos se reportaban.

IX.

LA HACIENDA EN EL PAÍS CONQUISTADO.

Dediquemos breves palabras siquiera á describir las consecuencias que para la hacienda del imperio y los intereses de los indígenas se han seguido de la administracion por los rusos planteada.

La conquista del Turkestan habrá costado, segun cómputos muy fundados, un millon de rublos, no incluyendo en esta suma los gastos ocasionados por la expedicion contra Khiva y la ocupacion de Kuldja y Khokand. Al hacer de todos los países conquistados una inmensa provincia del imperio, no sólo esperaba el gobierno ruso sacar de ella lo necesario para ocurrir á los desembolsos que al Erario público originasen los empleados civiles y militares del nuevo gobierno, sino que áun creía disminuirían en cierta proporcion las cargas que pesaban sobre los gobiernos de Orenburgo y de la Siberia occidental.

Pero desgraciadamente para Rusia los resultados no han podido ser más contrarios á sus cálculos, pues no sólo no han

bajado los presupuestos de las provincias limítrofes, sino que han ido constantemente en aumento, sobre todo desde que, por exigirlo las numerosas expediciones militares emprendidas, ha sido preciso aumentar el número de tropas en el Asia Central.

No igualando los ingresos de la provincia á los gastos, ántes al contrario, existiendo entre los mismos una inmensa desproporción, las cuentas de los años 1868 á 1872 se han cerrado con déficit siempre creciente, y cuyo total sube en la actualidad á 19.000.000 de rublos, á pesar de no contarse en esta cifra ni los 500.000 que para equipo de ejército adelantó la Rusia Europea, ni los 400.000 pagados como contribución de guerra por el emir de Bukhara, y cuyo destino no expresan los datos oficiales. Mr. Schuyler ha estudiado con gran detención el presupuesto de 1872, y de sus investigaciones resulta que, mientras los ingresos procedentes de la nueva provincia apenas llegan á 1.627.000 rublos, los gastos ascienden á 8.000.000 (1).

De lo expuesto se sigue lo caro que actualmente cuesta y seguirá costando á Rusia el Turkestan, cuya merma de población no ofrece esperanza alguna de aumento en las riquezas del suelo. Es, pues, urgentísimo que Rusia apele á las economías, por más que este pensamiento encuentre infinitas dificultades, nacidas en su mayor parte de la falta de distinción entre las atribuciones de los poderes civiles y militares, de lo cual vamos á presentar algunos ejemplos.

Casi todos los cargos administrativos se hallan en manos de oficiales de ejército que los apetecen y buscan con gran cuidado, tanto por las buenas retribuciones que les son anejas, como por los lucrativos negocios á que se prestan; con esto excusamos decir las intrigas que mediarán en la distribución de los cargos públicos. Demas de esto, estando los funcionarios exentos de toda vigilancia, ocúpense tan sólo de medrar y obtener puestos mejores en que hacer rápidamente fortuna,

(1) El rublo de plata equivale á 4 francos, mas los cómputos están hechos teniendo por unidad el rublo en papel, del cual hay que descontar, para hacerlo líquido, la octava parte de su valor.

sin tener para nada en cuenta los intereses del país, cuyo gobierno se les ha confiado. Sobre todo los militares no piensan más que en organizar con leves pretextos nuevas expediciones en que recibir ascensos y recompensas, tanto honoríficas como pecuniarias.

Pudiéramos señalar otros muchos vicios introducidos en la organización del ejército y modo de reclutar los oficiales; mas basta sólo consignar el hecho, si no nos hemos de apartar de nuestro intento.

X.

LOS FUNCIONARIOS RUSOS.

Tanto se ha dicho y tan estupendas cosas se han publicado, aún en el mismo San Petersburgo, sobre la administración del Turkestan, que al volver de la corte á Tashken el general Kauffmann en 1875, decidió nombrar una comisión compuesta de personas de reconocida virtud é integridad, que, estudiada á fondo la cuestión, propusiese los medios de cortar los abusos. A pesar de la prohibición que los comisionados tenían de dirigirse para nada á los indígenas, con lo que se han dejado de saber los principales manejos y más curiosos detalles, los resultados han sido sumamente instructivos, sabiéndose efectivamente por ellos haberse gastado cantidades enormes sin género ninguno de autorización en objetos algo más que inútiles, y haberse en no pocos puntos aumentado los impuestos sin más ley que la arbitrariedad.

Veamos si no por vía de ejemplo dos ó tres hechos en que á las claras se ven el modo de portarse los funcionarios rusos y la indulgencia con que los juzgan los jefes superiores.

Durante la permanencia en Tashkent de Mr. Schuyler, acusaron al prefecto del distrito de Karama, pueblo no distante y de los más ricos de la provincia, de haber impuesto por vías ilegales varias contribuciones que le produjeron 90.000 rublos, empleados, juntamente con otras muchas cantidades á otros objetos destinadas, en mantener casa con un lujo mil ve-

ces superior al que su modesta posición le permitía. A este mismo prefecto se le imputaban otros muchos crímenes, entre ellos el de prohibir, bajo severísimas penas, que ninguno pasase el Syr-Daria más que por ciertos puntos habitados por cómplices suyos, á fin de proporcionarles á éstos ocasión de exigir á los miserables, que demandaban travesía, cantidades subidas. Pues bien, para juzgar á este prefecto abrióse una información; mas visto por el gobernador que el negocio era interminable y que de todas partes llovían reclamaciones, intervino en la cuestión, vendió la propiedad del prefecto y le nombró para igual cargo en otro punto mejor, diciendo que el tal era un funcionario muy útil y capaz.

A un oficial del ejército, llamado Eman, entregaron en cierta ocasión una gran cantidad para que la presentase al gobierno: hizo de ella lo que tuvo por conveniente, y cuando los jefes superiores se la exigieron, declaró no poderla devolver por haber sido víctima de un secuestro llevado á cabo por los kirghiz. Comunicóse una cita á los jefes de los kirghiz más próximos, algunos de los cuales, después de un largo interrogatorio, confesaron ser autores del delito, si bien entonces no disponían de un céntimo de lo robado. Poco después quitóse la vida Eman, dejando un documento en que aseguraba haber él derrochado el capital en cuestión, y ser inocentes los kirghiz procesados. Los indígenas inocentes fueron puestos en libertad, y como á todos extrañase la confesión de un delito por ellos no cometido, averiguóse el por qué de caso tan raro, y se supo que uno de los oficiales encargados de actuar en la causa había obtenido la referida confesión *acudiendo á la tortura*. Proceder tan inicuo fué sólo castigado trasladando al culpable á otra provincia.

Digamos el tercero y último ejemplo. Al verificarse la expedición contra Khiva necesitó el general Kauffmann 14.000 camellos, que luego aportaron los kirghiz, exigiendo únicamente de los rusos la indemnización de 50 rublos por cada camello que pereciera en la expedición. Pues bien, hé aquí que, como dijimos, perecieron todos los camellos, y pesaba sobre el gobierno del Czar la obligación de pagar á sus dueños 700.000 rublos. ¿Pagóse esta deuda sagrada? Haciendo del celoso un

prefecto, se anticipó á comunicar á sus súbditos, imitándole en ello los otros prefectos, que sería muy probable no pudiera el gobierno pagar la deuda contraída, y que, por consiguiente, darían una prueba de afecto al gobierno imperial, en este caso la mejor, declarando haber sido voluntad de los dueños entregar los camellos gratuitamente y no esperar, por lo tanto, gratificación de ninguna especie. Nadie dejó de seguir el consejo de los prefectos, por más que todos los kirghiz fuesen de parecer, y con ellos todos los hombres sensatos, que los indígenas habían sido víctimas de ruines manejos.

Es indecible el universal descontento que en el Asia Central han producido los grandísimos abusos cometidos por los funcionarios del imperio. Todos habían esperado al cambiar de dominacion entrar en una nueva era de tranquilidad y de paz, de seguridad para la propiedad, y de respeto para la vida. Las primeras disposiciones tomadas por los conquistadores así lo hacían además esperar, pues algunas de ellas, las más, fueron acertadísimas; pero sustituidos los primitivos empleados por otros nuevos, que sólo se ocupan de sus medros personales, aquellas disposiciones han sido arrumbadas, cuando no plenamente contrariadas.

La ley, por ejemplo, que permitía á los habitantes de las ciudades y pueblos nombrar asambleas que despachasen los asuntos municipales, ley sábia y atinada que permitía á los indígenas defender sus intereses y conservar sus costumbres, en el dia es una farsa incalificable; pues además de que siempre logran los rusos se formen dichas asambleas por los que les son más adictos y aficionados, sus atribuciones han sido reducidas á la aprobacion de decretos redactados en lengua desconocida para la mayor parte de los miembros de tales corporaciones, que si vienen en conocimiento del contenido de los decretos es por referencia de intérpretes más ó menos veraces.

Otra de las cosas que más irrita á los indígenas es la facilidad con que los prefectos cambian ó modifican segun su voluntad y á cada instante los reglamentos á que deben los pueblos atenerse, llegando á tal punto la disposicion de los ánimos por causa de esta arbitrariedad, que más odiados son actualmente los rusos, que no lo fueron antiguamente los beyes ó kanes, á

pesar de su conducta despótica y arbitraria; pues éstos, al ménos, se hallaban unidos á sus súbditos por lazos comunes de raza y religion, y cuando se conducían tiránicamente, nunca pasaban de ciertos límites.

En el párrafo IX hemos demostrado lo perjudicial que, bajo el punto de vista financiero, ha sido para Rusia la conquista del Turkestan: en éste que ya terminamos queda expuesta la otra pregunta que nos hicimos, pues de él claramente resulta haber el Turkestan empeorado de situacion en todo, en especial en los impuestos.

XI.

CONCLUSION.

Despues de haber expuesto con la claridad y sinceridad posibles las condiciones políticas y económicas actuales de los países del Asia Central, Mr. Schuyler termina sus estudios presentando deducciones que en muchos casos nos parecen harto justas, aunque no por esto ocultaremos que las vivas simpatías del autor hácia los rusos le han impedido hacer de algunas la severa apreciacion que sin duda alguna merecen.

Las sucesivas conquistas de la Rusia en el Turkestan no son, como frecuentemente se ha dicho, consecuencia de un plan previamente definido en San Petersburgo y escrupulosamente llevado despues á cabo por los agentes diplomáticos. Mr. Schuyler las atribuye á causas tan variadas como complejas, que unas veces se han impuesto naturalmente, y otras tuvieron origen en circunstancias particulares; de modo que en definitiva, las influencias personales que han predominado en momentos dados en las determinaciones del imperio y la iniciativa de generales ávidos de operaciones y demasiado independientes en razon de las distancias en que se ejercía su accion, han jugado gran papel en la historia de las anexiones que han ocupado nuestra atencion. Muy probable es que la fatalidad empuje á la Rusia á proseguir el camino emprendido, haciendo efectiva su amenaza sobre los territorios de Merve,

Bukhara, Kashgar y Balk, porque sólo despues de estas nuevas conquistas será cuando el imperio ruso habrá llegado á las que Mr. Schuyler llama sus verdaderas fronteras etnológicas y geográficas.

En efecto, de este modo quedarían sujetas á su dominacion todas las poblaciones musulmanas del Asia Central, y llegando á encontrarse en presencia del Inducuk y teniendo la China al Este y la Persia y Afghanistan al Sur, no habría más que entenderse con Inglaterra para fijar los límites de este último país.

Cuestion tan delicada como la que acabamos de indicar, está sobre el tapete desde 1869, habiendo sido objeto de largas conferencias entre los representantes de Inglaterra y Rusia, lord Clarendon y el baron de Brunnow, Mr. Forsyth, representante del gobierno de las Indias, y el príncipe Gortschakoff. Lord Granville propuso tambien á Rusia un proyecto de límites, y aún hubiera podido esperarse que alguna determinacion pacífica llegue en Asia á conciliar los intereses respectivos de estos dos poderosos imperios, si la última guerra turco-rusa y sobre todo los incidentes diplomáticos que la han acompañado ó seguido no hubiesen venido á reavivar las mutuas desconfias.

Inglaterra parece dispuesta á oponerse aún con toda su fuerza, si fuere menester, á la mision histórica que la Rusia se atribuye, creyéndose destinada á suprimir el imperio turco y á reemplazarlo en el Mediterráneo.

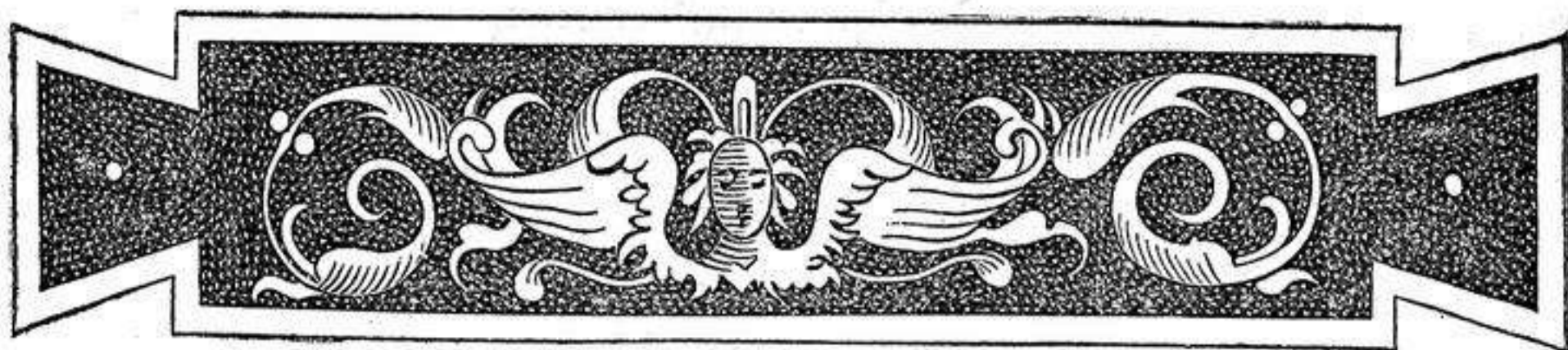
Rusia, por su parte, fijando en este punto precisamente sus miras pretende llamar á otra parte las fuerzas de su adversario, inquietándolo y aún quizas atacándolo en la India. Tal es, en efecto, el grito universal de Rusia hace algunos meses. Los hombres de gobierno comprendieron, sin duda, que aún no estaban preparados para emprender aventura tan atrevida; pero justamente por esto mismo es porque no piensan desde entónces más que en prepararse para lo venidero, aproximándose más y más á la India. Sábese, en efecto, que recientemente han enviado á Kabul, capital del Afghanistan, una embajada que ha sido muy bien recibida, mientras que sus tropas preparan una expedicion, cuyo único objetivo, segun parece,

es Merve ó Balk. La desdeñosa despedida hecha á la embajada inglesa por los oficiales del Afghanistan en presencia de dos indios feudatarios de Inglaterra, es un grave atentado contra su prestigio, y quizas haya que ver en él el preludio de nuevas tentativas de la Rusia en contra del Afghanistan.

Amenazada tambien Inglaterra en su gran imperio asiático é inspeccionada tan de cerca, no podrá por más tiempo enviar á Chipre sus regimientos indianos, siendo entónces posible que los rusos vean libremente abierto el paso de los Dardanelos y del Bósforo. Si estas sospechas no son verdaderas, al ménos pueden tenerse como esperanzas por ellos abrigadas, creyendo nosotros que la actitud de Europa no es suficiente para destruirlas.

M. JUNG.





PULVIS ES.

INTRODUCCION.

AL EGREGIO POETA CASTELLANO

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Los poetas no tenemos
Más que versos por caudal,
Y con ellos, bien ó mal,
Pagamos lo que debemos.

Contigo la deuda mia
Es una amistad sincera,
Cuya inclinacion primera
Engendró la poesía.

Leía yo allende el mar
Las que famoso te han hecho,
Y la amistad en mi pecho
Por tí empezó á germinar.

De ambos en el corazon
Hoy y desde ántes de vernos,
La atan los nudos eternos
De la mútua estimacion:

Y de esta amistad por gaje
Mi—« Pulvis es »—te dedico;
No es el obsequio muy rico,
Pero es cásí un homenaje.

De América al regresar
 Me saliste á recibir...
 Y ¿qué más se han de decir
 Dos castellanos, Gaspar?

I.

Dios dijo á Adan: «hecho estás
 »De barro: tu sér no encierra
 »Más que polvo de la tierra,
 »Y á ser polvo tornarás.»
 Murió Adan, y su mujer,
 Y sus hijos, y cumplieron
 La ley de Dios, y volvieron
 Á la tierra polvo á ser.

II.

Pero la raza extraviada
 Del hombre, á Dios insumiso,
 Volver al polvo no quiso,
 Ni reconocer su nada;
 Y encontró arcillas y grutas
 Donde, á propósito puestos,
 Se conservaran sus restos,
 Momias tornándose enjutas.
 Y alzó egipcios mausoleos,
 Y romanos columbarios,
 Y judáicos calvarios;
 Y aún se tiene en pié de Céos
 La pirámide titánica,
 Que á nuestras generaciones
 Prueba la audacia tiránica
 Y la vanidad satánica
 De los viejos Faraones.

III.

Dios dijo al hombre:—«estás hecho
 De polvo y á él volverás,»—
 Mas no lo quiso jamás

Para su mortuorio lecho.

Rebelde á la ley de Dios
Y con su madre hijo ingrato,
Anheló el hombre insensato
Ser más fuerte que los dos;

Y al polvo en vez de tornar
De que le sacó el Dios Bueno,
Y de ir el materno seno
De la tierra á fecundar,

Se quedó sobre la tierra,
Gozar queriendo más vida
Que la por Dios concedida
Al polvo en que su alma encierra.

En necrópolos inmensos
Sus restos depositando,
Su carne momificando
Con hierbas, gomas é inciensos;

Metiendo en fragantes cajas
Sus momias, tan bien sujetas
Con las largas bandeletas
Que las sirven de mortajas,

Y envolviendo su esqueleto
Y su carne así amarrada
En la envoltura sagrada
Del religioso respeto,

Fundó con ellos ciudades
De muertos y catacumbas;
Pensando en paz en sus tumbas
Gozar por luengas edades

Otra existencia añadida
A la de Dios: tal demencia
Produjo la gran pendencia
De la muerte con la vida.

El respeto religioso
Hizo no ver al creyente
De la no enterrada gente
El influjo pernicioso;

Mas sus miasmas nocivos
Declaró sobre la tierra
La ciencia; y de aquí la guerra
Con los muertos de los vivos.

¿Y en qué paró? En que el ambiente
 Corrompió su podredumbre;
 Y al crecer en muchedumbre
 Y hallar su póstera gente.

Aquellos miles de muertos
 Sobre la tierra instalados
 Y contra Dios rebelados,
 De sus sepulcros abiertos

Los arrancó cual manojos
 De podridas espadañas,
 Y arrojó á las alimañas
 Y á los cuervos sus despojos.

Hoy nuestra generacion
 Entre ruinas encontrándolos,
 Hace de ellos numerándolos,
 Científica exposicion:

Y su momia secular,
 De la ciencia por trofeo,
 A la puerta de un museo
 Hace al vulgo contemplar;
 Y acaso del rey aquel
 De quien su edad tuvo miedo,
 De un villano mancha el dedo
 La apergaminada piel:

Y mal puesto en equilibrio
 Al vacilar contra el muro,
 Su cadáver inseguro
 Sirve al vulgo de ludibrio.

Justo castigo á mi ver
 Del que á la tierra se aferra
 Y, hecho de polvo, á la tierra
 No quiere polvo volver.

IV.

Hundió á la pagana edad
 El tiempo en la eternidad:
 Alumbró al mundo la luz
 De la fe y de la verdad:
 Redimió á la humanidad
 Muriendo Cristo en la Cruz.

Y ¿cuál es su religion?
 ¿Cuál fué su predicacion?
 ¿Qué manda su santa ley?
 La humildad, la humillacion
 En el polvo: obligacion
 Del pordiosero y del rey.

Y ¿qué hacemos los cristianos
 De nuestros restos humanos
 Con el polvo terrenal?...
 Más que hicieron los paganos;
 Profanar con él insanos
 El claustro y la catedral.

A sombra del legítimo respeto
 De que á los muertos nuestra fe rodea,
 Yace al pié de un altar un esqueleto
 Que albergó un alma de homicidios rea.
 Abad batallador ó rey repleto
 De venganza y de sangre, allí bravea
 La ley de Dios, que le conmina airada
 Gritando: ¡Sal de mi mansion sagrada!
 Mas ví y hallé de entrambos hemisferios
 Las cien maravillosas catedrales,
 Los cien mil opulentos monasterios
 De la fe monumentos colosales,
 Convertidos en grandes cementerios,
 En cuyas áureas urnas sepulcrales
 Se puso á amparo de la Cruz cristiana
 Del polvo vil la vanidad mundana.

Y allí, á traicion introducido, espera
 Burlar la ley de Dios, no ir á la nada,
 Y al polvo no volver, masa primera
 De que por Dios su carne fué amasada;
 Créé allí que por la gente venidera
 Será siempre su carne respetada,
 Y que va en su ataud jamás abierto
 En la tierra á vivir después de muerto.

¡Vanidad, ilusion, orgullo insano
 Del que feliz y grande fué en el mundo,
 Y créé robar á Dios su polvo humano!

Desde el sol hasta el antro más profundo
 Nada se esconde á Dios; cobija en vano
 Entre oro y mármol su esqueleto inmundo:
 Aunque bajo oro y mármol le sepulte,
 No hay piedra ni metal que á Dios le oculte.

Aquellas coronadas esculturas
 Sobre sus regios túmulos tendidas,
 Aquellas siempre inmóviles figuras
 De hábitos y de mantos revestidas,
 De graves y sombrías cataduras,
 De hinojos ó de pié, mas siempre erguidas,
 Cuyo nombre en sus áureos cenotafios
 Se revela en pomposos epitafios.

¿Qué son? ¿qué hacen allí?—Símbolos vanos,
 Vanas esfinges que sus cuerpos guardan
 De Dios contra los fallos soberanos.
 Mas aunque santas lamparillas ardan
 Delante de sus bustos, los arcanos
 De los juicios de Dios, no porque tardan
 No se cumplen; al fin la raza viva
 La luz apaga y el panteon derriba.

Una invasion salvaje, una marea
 Social el mundo de repente agita,
 Y cae la torre, el templo se cuarteja,
 Se demuele el panteon, se hunde la ermita.
 Pero la fe, la religion, la idea
 Tienen, germen de Dios, vida infinita;
 La idea, que los mármoles derrumba,
 Vuelve á la tierra el polvo de la tumba.

V.

¡Eres polvo, y nada más,
 Hombre vano! En vano en pos
 Vas de más vida; va Dios
 De tu ánsia vital detras.

Vuélvete, polvo, á la tierra
 Que es tu madre y te dió el sér,
 Y es quien vivir ha de hacer
 El polvo que á tu alma encierra.

Tú, que eres polvo no más,

Y que á tu Dios revelado
Á ser polvo no has tornado,
Fuera de tu sér estás.

Ese panteon donde quieres
Prolongar tu térrea vida,
Es donde tu muerte anida:
En él es en donde mueres.

Ese brillante gusano
Que del césped en la alfombra
Brilla en el campo en la sombra
De las noches de verano:

Esa vaga mariposa
Que se columpia en Abril
En un pétalo sutil
Ó en el boton de una rosa:

Esa hierba nutritiva
Que alimenta los rebaños
Brotando todos los años
De la tierra siempre viva:

Esos bosques rumorosos,
Cuyos frutos alimentan
Cuántas alimañas cuentan
Desde el musgaño á los osos:

Toda esa vegetacion
Que viste á la madre tierra,
Nacen del gérmen que encierra
Lo que tú das al panteon.

Eso es el polvo en que duermen
Nuestros despojos mortales;
Esos los jugos vitales
De que nuestro polvo es gérmen.

Vuélvete, polvo, á la tierra
Que es tu madre y te dió el sér,
Y es quien vivir puede hacer
El polvo que á tu alma encierra.

No le entierres en panteones,
No le labres mausoleos:
Hoy ya en su tumba de Ceos
No está el de los Faraones.

VI.

Yo sé que al orgullo humano
 Tal vez ofende y le enfosca
 El zumbido de una mosca
 Y el roer de algun gusano:

Más ¿por qué no he de decir
 Á mi raza y sociedad,
 Yo, gusano, una verdad?
 ¿Por qué no me la han de oír?

Yo que, poeta cristiano,
 Me quiero en tierra enterrar,
 Con mi polvo para dar
 Sér á la flor y al gusano,

Tengo antojo al siglo mio
 Un progreso de pedir,
 Por ver si logro morir
 Y enterrarme á mi albedrío.

Nuestra edad, aunque revuelta,
 Camina con firme planta
 Hácia la luz, y adelanta,
 Aunque con trabas, resuelta.

Extraña es nuestra centuria,
 Sima de contradicciones
 Y volcan de aspiraciones;
 Raza de locos sin furia,

Sin fe, sin miedo y sin ira,
 Que osa á todo, á todo atenta,
 Que todo endiosarlo intenta
 Y contra todo conspira

Es nuestra raza; y da espanto
 Ver cuán atrevida avanza,
 De todo con esperanza,
 Osando atreverse á tanto.

Y aún causa espanto mayor
 Verla cómo, sin fé en nada,
 Empeña en cualquier niñada
 Su juicio razonador;

Y en árdua cuestion social,

Con apático desden,
Ni se afana por el bien,
Ni se asusta por el mal.

Raza en verdad rica en ciencia
Y en positivo progreso,
De buena fé y con gran seso,
Obra loca y sin conciencia.

Sí, extraña generacion
Actual de mi madre España,
Tal es hoy tu vida extraña
Y tal hoy tu condicion.

De prosa y de poesía
Heterogéneo amasijo,
Tu razon sin rumbo fijo
Sigues, ó tu fantasía.

De activa fé y hondas dudas
En el afan que te acosa,
Ya impía, ya piadosa
Con una y otras te escudas:

É inquieta como la mar,
Flotante como las nubes,
Como ellas bajas y subes
Y fluctúas sin cesar.

Hoy con costumbres perversas
Y desnudez nunca vista,
Blasonas de moralista
Y lo moral tergiversas;

Pues la moral arrollando,
Vas á duelos y á placeres,
Desnudas á tus mujeres
Por donde quiera llevando.

Así por extraño modo
Predicas y no profesas
Los dogmas con que progresas
Sin duda, á pesar de todo;

Y con tu conducta avienes
Tan mal tu filosofía,
Que eres pobre y cada dia
Gastas más de lo que tienes.

Con avidez sin ejemplo,

De oro en la sed que te acosa,
 Vas fanática ó viciosa
 Lo mismo al circo que al templo:
 Y hallas lo mismo motivos
 Para derrochar millones
 En las peregrinaciones
 Que en toros y cuadros vivos.
 Engreida filosofas
 Con tus mil grandes inventos,
 Y de esos mil elementos
 De felicidad te mofas:
 Y siendo en verdad más sabia
 Que las pasadas edades,
 Parece que las verdades
 Vas descubriendo con rabia;
 O con error nunca visto
 Que de fraudes y ambiciones
 ¡Tal vez negándole! pones
 Por encubridor á Cristo.

Y oyendo tal no te ofendas
 Ni contra mí te alborotes,
 Porque tus faltas y dotes
 Juzga un autor de leyendas,
 Generacion actual mia:
 Pues yo que así te las digo
 Con admiracion te sigo
 Por tu saber y osadía.
 Aunque de sosiego en pos,
 Viejo, en mi hogar me he sumido
 Á vivir en el olvido
 Y á morir en paz con Dios,
 De cuando en cuando me asomo
 A ver la faz de mi tierra,
 Y el bien y el mal que en sí encierra
 Miro y en cuenta les tomo:
 Y al borde ya de mi huesa
 Me afano ¡oh España mia!
 Por saber si por la vía
 Vas del tiempo que progresa.
 Y sí que vas: aún te agitas

Contra el viento y las mareas,
Mas sondas y brujuleas
Y los escollos evitas:

Porque aún eres hoy, España,
Como un volcan que fermenta,
Y en tanto que no revienta
Hace temblar la montaña;

Mas piensa que, al estallar,
No es fuego devastador,
Sinó luz de almo esplendor
Lo que de ti ha de brotar.

Labra, escombra desde luégo
Cuanto terreno ganado
Llaves; pero con cuidado,
No labres á hierro y fuego.

Yo tras ti por tu camino
Iré por despacio que ande,
Pues por verte otra vez grande
Me hiciera hasta peregrino.

Te dije noches atras,
En salon de aquí no léjos,
Que yo era uno de esos viejos
Que no envejecen jamás.

—

Me descarrié por seguir
El porvenir de tu gloria;
Mas me vuelve á la memoria
Lo que ántes te iba á pedir.

VII.

Siglo que á todo te atreves
Y que, del progreso en alas,
Cuanto hay secreto propalas
En la tierra que remueves;

Que alzas al saber palacios,
Y á un vapor tal fuerza imprimes
Que ante su vuelo suprimes
El del tiempo y los espacios;

Que el aire y la luz dominas
Y esclava de tus inventos

Con una chispa en momentos
Una ciudad iluminas;

Que has logrado hacer pasar
La palabra en un minuto
A través del monte bruto
Y las tormentas del mar;

Que á tu saber los secretos
De la creacion humillas,
Y haces de sus maravillas
Los más vulgares objetos;

Y encierras la luz en cajas,
Y el rayo atas con alambres,
Y haces paños con estambres
De acero, cristal y pajas;

Siglo que á todo te atreves,
Y que, del progreso en alas,
Dices que todo lo igualas
Porque todo lo remueves,

La ley de Dios por ley toma:
Toma de Dios el nivel,
Y el orgullo humano doma
Nivelándole por él.

De sus efluvios nocivos,
Letales, libra á la tierra:
Pon fin á la larga guerra
Con los muertos de los vivos.

Y pues á estudios tan serios
Te aplicas en tus escuelas
Por ver si el mundo nivelas,
Nivela los cementerios.

Del orgullo los caprichos
Doma, ¡oh siglo! y que progresas
Prueba, dando al polvo huesas
No mausoleos y nichos.

Dios dijo á Adam:—«Hecho estás
»De polvo, y has de volver
»A la tierra polvo á ser.»
¿Y quién ante Dios es más?

Los que al hombre esclavizais
De la libertad en nombre,

Los que los fueros del hombre
 En nombre de Dios hollais,
 Idolos de la ambicion,
 Del orgullo y del dinero,
 En el siglo venidero
 Sereis polvo sin panteon.

Autócratas y sultanes,
 Tiranos ayer temidos,
 Mañana estareis tendidos
 Al nivel de los patanes.

¡Polvo, polvo! nadie es más;
 A quien se alza y se revela,
 Tiende la muerte, y nivela
 Su polvo al de los demas.

Ley es del Dios Infinito:
 El polvo que al alma encierra
 No guardan sobre la tierra
 Los mármoles ni el granito.

Por más duro que le sea,
 Por más que tal fin le asombre,
 Sobre la tierra del hombre
 No queda más que la idea.

VII.

GASPAR, los que pretendemos
 Difundir la idea en tomos,
 ¿Qué valemos y qué somos?
 ¿Cuánto en ellos viviremos?

Yo, que viví de extraer
 De mi polvo corporal
 La idea, lo espiritual
 Que puso Dios en mi sér,

Este papel en que he escrito
 Mi idea de orgullo rea,
 El papel que por la idea
 Es más fuerte que el granito.

¿Qué vivirá?—Un dia ó dos:
 Mas aunque alcance á vivir
 Dos siglos, ha de morir
 Como yo por ley de Dios.

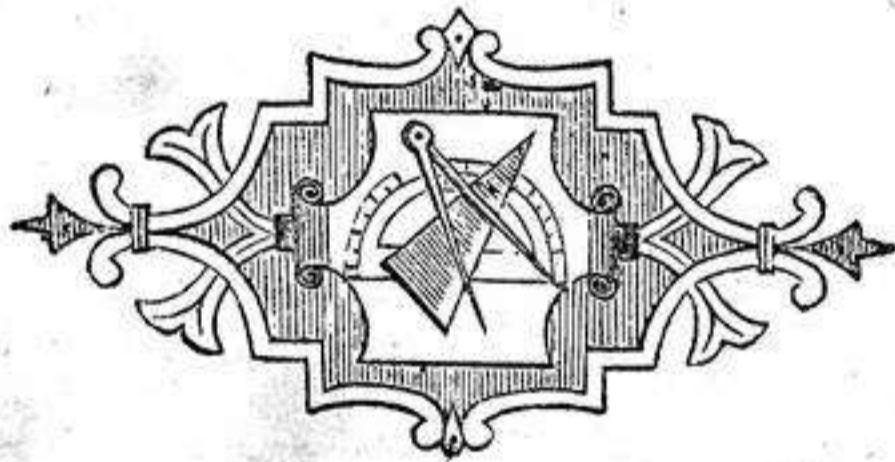
GASPAR, si me sobrevives,
No permitas que me entierren
En un nicho y que me encierren;
De ser tierra no me prives.

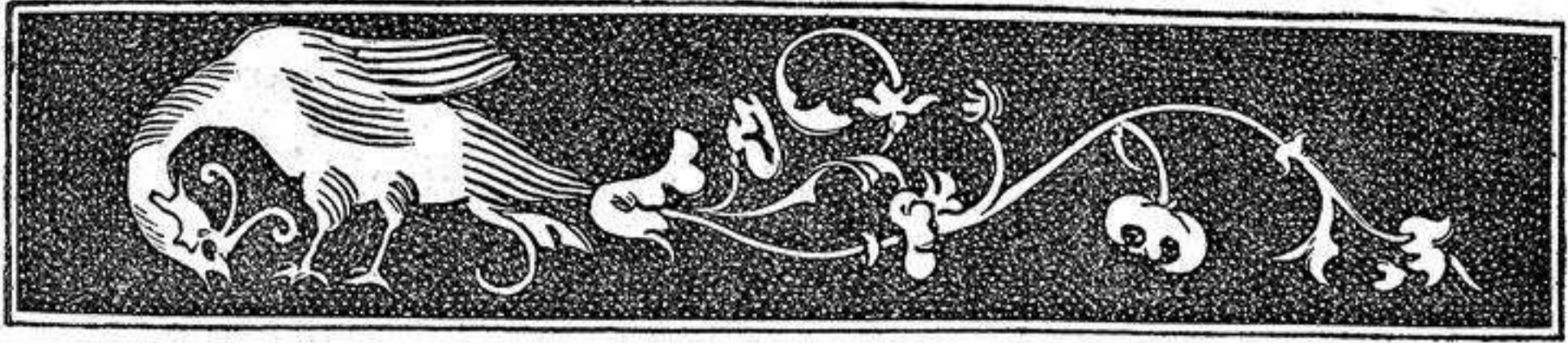
Yo soy poeta cristiano,
Me quiero en tierra enterrar
Con mi polvo para dar
Sér á la flor y al gusano.

Jamás á la ley comun
En rebelarme pensé;
Dios lo dijo, y bien lo sé:
Pues hombre soy, PULVIS SUM.

JOSÉ ZORRILLA.

(2 de Noviembre de 1878.)





BOCETOS LITERARIOS.

D. RAMON DE MESONERO ROMANOS.

I.

BARAS veces forman los hombres claro concepto de lo que es un escritor satírico. Por punto general se lo representan bajo una de dos formas: ó como una especie de sarcástico demonio, lleno de bÍlis y de amargura, de genio atrabiliario, condicion aviesa é intencion atravesada, semejante en un todo al Mefistófeles de Goethe; ó como un payaso burlon y grotesco, cuya perpetua y estruendosa risa entrega á la mofa de las gentes todo lo más serio y no ve en el mundo otra cosa que un inacabable carnaval. Ó bufon ó demonio: esto es siempre el escritor satírico para la mayoría de las gentes.

Y, sin embargo, entre estos puntos extremos de la sátira hay una serie numerosa de términos medios. Entre la sátira amarga y sombría de Enrique Heine, lord Byron y Larra, y la regocijada mofa de cualquier zarzuelero frances, existen multitud de grados diversos. Nada de comun tiene la profunda cuanto amena burla de Quevedo con la irónica ligereza de Luciano, ni la austeridad de Juvenal con la intencion maligna de Voltaire. En nada se parecen el donaire de Cervántes y

el grosero gracejo de Rabelais, ni la finura del Ariosto y el desenfado del Bocaccio; y fuera vano empeño establecer paralelos entre Plauto y Aristófanes, entre Moratin y Molière, ó entre Larra y Mesonero Romanos.

La negacion subjetiva de la realidad, á que se llama sátira, puede tener tantas formas como caractéres existen en los hombres. El mal, el vicio, la ridiculez engendran indignacion en los unos, amargura y tristeza en los otros, burla regocijada en aquellos. Un mismo espectáculo subleva á Juvenal, desespera á Larra, hace sonreir á Luciano y obliga á Rabelais á desternillarse de risa. Todas estas formas de la sátira son igualmente legítimas y provechosas. La sonrisa benévola no es ménos útil ni agradable que la convulsiva carcajada. La variedad de tonos de la sátira contribuye al mejor efecto del género, pues una serie de satíricos austeros, lacrimosos, desesperados ó bufones sería monótona é insoportable, al paso que el conjunto de todas estas especialidades constituye la más grata de las armonías.

Entre nosotros la sátira amarga é intencionada no ha tenido más representantes que Quevedo y Larra. Cervántes nada tiene de eso. Su burla es tranquila y no revela desesperacion alguna. Un fondo de benevolencia, que se observa en medio de sus más intencionados donaires, muestra que Cervántes ántes se regocijaba que se enfurecía en presencia de las ridiculeces humanas. Ni siquiera lograron encolerizarle los libros caballerescos, pues en el momento mismo de condenarlos todavía tuvo para algunos frases de benevolencia y aún sinceros elogios.

Nuestro carácter nacional es poco á propósito para la sátira desesperada y amarga. A pesar de nuestra fama de hombres graves, somos uno de los pueblos de mejor humor de la tierra. La melancolía alemana y el *spleen* inglés son cosas inusitadas entre nosotros. Ahora van entrando, acompañadas de cierta dosis de pesimismo, gracias á la moda, á la influencia de los tiempos, y en parte, á lo malísimamente que marchan los públicos negocios. Pero en el fondo, este pesimismo tiene más de aparente que de real. Un dia de sol claro, la vista de una buena moza ó un buen volapié de Frascuelo suelen bas-

tar para desarrugar el ceño del español más desesperado y pesimista. Y no lo decimos por nosotros, que en materia de mal humor y peor genio, damos quince y falta al más pintado, según aseguran las gentes.

Pero la verdad es que en España raros son los satíricos desesperados. El mismo Quevedo no lo era y solamente Larra ofreció este carácter. La sátira española es, por lo general, poco transcendental y profunda. El chiste espontáneo, el dardo epigramático, la pintura festiva de tipos y costumbres, la broma ligera ó picaresca, el equívoco libre son casi siempre sus elementos constitutivos. La literatura, las costumbres, la política son los objetos en que habitualmente se inspira.

En tal sentido, no es Larra el más genuino representante (siquiera sea el más ilustre) de la sátira española en nuestros días. Había en él algo de extranjero, como un eco lejano del íntimo pesar que torturó á Heine, Byron y Leopardi. Su amarga y desoladora filosofía no expresaba por completo el carácter nacional, que tiene poco de tétrico, acaso porque no tiene mucha afición á lo personal y subjetivo.

Larra tuvo un sucesor (no un heredero) en *El Curioso Parlante*. Nuestros lectores de hoy, en su mayor parte, acaso no recordarán la época en que era popular este nombre, y muchos ni siquiera conocerán al que lo llevó.

Apareció él Curioso Parlante en tiempos muy favorables para el género satírico, como lo son todos aquellos en que una sociedad se transforma. España, apénas repuesta de la bárbara dominación absolutista, comenzaba á despertarse á la vida de la libertad, ó lo que es igual, á la vida de la civilización. Ideales, instituciones, costumbres, todo cambiaba. A la sociedad petrificada del antiguo régimen sucedía la sociedad libre y progresiva del siglo XIX; el romanticismo batía en brecha al clasicismo enteco y apergaminado de la época moratiniana; costumbres nuevas sustituían á los rancios usos, y en las modas, en la vida social y en la privada se verificaban radicales transformaciones. El contraste entre lo viejo y lo nuevo había de dar lugar á numerosas manifestaciones de lo cómico; en breve plazo lo que ayer era grandioso se tornaba en ridículo y viceversa; y en aquel trastorno general el escritor satírico hallaba

amplio asunto para ejercitar sus facultades. Larra y el Curioso Parlante contemplaron aquella sociedad y el resultado de su contemplacion fué en el uno la carcajada sombría del pesimista escéptico; en el otro la alegre risa del observador á la vez benévolo y burlesco.

Ambos miraron la sociedad desde puntos de vista muy diferentes. Fijóse el uno en lo grande y el otro en lo pequeño, sintiendo dolor el primero y risa el segundo. Larra se apoderó del escalpelo, lo hundió en las entrañas de la sociedad que analizaba, y la podredumbre y la sangre que de la llaga brotaron cayeron sobre el diestro cirujano y le sumieron en profunda amargura. Más ligero y ménos atrevido el Curioso Parlante, limitóse á la superficie de las cosas, y sólo consiguió hacer á la sociedad suaves cosquillas que excitaban su risa y regocijaban á la retozona mano que las hacía. Por eso fué Larra el satírico favorito de los pensadores serios y de los corazones amargados por la duda y la desgracia; y el Curioso Parlante disfrutó las simpatías de las gentes de humor alegre que quieren conocer los vicios pequeños para reirse y solazarse, pero gustan poco de profundizar las llagas sociales. Para decirlo de una vez, Larra fué satírico y el Curioso Parlante observador ameno y festivo.

No por eso es su sátira ilegítima ni despreciable. Lo pequeño existe en el mundo al lado de lo grande, y no deja de tener importancia. Muchas veces, en la vida privada y aún en la pública, la ridiculez causa males gravísimos que la hacen acreedora al látigo satírico. En España misma podríamos citar un partido político que ha debido su ruina solamente á sus ridiculeces y tonterías. No es, pues, tan baladí el mal ó el error que en pequeñas proporciones se presenta, ni deja de ser provechosa la ligera sátira que lo flagela.

II.

Però ¿quién era el Curioso Parlante? Llamábase D. Ramon de Mesonero Romanos, y era por entónces un hombre de bondadosa, placentera y un tanto burlesca fisonomía, caracterizada por unas gafas que ocultaban vivos y risueños ojos, y

por una boca eternamente contraída por la sonrisa, que recordaba hasta cierto punto la sarcástica boca de Voltaire. Unid á esto un cuerpo menudo y rechoncho, y tendreis la *vera effigies* del Curioso Parlante.

Por los años de 1832 comenzó el nuevo satírico su campaña. *Las Cartas españolas*, la *Revista Española* y el *Semanario Pintoresco*, fueron el teatro de sus triunfos. Allí pintó con fidelidad pasmosa y singular donaire las costumbres del pueblo madrileño, objeto preferente de sus estudios; allí retrató á esa clase media, á esa *bourgeoisie*, que con sus aspiraciones aristocráticas y sus resabios plebeyos, tanto ha dado y dará que hacer á la musa satírica; allí criticó, con intencion pero sin cólera, los vicios pequeños y las pequeñas ridiculeces; allí, sin propósito satírico muchas veces, trazó animados y gráficos cuadros de costumbres, en que abundaban chistosos episodios y tipos perfectamente trazados, y que no han sido superados todavía por ninguno de sus imitadores.

Los escritos del Curioso Parlante muestran en él dos cosas: un escritor notable y un hombre de bien. Hay en ellos algo de la sencillez y de la *bonhomie* del *buen Lafontaine*, como dicen los franceses; pero sazónada con el fino donaire propio de los españoles. Conservándose constantemente en el límite que separa lo cómico de lo bufo, lo satírico de lo virulento, lo intencionado de lo malévolo, lo picante de lo licencioso, el Curioso Parlante no falta nunca á la caridad para con el prójimo, al buen gusto ni á la educacion. Su sátira, acaso demasiado benévola y suave, nunca ofende, por más que á veces no deje de ser punzante. Jamás hay en ella un ataque personal ni una diatriba. Es la sátira de un moralista amable, de un observador perspicuo que azota suavemente al vicio sin mortificar al vicioso, y se rie sin encono ni mala intencion de todo lo que le parece ridículo ó necio. Sátira más cercana de la de Horacio que de la de Juvenal; poco poderosa acaso para desarraigar vicios, pero incapaz de hacer daño á nadie.

Y no se crea por eso que es sosa y anodina; ántes es viva, chispeante y amenísima, y muy intencionada en ocasiones. ¿Quereis, en prueba de ello, leer una donosísima burla de las ridiculeces que puede ofrecer el parlamentarismo? Pues leed la

Junta de cofradía. ¿Preferís una intencionada sátira literaria, digna de Moratin? Pues ahí teneis *El romanticismo y los románticos*. ¿Os gustan gráficos cuadros de costumbres trazados con el lápiz de Goya? Ved *La calle de Toledo, La comedia casera, Las visitas de dias, El Prado, Las casas por dentro, Las tres tertulias, La capa vieja y el baile de candil, El dia de toros, El duelo se despide en la iglesia, Madrid á la luna, El teatro por fuera, El recién venido, La posada ó España en Madrid*, y otros muchos que á la vez os darán completa idea del deplorable estado de España en aquellos tiempos, y os proporcionarán curiosa noticia de añejas costumbres. Y si que-reis más transcendencia en la sátira ó alguna leccion moral, no dejareis de encontrar en esas páginas, hoy más olvidadas de lo justo, valiosas enseñanzas ocultas bajo modestas formas.

Constantemente alejado de la política, las desatentadas pasiones y mezquinos odios que ésta engendra, nunca perturbaron el sano juicio ni pusieron en peligro la imparcialidad del que, segun sus propias palabras, *jamás ha sido nada, absolutamente nada, ni siquiera jefe político*. Tampoco halló cabida en la noble alma del Curioso Parlante la sátira personal que tanto ha privado despues. La máxima: *Parcere personis, dicere de vitiis*, fué norma constante de su conducta.

El Curioso Parlante fué uno de los mejores prosistas de aquella valiosa generacion de 1830. Su estilo, sin competir con el de Larra, es tan castizo como fácil y sencillo; animados sus diálogos; pintorescas y vivas sus descripciones; correcto y atildado, aunque sin afectacion, su lenguaje. Modelo de buen decir, de cultura, de delicado gusto y de gracia decorosa y noble, el Curioso Parlante merece ser estudiado, no sólo por los que se dediquen á su género, sino por todos los que estimen el habla castellana.

Puede asegurarse que el género cultivado por el Curioso Parlante (y ántes por Larra) no existe ya. El cuadro de costumbres de que dejaron tan notables muestras Cervántes en su *Rinconete y Cortadillo* y su *Coloquio de los perros*, Vélez de Guevara en su *Diablo cojuelo*, Francisco Santos en su *Dia y noche de Madrid* y tantos otros en obras no ménos insignes, no tiene hoy entre nosotros más cultivadores que D. José Ma-

ría Pereda, inferior, á nuestro juicio, al Curioso Parlante, como quiera que sus valiosas dotes están oscurecidas por sus deplorables intransigencias ultramontanas. Muertos Larra y Estébanez Calderon y reducido el Curioso Parlante al silencio, este género, verdaderamente delicioso, ha pasado á la categoría de recuerdo. Difícil parece su resurreccion y más difícil que haya en él quien compita dignamente con tan esclarecidos ingenios.

III.

Mesonero Romanos no es solamente *El Curioso Parlante*. Es, además, un notable y erudito escritor sério, á quien se deben trabajos de mérito nada vulgar en otros ramos de la literatura. Su popular *Manual de Madrid*, sus *Relaciones de Viajes*, su importante libro histórico-arqueológico *El Antiguo Madrid* y sus trabajos de erudicion y crítica literaria en la *Biblioteca de Rivadeneyra* muestran cumplidamente lo que decimos. A él se deben importantes noticias y descubrimientos literarios; él contribuyó poderosamente á restaurar la olvidada fama de Tirso de Molina, y á su prodigiosa memoria acuden cuantos necesitan saber algo de la historia y antigüedades de la villa de Madrid, de la cual ha sido siempre hijo apasionado, y á cuyo estudio ha consagrado preferentemente sus afanes.

Tuvo el Curioso Parlante el raro talento de abandonar el género literario á que debe su fama, mucho ántes de que la edad le hiciera entrar en el período de la decadencia, con lo cual no sobrevivió á su reputacion, como los que no saben callar á tiempo. Hoy ha roto su prolongado silencio, dando á la estampa unas curiosísimas *Memorias de un setenton, natural y vecino de Madrid*, que muestran que la nieve de los años no ha amortiguado todavía su chispeante ingenio ni ha puesto término á sus felices facultades.

Pero dirá el lector : si el Curioso Parlante vive, ¿cómo nos ha hablado de él el articulista cual si hablara de un muerto? Amigo lector, la respuesta es sencilla : el venerable anciano, que se llama D. Ramon de Mesonero Romanos, vive por for-

tuna todavía, pero aquel retozon satírico que se llamó el Curioso Parlante murió hace tiempo para las letras. El erudito y el literato quedaron: el satírico ya no existe. Aún quedan, sin embargo, vestigios de su donosura en los escritos que da á la estampa el Sr. Mesonero, y aún es fácil vislumbrar en la fisonomía de este respetable anciano algunos rasgos del rostro jovial y regocijado del Curioso Parlante. Pero éste murió, y con él el ameno cuadro de costumbres, la sátira fina y benévola y el dardo delicado que hiere al vicio sin herir á la persona. Hoy, en cambio, campean á sus anchas (por lo general) el truhanesco chiste del cancanista, la mueca del bufo y la osada desvergüenza del libelista, y acaso parecieran frialdades las cultas gracias del Curioso Parlante. Bien hizo éste en callar á tiempo; que mal podían acomodarse su candoroso ingenio y su condicion apacible á las condiciones de eso que hoy llamamos sátira y que, no siendo otra cosa que el maridaje del insulto y de la desvergüenza, ni siquiera ostenta, para disimular sus faltas, el punzante gracejo de Quevedo, ó la intencionada amargura de Fígaro.

M. DE LA REVILLA.





ANALISIS Y ENSAYOS.

GIACOMO LEOPARDI.

Leopardi, su vida y sus obras, por M. Bouché-Leclerc, un volúmen, Durand, 1878.—Ensayo acerca de las ideas filosóficas y la inspiración poética de Giacomo Leopardi, seguido de obras inéditas y de traducciones de algunas de sus obras morales, por E. Aulard, un volúmen, Thosin, 1878.

No ha hecho Leopardi más que expresar en sus obras los sufrimientos físicos y morales que atormentaron su vida, ó bien obedeció tan sólo á un sistema filosófico y llevó hasta el extremo la teoría del no ser, sin que le impulsaran sus dolores personales? Hé aquí cuanto dos admiradores suyos se preguntan al mismo tiempo, para llegar á conclusiones y resultados completamente contrarios.

En un libro escrito elegantemente, M. Bouché-Leclerc ha trazado en detalle la vida de Leopardi, siguiendo de año en año el desarrollo de su pensamiento para explicar, con las pruebas de una existencia verdaderamente miserable, las quejas que abundan en sus obras y sus llamamientos desesperados á una muerte sin resurrección. M. Aulard tiene un método muy distinto. No trata de rehacer una biografía, tan frecuentemente relatada: va de un modo inmediato á las obras mismas del escritor para penetrar el fondo de su pensamiento. Aprovechándose de descubrimientos recientes que le permiten penetrar más hondamente el genio de Leopardi, somete á un severo análisis al poeta y al filósofo, para distinguir lo que es suyo de lo que en él no es más que imitación ó procedimiento, y pretende hallar en todo, esa teoría del pesimismo erigida en sistema filosófico por Schopenhauer. En su concepto sólo en ella está el

origen del desencanto que tan alto proclama Leopardi, aún más en prosa que en verso: los acontecimientos de la vida no contribuyen á ello en nada, ó tienen influencia tan poco considerable que no vale la pena de mencionarla.

La cuestion es importante y merece detenimiento. No es ya solamente un aspecto curioso que debe esclarecerse en la vida de un gran escritor, ó en un solo capítulo de la historia literaria. Trátase de investigar hasta qué punto pueden influir sobre el alma de un poeta ó de un filósofo las circunstancias exteriores, y qué porcion de libertad puede conservar un hombre superior en medio de los sufrimientos más crueles. La ley moral, la dignidad de nuestra naturaleza, se interesan en estos debates. Tienen además como excitante la circunstancia de que el mismo poeta parece dando la razon alternativamente á los dos sistemas. En la notable elegía titulada: *Recuerdo*, quéjase amargamente de su destino: «Cada vez que torno á pensar »en vosotras, en mis esperanzas de otro tiempo, y en las risueñas »imágenes de mis primeros sueños, y luégo contemplo mi vida tan »dolorosa y miserable, pensando que de esperanza tanta sólo me »resta hoy la muerte, siento que mi corazon se oprime, y siento des- »pues que no puedo consolarme de mi suerte.» Este es un doloroso y sincero grito que parece dar la razon á M. Bouché-Leclerc. Pero el mismo Leopardi reprueba tal explicacion, cuando exclama alteramente en época ya avanzada de su carrera: «Hasta ahora no tengo motivos de llanto. *Non ho fino á qui cagion dipianto* » (1).

I.

No obstante esta declaracion en que evidentemente hay más orgullo que verdad, Leopardi paréenos que tuvo sobrados motivos de quejarse. Su vida fué larga, prueba de ello. Nació en una pequeña poblacion de la provincia de Macerata, vivió primero entre un padre tímido y desconfiado y una madre atareada, en medio de hombres groseros que le desdeñaban, odiando en él una superioridad que no pudieron comprender. Iniciado muy pronto en las ideas filosóficas del siglo XVIII, abandona una religion que defendió y amó tiernamente en su primera obra: ni siquiera conserva la consoladora idea de un Dios remunerador ó de un alma inmortal: en la tierra sólo existe el dolor y sólo hay reposo en la nada. Cuando trata, como sus más ilustres contemporáneos, de sustituir á las alegrías de la religion el entusiasmo del patriotismo, procura en vano hacerse ilusiones acerca del porvenir de Italia; no ve en todas partes más que síntomas de una irremediable decadencia y, partiendo del presenté, su desprecio se remonta hasta los grandes hombres que legaron á corruptas generaciones ejemplos inútiles.

(1) *Canto d'un pastore.*

Dejando un momento la odiosa residencia de Recanati, si llega hasta Roma, no encuentra allí la gloria, ni los recursos necesarios para vivir ni aún en la pobreza. ¿A quién interesarían sus versos? En la sociedad romana, elegante y fútil, el gran acontecimiento, el grave asunto de discusion es el modo de celebrar los oficios. En cuanto á los literatos que pretenden llegar á la inmortalidad en carroza, como los malos cristianos al paraíso, no se preocupan más que de arqueología. «Filosofía, moral, política, ciencia del corazon humano, elocuencia, poesía, filología, todo esto está fuera de asiento en Roma y pasa por un juego de niños en comparación con el arte de saber si tal pedazo de cobre ó piedra pertenece al Sr. Antonio ó al Sr. Agrippa.» Los amigos que reconocen su mérito nada pueden hacer por él; los editores le proponen trabajos poco agradables y mal pagados. Los únicos protectores que le demuestran perseverancia son alemanes, Niebuhr y Bunsen; pero todos sus esfuerzos se estrellan contra las exigencias de la corte romana. Para obtener el menor empleo, hay que ordenarse: Leopardi ni quiere ni puede ponerse el alzacuello. Sospechoso y no comprendido, tal es su condicion. Su padre es el primero en asustarse por el atrevimiento de sus poesías, erigiéndose en censor y tratando de detener la impresion ó de atenuar su efecto con tímidas apologías. Así es como, despues de numerosos desengaños, la inexorable fatalidad le lleva de nuevo á la odiosa residencia de Recanati, que sólo tiene para él tristezas y amarguras.

Aun cuando por fin sale de ella, aunque halla en Bolonia y Florencia una sociedad amable y una hospitalidad colmada de dulzores, aunque al fin tiene en Ranieri un amigo fiel, que le ofrece una familia y velará por él hasta sus últimos momentos, no ha de llegar, no obstante, á aquella muerte tan deseada hasta despues de las más crueles pruebas: á la pobreza uniéronse muy pronto los sufrimientos de la enfermedad. Para colmo de desdichas, en aquel cuerpo enfermizo y deforme late un corazon que una vez tan sólo se deja ahogar por la pasion. El jorobado, el hidrópico Leopardi declara su amor, y por toda respuesta obtiene una carcajada. Pope, víctima tambien de tal malandanza, se compara al gamo que en sitio retirado se echa para morir, con el dardo en el corazon que destila sangre gota á gota, y exhala de este modo su último aliento vital. Leopardi, más altivo, se regocija de este desprecio. «Se ha roto el encanto y desató el mismo golpe mi yugo en la tierra. Me alegro. Llenas están mis horas de hastío; pero al fin, despues de la esclavitud, al salir de un largo sueño, abrázome satisfecho á la sabiduría y á la libertad.» Esta es la resolucion de un alma estoica, y más de un corazon procuró consolarse de este modo; pero ni la sabiduría ni la libertad curaron todas estas heridas, y los que curaron no las declaran llenas de hastío.

La misma muerte no puso término á las desdichas de Leopardi.

Confiadas á un filólogo capaz de toda deshonra, las obras que él tuvo en mayor aprecio perdiéronse con la incuria más culpable ó se convirtieron en objeto de vil tráfico. Al mismo tiempo los jesuitas trataban de consolar en su pró la fama del poeta arrepentido y convertido por uno de ellos. Cierta Padre Scarpa cuenta cómo encontró en la iglesia del Gení, en Nápoles á un jóven que, despues de grandes vacilaciones, acabó por acercársle, se confesó y llegó hasta manifestarle el deseo de entrar en la Compañía. Sólo le faltó el tiempo para realizar este hermoso proyecto. Aquella carta publicada diez años despues de la muerte del poeta, atrajo á su autor una espantosa réplica de Gioberti en una de las más bellas páginas del jesuita moderno.

Merced á Gioberti y Ranieri, Leopardi no se vió transformado en jesuita; pero para todos sus biógrafos, sin exceptuar ni Saint-Beuve ni Marc-Monnier, fué un pobre enfermo que trasladó á sus obras el sentimiento de sus sufrimientos. Es la misma tésis que M. Bouché-Leclerc reproduce en su libro exacto y agradable, por más que no contiene nada nuevo.

II.

M. Aulard no niega los sufrimientos de Leopardi; pregúntase únicamente si no se exageraron un poco. Su juventud no fué agitada. Enamorado del estudio, encontraba en la biblioteca paterna bastantes recursos para aprender en buen hora las lenguas modernas y en ser un helenista de los más notables. Su padre lo tuvo en Recanati, mas no por rigor. Él mismo no tenía dinero; inquietábale por otra parte la salud de su hijo, no ménos que sus temeridades; no contrariaba su amor al estudio. ayudábale por el contrario, y fué á veces su colaborador. Pudo mostrarse á menudo sobrado prudente, pero jamás fué cruel. Los habitantes de Recanati eran toscos, pero Leopardi no pensaba en escribir para ellos; tenía además como confidentes un hermano y una hermana que amaba tiernamente y que le comprendían.

Tal vez amó en aquella época como se ama á los quince años á una jóven que abandonaría á Recanati sin apercibirse de esta pasión. No son esos los amores por que se muere ó se sufre mucho tiempo. Mas tarde llegaron las pruebas, pero no sin compensaciones. Conoció muy pronto la celebridad y esperó la gloria; por fin á falta de amor encontró amistades brillantes y sólidas. Escritores que conservaron una gran serenidad de ánimo, Milton, por ejemplo, y Spinoza, fueron más infortunados.

Pero éstos no son más que detalles secundarios y la tésis de M. Aulard tiene otro alcance. Lo que quiere defender es la causa de la libertad humana. Sin libertad no hay genio, verdad, ni inspiración. Si quieren estudiarse á fondo las obras de Leopardi, se hallará

bajo la diversidad de la forma, á través de los conceptos más contrarios en apariencia, un pensamiento, siempre el mismo, el concepto del mundo tal como se lo formó el escritor al salir de la adolescencia y del Catolicismo, y es éste el de que el mal está en todas partes y que no hay refugio contra el dolor más que en la nada. Esta idea se ve sin cesar en los Tratados de moral, en los diálogos y en los Pensamientos. Durante toda su vida el hombre está consagrado al sufrimiento; la hora del placer es quizás la de los mayores dolores; á los sentimientos del amor se une fatalmente el deseo irresistible de la muerte, y sólo es acrecentar la desdicha tratar de saber la verdad. De este modo el hombre está perpetuamente frente á una esfinge que le devora infaliblemente. «Puesto que todo lo que está destruido sufre, dice un irlandés á la naturaleza, puesto que lo que destruye no goza y á su vez se ve destruido, dime lo que ningun filósofo ha sabido decirme: ¿Quién goza y á quién es útil esta vida desdichada del Universo, que no subsiste más que por la pérdida y la muerte de todos los elementos que la componen?»

La cuestion es, en afecto, embarazosa, y se espera con curiosidad la respuesta de la Naturaleza: desgraciadamente, dos leones se precipitan sobre el pobre irlandés que fué á buscar la verdad en las llanuras del Sahara y lo destrozan: la Naturaleza guarda su secreto. ¿Qué impresion resta al poeta que no conocerá más que un cielo sin Dios, un mundo condenado á la desdicha, que no creará en la gloria, ni en el amor, ni en la patria, ni en la inmortalidad? Cantará la nada, la eterna vanidad de los deseos del hombre, y original tan sólo en este concepto, para todo lo demás será un imitador siempre premioso y á menudo torpe.

Su primer libro es una apología de la religion cristiana: ataca con una fe sencilla áun los errores de los antiguos, y no obstante, se pregunta ya, á los diez y siete años, si debe considerarse como ilusoria la teoría de los progresos del espíritu humano, y si un atento estudio «no arrastraría al filósofo poco á poco hácia la desesperacion.» A través de estos bocetos de himnos cristianos que empezó al ser piadoso adolescente y que abandonó incrédulo, se ve el mismo sentimiento de un dolor que pueden curar solamente Dios, la Vírgen y los Santos, si existen: el día en que no crea ya en estos ídolos de su juventud, no le quedará más que el deseo de la muerte.

Este deseo es en él tan natural y tan ardiente, que le traspasó á sus poesías líricas y llegó á atribuírselo tambien á los griegos que perecieron en Maraton y Platea. «¿Qué amor tan grande, les pregunta, arrastró vuestras almas jóvenes á las armas y á los peligros? ¿Qué amor os impulsó á tan amargo destino? ¿Cómo, hijos, os pareció tan alegre la hora suprema, que riendo corrísteis al lamentable y crudo trance?» No hay razon en Leopardi para poner estas palabras en boca de Simonides, porque un griego no elogiaría nunca en tal extremo el encanto de la muerte. De igual manera cuando habla de

Italia, si quiere cantar su gloria y grandeza pasada, se inspira en Dante y Petrarca: los imita y parafrasea, no siempre con fortuna; no es él más que cuando prueba su decadencia y niega á sus hijos todo consuelo: «Almas queridas, dice hablando de los italianos »muertos en Rusia, aunque es infinito vuestro infortunio, estais »tranquilos; consolaos al saber que no tendreis consuelo ni en esta »edad ni en la edad futura. En el seno de vuestro dolor sin límites, »descansad ¡oh hijos verdaderos de Cella! en la suprema adversidad »á que sólo la vuestra es bastante grande para parecersele.»

En adelante, todas sus poesías delatarán el mismo desaliento. Si felicita á Angelo Mai por haber descubierto la *República* de Ciceron, evoca el recuerdo de los antepasados para hacer resaltar las miserias del tiempo presente y la suya propia: «Estoy abatido y no tengo de- »fensa contra el dolor: oscuro es mi porvenir y todo cuanto en »él distingo es tal, que se me aparece la esperanza como sueño y »honra.» Trátase de un casamiento para su hermana Paulina, y hé aquí las predicciones fúnebres que se complace en desarrollar: «Va »á aumentar la desdichada familia de la desdichada Italia: tus hijos »serán ó infortunados ó cobardes: elígelos infortunados,» y le cuenta la historia de Virginia que no viene á cuento. A los jóvenes díceles todavía con mayor franqueza: «¿Para qué sirve la vida? Sólo para des- »preciarla.»

El amor se inspira tan poco como el patriotismo. Si quiere cantar sus alegrías y sus tristezas comunes, evocar á su amada en su sueño imitado del Petrarca, ó recordar la memoria un tanto fria de Nerina, no sabe más que traducir al lenguaje elegante, verdaderos lugares comunes. No es poeta, no encuentra acentos conmovidos y personales más que para decir el desencanto del amor, la vanidad de los sentimientos engañosos, la ilusion de esas almas que la muerte separará para siempre.

Despues de haber rechazado todos estos fantasmas, despues de haberse curado de aquellos errores, su cansado corazon hallará al fin el descanso. Ya no tiene esperanzas ni deseos; amargura y hastío es su vida, y no es otra cosa: el mundo sólo es fango; el destino de nuestra raza morir. Si sale de este mundo moderno, tan digno de compasion y desprecio, para recordar los personajes de la antigüedad, préstales los mismos sentimientos: Bruto y Safo no verán por doquier más que un mal sin explicacion; el uno negará la virtud, y el otro exclamará que todo es misterio ménos el dolor. Por último, su pensamiento estalla por completo en sus últimos poemas *Il canto d'un pastore* y la *Ginestra*. El hombre es inferior á todos los seres de la creacion, á los animales que no razonan acerca de su suerte, á las plantas que no resisten los esfuerzos de la naturaleza, mueren sin quejarse y no se lisonjean vanamente creyéndose inmortales. Sus sátiras no son ménos crueles; tan pronto se burla de la Italia, como se entrega á una parodia fina y discreta, pero implacable, de las teo-

rías acerca de Dios, la vida futura y el progreso. Nada de lo que puede elevar al hombre ó consolarle halla gracia ante su incredulidad absoluta.

Leopardi es, pues, el poeta de la desesperacion, y Musset, que no le conoció bien, no se engañó al ménos en estos hermosos versos:

Seul, l'âme désolée

Mais toujours calme et bon, sans te plaindre du sort
Tu marchais en chantant, dans la route isolée.
L'heure dernière vint, tant de fois appelée
Tu la vis arriver sans crainte et sans remord,
Et tu goûtas en fin, le charme de la mort.

De este largo y penetrante análisis, M. Aulard cree tener derecho á deducir que Leopardi debe su inspiracion, no á sus dolores personales, sino á sus teorías filosóficas, teorías que germinan ya, á pesar suyo, en su primera obra, y acaban por invadirle y llenarle en absoluto. Para llegar á este resultado, M. Aulard no se contentó con interpretar las poesías que ya se conocen de Leopardi. Afortunadas investigaciones le han permitido consultar fragmentos hasta hoy inéditos, pensamientos, cartas, diálogos que publica al fin de su libro y que aumentan el interes de éste. En todas partes se reproducen con mayor ó menor reserva las ideas de que se inspira su poesía; siempre es el pesimismo que condena al hombre á la desesperacion, y como remedio á sus males, no le ofrece más que el aniquilamiento.

Cierto es que Leopardi no deja de tener virilidad y hay algo aún que conmueve en este espectáculo del hombre que conoce su desgracia y la reta sin querer aceptar consuelos vanos y falsos; pero esto no es bueno para todo el mundo: al rechazar el creer en todo lo que encanta al hombre se le eleva sobre sí mismo. Leopardi se obstruyó esos grandes orígenes de donde brota la poesía popular. No puede considerársele como un poeta nacional. No fué para Italia justo ni esclarecido: preocupado únicamente de sus males, que se complace en exagerar, no presintió los movimientos generosos que á traves de tantos obstáculos debían hacerla subir á la categoría de las naciones dándola un gobierno libre. No esperó tal mudanza, y acaso la hubiera contemplado sin conmocion. ¿Qué hay de comun entre la Italia actual y el cantor de la desesperacion? «Se debe dedicar, dice muy justamente M. Aulard, no para la educacion de un pueblo sino para el goce de algunos ingenios libres y literatos.»

III.

Estas conclusiones parecerán acaso un tanto severas, y más de un admirador de Leopardi vituperará los rigorismos de tan nueva tésis. Es, no obstante, difícil librarse de ella. La obra del gran poeta italiano no es completamente pura, y se ve despojada de las bellezas

convencionales : tiene tambien defectos que son el justo castigo de una filosofía detestable; es, pues, hacer un trabajo útil separar el grano de la avena, manar donde se emplea el procedimiento y donde habla la inspiracion sincera. De este estudio sale Leopardi tan quebrantado como pudiera temerse; si sus imperfecciones se señalan con mano firme y respetuosa, su fisonomía se nos presenta más limpiamente dibujada. Ya no está ante nosotros un pobre enfermo, víctima del destino, que impera hasta en su genio, sino un espíritu independiente que lucha hasta el fin contra una fatalidad inexorable. Esta actitud, semejante á la del antiguo Prometeo, es la del hombre que jamás imploró compasion. Por estas conclusiones, aún cuando no se aceptasen, sería preciso felicitar á M. Aulard por el método que ha seguido. Tiempo es ya de libertar la crítica del yugo harto pesado bajo el cual acabó por doblegarse. Para juzgar á un escritor, para apreciar sus obras no basta saber dónde y en qué tiempos ha vivido, preciso es tambien tener en cuenta sus inspiraciones personales ; es preciso ante todo recordar que el genio nace donde quiere y que no existe sin la libertad.

HERMILE REYNALD.



ÍNDICE DEL TOMO XVII.

15 DE SETIEMBRE.

	Páginas
La carta de luto (continuacion).— <i>J. Campo Arana</i>	5
Los fenómenos de la reproducción en el mundo animal — <i>O. Schmidt</i>	18
La tragedia de Livia, por D. Víctor Blaguer.—Traducción castellana de <i>D. Manuel de la Revilla</i>	35
La conservación del imperio turco.— <i>Francisco de Asís Pacheco</i> ...	51
La vida moderna y la demencia.— <i>Hack Tuke</i>	71
Chipre.— <i>R. Hamilton Lang</i>	97
Análisis y ensayos.....	116
Correspondencia de París.— <i>Cárlos Bigot</i>	121

30 DE SETIEMBRE.

Desarrollo histórico paleontológico del mundo animal.— <i>O. Schmidt</i>	129
La creación, según Haeckel.— <i>P. Estasen</i>	143
Chipre.— <i>R. Hamilton Lang</i>	167
Spinoza y su doctrina.— <i>E. Reus Bahamonde</i>	200
Las trombas.— <i>Enrique Danero</i>	233
Bocetos literarios: D. Manuel Fernández y González.— <i>M. de la Revilla</i>	242
Análisis y ensayos.— <i>F</i>	249

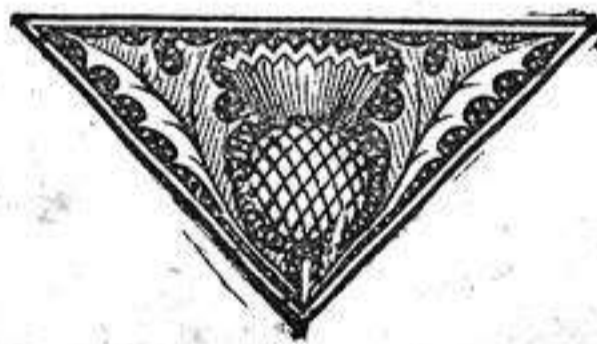
15 DE OCTUBRE.

La carta de luto (continuacion).— <i>J. Campo Arana</i>	257
Bellas artes.—Una visita al Real Museo.— <i>Eduardo López Bago</i> ...	269
El pesimismo en Alemania.— <i>Charles Walsteim</i>	289
Tipos extranjeros.—El doctor William Stokes.— <i>J. P. Mahaffy</i> ...	303

	Páguas.
Juan Kepler.— <i>Juan Kastenrath</i>	316
# Copérnico.—Diálogo humorístico de <i>Giacomo Leopardi</i>	326
Los libros de los indios.— <i>T. Oidal y Sobron</i>	337
El alma, según Goete.— <i>Carl Kreyder</i>	353
Correspondencia de Paris.— <i>Charles Bigot</i>	367
Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	377

30 DE OCTUBRE.

Bellas artes.—Una visita al Real Museo.— <i>Eduardo Lopez Bago</i> ...	385
Consideraciones históricas sobre Atenas en la Edad Media.— <i>Ch. Gidel</i>	401
Las causas de lo bello según los principios de Santo Tomás.—Tra- duccion directa del italiano, por <i>D. Enrique Danero</i>	420
La crítica bíblica en Alemania — <i>Miguel Nicolás</i>	434
Sos rusos en el Asia Central.— <i>M. Jung</i>	449
Pulvis es.—Poesía.— <i>D. José Zorrilla</i> ..	481
Bocetos literarios.— <i>M. de la Revilla</i>	495
Análisis y ensayos.— <i>Hermile Reynald</i>	503



Madrid 30 de Setiembre de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.